CHILE, PERÚ, URUGUAY

IGLESIA Y SOCIALISMO

NUMERO 52 / AGOSTO 1971 / PRECIO $ 120.00

CUADERNOS DE MARCHA

Cuadernos de MARCHA es una publicación uruguaya mensual, editada por MARCHA en Tall. Gráf. 33 S. A.
Director: Carlos Quijano
Administrador: Laureano Sebé
Bartolomé Mitre 1414 - Teléf.: 8 56 60, 9 33 25 y 98 51 94
Casilla de Correos Nº 1702
Montevideo - Uruguay
Copyright Cuadernos de MARCHA de los artículos originales y de las traducciones en castellano.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.
Impreso en Uruguay - Printed in Uruguay

Cuadernos de MARCHA

NUMERO 52 AGOSTO 1971

SUMARIO

DE LA PROCLAMA AL PROGRAMA, por Héctor Borrat 3

CARTA APOSTÓLICA DEL PAPA PABLO VI AL CARDENAL ROY 11

LA JUSTICIA EN EL MUNDO. Esquema del Vaticano para el Tercer Sínodo 27

CHILE

Declaración de los 80 37

Declaración de la Conferencia Episcopal 39

Documento de Trabajo "Evangelio, Política y Socialismos" 41

Reflexiones sobre el Documento de Trabajo 67

PERÚ

Aporte para el Sínodo 79

URUGUAY

Conferencia Episcopal 87

La Iglesia y la violencia. Carta de monseñor Parteli 91

"El cristiano y su conciencia". Reportaje al padre Haroldo Ponce de León, por María Ester Gilio 93

HECTOR BORRAT

DE LA PROCLAMA AL PROGRAMA

I

EL nuevo Sínodo iniciado en Roma el 30 de setiembre encuentra a la iglesia latinoamericana en momentos de inocultable reflujo de aquella oleada de euforia que, iniciada por Juan XXIII y el Vaticano II, inundó nuestras tierras con el acontecimiento Medellín.[1] Retirada la espuma, tiempo es ahora de descubrir —más allá de las aguas estancadas, y los todavía inmensos pantanos— los cauces más hondos, aquellos que en verdad nos hagan seguir en ruta.[2]

Cuando la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano se reunió en Medellín —agosto-setiembre de 1968—, el campo de las viejas alarmas curiales se había despejado lo suficiente como para que, de una vez por todas, los obispos supieran descubrir las prioridades mayores. La coexistencia pacífica y su contracara, la consolidación de las respectivas zonas de influencia de las dos superpotencias, habían aventado sus temores de "infiltración comunista"; la muerte del Che (un año antes) clausuraba el ciclo de las "revoluciones exportadas desde Cuba". Las persecuciones mayores contra los católicos provenían en cambio de la extrema derecha y se localizaban en el Brasil.

Evento de rotunda consistencia política, Medellín aparecía ya como el resultado de la sostenida percusión de las bases más dinámicas, integradas por los universitarios y el clero joven. Pero también —se pudo comprobar después— respondía a una toma de conciencia que, teniendo por cogollo a la izquierda, seguía extendiéndose por muy otros ámbitos. Apenas dos meses más tarde, las FF. AA. peruanas daban un golpe nacionalista indicador de un militarismo distinto. A mediados del año siguiente, el 11 de junio del 69, Gabriel Valdés enrostraba al presidente Nixon en nombre de los cancilleres de América Latina al hacerle entrega del informe de la CECLA, que en realidad es Latinoamérica la que está contribuyendo al desarrollo de los EE. UU. y de otros países avanzados. En el 71, idéntica protesta era compartida por el secretario general de la OEA, quién lo hubiera dicho, y por el presidente del Perú en su espléndido discurso de apertura de la 12ª Asamblea de Gobernadores del BID. Y el 5 de setiembre, la XI Reunión de la CECLA hacía

del Manifiesto de América Latina una requisitoria contra las medidas adoptadas por los EE.UU. ante la quiebra del sistema monetario mundial.

Eco de la oposición de izquierda, Medellín aparece así como un anticipo de la denuncia diplomática, gubernativa, oficialista. Módica audacia, si la calibramos desde esta última perspectiva; avance radical, si hacemos el cotejo con lo que hasta esa fecha venían diciendo los obispos. Proclama, y no programa, en todo caso Medellín llegó de inmediato a las mismas bases que la habían preparado, y por ellas fue repetida, subrayada, amplificada. Pero ¿cuántos obispos, después, le abrirían un lugar decisivo dentro de sus iglesias?

El reflujo actual nos permite asegurar que a lo largo de tres años aquella proclama episcopal tuvo mucho mayor resonancia en las elites de laicos y sacerdotes que en la propia jerarquía latinoamericana. Incluso más de una vez estas propias elites hubieron de recordársela a obispos que de hecho lo estaban negando. Cuando al abrir la XIII Reunión en Costa Rica (mayo 9-15, 1971) el secretario general monseñor Pironio colocaba como la primera necesidad a llenar la de sensibilizar y comprometer a los obispos mismos, estaba apuntando con realismo a las distancias que median entre la proclama de setiembre del 68 y la ulterior, persistente distracción histórica que aqueja aún a un buen sector del episcopado.

Pero no a todo. Parte de los documentos que integran este Cuaderno dan prueba de una nueva atención que algunos episcopados prestan a su propia circunstancia nacional, contribuyendo de algún modo a modificarla. No por azar se ubican ellos en el Cono Sur. Esto es: en el nuevo escenario de los estrenos latinoamericanos.

II

El 15 de setiembre, un breve pasaje de la Declaración de la Conferencia Episcopal Uruguaya decía ante las elecciones próximas: "No encontramos razones suficientes ni para recomendar, porque no es nuestra competencia, ni para excluir como ilícito el voto por cualquiera de los lemas (no nos referimos a los sublemas) tal como se ofrecen a la ciudadanía en las elecciones de este año".

La jerarquía eclesiástica desbarataba así una campaña de la derecha, que esperó de la Conferencia Episcopal lo que no pudo obtener de la jerarquía de la arquidiócesis de Montevideo: una condena a la muy fuerte participación de los católicos en el Frente Amplio.

Polarizando, como alternativa nueva y liberadora, la vida entera del Uruguay, el Frente viene a tensificar también las contradicciones dentro de la iglesia uruguaya. Para bloquearle el camino, la derecha organizó muy pronto una recolección de firmas al pie de una petición que, con aires de ultimátum, hizo llegar hasta la Conferencia Episcopal. Comprobado que ése había sido un paso en falso, la derecha entró a personalizar sus ataques en monseñor Haroldo Ponce de León, descargando contra él agravios en cadena que se han vuelto casi cotidianos en el correr de estos últimos días. Más que al gran párroco de Pocitos, en él agredía la derecha al vicario general de la arquidiócesis. Esto es: a la iglesia de Montevideo y su pastor, monseñor Carlos Parteli.

La reunión ordinaria que los obispos celebraron del 8 al 15 de setiembre, al culminar en la declaración que publicamos en este Cuaderno, marcó a escala nacional una línea que ya era nítida en la jerarquía de la capital. La iglesia no hace una opción electoral; pide que ella sea realizada por cada creyente, libremente, con una seria consideración no sólo de los riesgos que asume sino también del aporte que puede ofrecer "para una adecuada transformación de la sociedad". La iglesia opta sí, por una política de "transformación", lo cual implica un rechazo de cualquier postura que quiera conservar lo que debe transformarse. Por eso la misma declaración llama fuertemente a la "renovación social [...], en libertad y sin violencias, de acuerdo con el sistema democrático". Por eso también, además de la declaración, la Conferencia Episcopal Uruguaya resolvió elegir los valores morales de un Uruguay en cambios como tema de la acción pastoral para 1972, y asumió como propio el documento para el Sínodo elaborado por unos cincuenta laicos en las Jornadas del 4 al 5 de setiembre. Allí se afirma nuestra condición latinoamericana de pueblos dependientes del Tercer Mundo y se propone el apoyo del Sínodo a Humanae Vitae —tanto en sus implicaciones políticas como en las domésticas—, a esa reivindicación, tan latinoamericana, de las 200 millas marítimas, y a la centralización de las ayudas que envían a las iglesias latinoamericanas las iglesias de Europa y EE. UU.

Sorprendentemente, el episcopado uruguayo eligió como su representante en el Sínodo al obispo de Tacuarembó, monseñor Balaguer. Sea a través de sus pastorales, sea como columnista permanente en uno de los diarios más encarnizadamente opuestos a la curia metropolitana, monseñor Balaguer ha adoptado públicamente posiciones incompatibles con la línea pastoral de la mayoría del episcopado uruguayo. Sin duda, la crisis nacional es tan intensa, su proceso tan acelerado, que bien pueden cambiar los puntos de vista del obispo de Tacuarembó sobre este país y esta iglesia. Pero esta posibilidad —de cuya realización no conocemos indicios ciertos— no alcanza para aminorar siquiera la grave contradicción que implica este nombramiento. Si la actuación de monseñor Balaguer en Roma responde a sus más notorios antecedentes, bien podemos afirmar desde ya que la dirección mayoritaria que ha asumido nuestro catolicismo estará ausente de una asamblea mundial donde tanto pudo haber aportado.

III

Puesto que el gran tema del Sínodo será —esperamos— la justicia en el mundo, fácil es comprender la íntima conexión que lo liga con la Carta Apostólica de Pablo VI al cardenal Roy que abre la colección de documentos reunida en este Cuaderno.[3]

Proyectada sobre nuestra situación preelectoral, su doble rechazo a la ideología liberal y a la ideología marxista —que la declaración uruguaya reproduce textualmente— afecta más a los partidos tradicionales que al Frente Amplio. Puesto que sólo en los primeros ha de encontrarse hecha programa una de las dos ideologías impugnadas por el Papa: "La ideología liberal que cree exaltar la libertad individual sustrayéndola a toda limitación, estimulándola con la búsqueda exclusiva del interés y del poder, y considerando las solidaridades sociales como consecuencias más o menos automáticas de iniciativas individuales y no ya como un fin y un criterio más elevado del valor de la organización social". La ideología marxista, en cambio, no es la que caracteriza al programa del Frente Amplio, ni la de su candidato a la presidencia (que se autodefine como un "liberal" pero en muy otro sentido, claro, que el afirmado por el Papa), ni la de unos cuantos sectores del Frente. Incluso respecto de los movimientos marxistas que integran el Frente, bueno es recordar que el propio Pablo VI ha confirmado en su Carta aquella famosa distinción de Pacem in Terris entre los "movimientos históricos" y las "ideologías". Por mayores que sean las críticas que la Carta dirija al marxismo, no impiden la acción común de los católicos con los marxistas, si tomamos en cuenta que estos movimientos, aunque nacidos de ideologías, son distintos de ellas.

A continuación de la Carta Apostólica, este Cuaderno presenta un documento del Vaticano puesto a circular por las iglesias locales en el correr de los últimos meses: La Justicia en el Mundo. Desafortunadamente, su distribución mundial fue realizándose con posterioridad al otro documento preparatorio, que trata del Ministerio Sacerdotal. Invirtióse así el itinerario marcado por Gaudium et Spes: del mundo a la iglesia; de la situación de todos a los roles específicos de la comunidad de la fe. Oyendo y leyendo a algu-

ción europea, uno tendría la impresión de que en realidad será la cuestión sacerdotal *la preocupación central del Sínodo, agregándose la justicia por cuerda separada, como una pieza de interés bastante secundario. En América Latina, en cambio, parecería comprobarse un más vivo interés por La Justicia en el Mundo. Y en verdad que sin ella poco podría decirse del ministerio sacerdotal, cuyo quicio —como el de la iglesia toda— está en la misión, y no en la interioridad eclesiástica.*[4] *Como a propósito de Humanae Vitae, como en la temática de teólogos y grupos de avanzada, una vez más parecería confirmarse el actual desfase entre las iglesias norteñas y las nuestras. Pero la convocatoria del Vaticano rige para todos. Es la Iglesia* Una *la que* "debe especialmente defender a los pueblos pobres", *como pide este documento preparatorio; es el Sínodo* mundial *el que* "deberá proponer y estimular acciones concretas de solidaridad en favor de la justicia en el mundo". *De ahí la importancia extrema que revestirán los planteos latinoamericanos, a la cabeza de los cuales puede ubicarse desde ya el trascendental* Aporte de los obispos peruanos, *que publicamos íntegro en el presente Cuaderno.*[5]

IV

A primera vista, y a la luz de este antecedente tan cercano, la Declaración del episcopado uruguayo del 15 de setiembre parece singularmente opaca. El episcopado uruguayo no llega tan lejos como el peruano en lo que a afirmación de un modelo histórico se refiere. Donde los peruanos proponen al Sínodo que la iglesia aliente a los gobiernos en la búsqueda de "un camino propio hacia una sociedad socialista con contenido humanista y cristiano", *los uruguayos bregan tímidamente por* "una mayor socialización de los medios de producción, de acuerdo con las exigencias del bien común". *Aquéllos no vacilan en postular un régimen enteramente nuevo; éstos, en cambio, parecerían restringirse a la acentuación de una línea que de suyo puede prosperar sin que el sistema vigente sea sustituido por otro. Las antítesis podrían prolongarse, y a lo largo de ellas la postura más radical va siempre del lado peruano: directamente enfrenta el Aporte al imperialismo, que en cambio está ausente en la Declaración; el episcopado del Perú admite y sostiene* "las inevitables implicaciones políticas" *de la acción de la iglesia, el del Uruguay, en cambio, parece empeñado en* "señalar los límites de las opciones posibles" *a los católicos individualmente considerados, y los estrecha cuando habla de la actuación de sacerdotes, religiosos y religiosas.*

Pero el cotejo de textos no basta. Son los contextos —tan diversos— los que, proveyéndonos de claves distintas para la lectura de uno y otro documento, inesperadamente revelan, en la Declaración uruguaya, una densidad mayor de la que en una primera impresión podría asignársele. Ella la coloca a un mismo nivel de importancia que el Aporte peruano. Los pastores de nuestro país no hablan para un evento mundial sino para una situación nacional que ya había manifestado sus tensiones en el propio ámbito episcopal cuando el obispo de Maldonado monseñor Corso automarginándose de la colegialidad episcopal, anticipó en solitaria pastoral una dirección contraria a la que asumiría todo el episcopado. No cabía esperar de los obispos uruguayos ni una proclama ni un programa, sino la respuesta, cuanto más nítida tanto más útil, al hostigamiento constante que la derecha viene dirigiendo, desde dentro y desde fuera de la iglesia, contra los numerosos católicos que integramos el Frente.

Y bien: privar drásticamente de argumentos de autoridad a esta derecha implica un acto de coraje capaz de atraer sobre el episcopado una campaña tan virulenta como la que ya se desató contra los principales responsables de la arquidiócesis de Montevideo. Fuere por medio del ataque frontal, o bien —con mayor frecuencia— bajo formas solapadas, que tergiversan groseramente las palabras de la misma autoridad que invocan.

La Declaración no es, en modo alguno, una opción de la jerarquía eclesiástica por el Frente. Pero en la misma medida en que no levanta obstáculo alguno a la opción que por el Frente ya habíamos hecho tantos católicos, ensancha las bases del disgusto ante la iglesia manifestado cotidianamente por varios voceros de los dos partidos tradicionales. Sin duda, la campaña contra la iglesia hasta ahora ha encauzado su mayor agresividad por canales privados. Pero ha aflorado también, aunque más discreta, en algunas actitudes del régimen, como los encarnizados allanamientos a algunos templos y la desdichada gestión oficial en el caso Monzón. Venciendo las presiones de la derecha bipartidista, los obispos acreditan también una loable independencia frente a este régimen tan [illegible] a atropellar a cualquier disenso que moleste su hipersensibilidad.

El contexto uruguayo ahonda así las proyecciones del texto episcopal. El peruano —puesto en su contexto respectivo— se sitúa de otro modo. Al fin y al cabo, para los obispos del Perú alentar al socialismo era alinearse en la dirección oficial que el general Velasco Alvarado anunció para su régimen en una ocasión solemne: la celebración del 150º aniversario de la independencia. Tanto más cuanto que para el episcopado, como para el presidente, se trata de un socialismo no marxista. De un camino propio hacia el socialismo que, a decir verdad, todavía no aparece suficientemente desbrozado como para concretar estas proclamas en un programa articulado. Con esto no quiero mermar en modo alguno la importancia del texto peruano. Pero sí, indicar qué otras inflexiones cobra, releído dentro de aquel contexto tan diverso del nuestro. Por cierto que adherir a un régimen como el peruano representa también una corajuda independencia frente a las presiones ejercidas desde la derecha, que en el Perú sigue siendo muy poderosa. Pero en una situación que no es la nuestra. Por eso, mientras los peruanos, en su contexto, tienen toda la razón del mundo cuando claman por la necesidad de evitar "la ficción de una democracia formal encubridora de una situación de injusticia", *no menor es la pertinencia de la reivindicación formulada por los uruguayos de una* "renovación social" *que se realice* "en libertad y sin violencias, de acuerdo con el sistema democrático". *Porque una cosa es la Junta Militar y otra —opuesta— el régimen de Pacheco Areco. Una la marginación secular de toda participación política en que ha vivido la mayoría del pueblo peruano y otra la tradición del voto que Uruguay conquistó como pocas repúblicas de nuestra América. Aquí está abierta —y hay que mantenerla abierta, pese a quien pese, por más amenazas que deje filtrar al respecto la más reciente prosa presidencial—, la vía electoral, que nucleó y moviliza el Frente.*

Hallar una similar expresión de coraje pre-electoral de parte de los obispos latinoamericanos nos llevaría hasta el Chile que precedió a la elección de Allende. En aquella otra instancia trascendental, los obispos chilenos perfilaron muy otra actitud que la que favoreció la elección de Frei en 1964. Una condena episcopal a la participación de los cristianos en la Unidad Popular habría privilegiado en el 70 a Tomic y a Alessandri. Los obispos chilenos supieron evitarla, aun cuando la derecha pudiera esgrimir alarmas mayores que las que ahora provoca nuestro Frente Amplio: el candidato presidencial era un marxista, el grueso del electorado de la UP se distribuía entre los dos grandes partidos marxistas. Con espléndido coraje, los obispos chilenos no obstaculizaron a esta posibilidad electoral que operaba como alternativa frente a un régimen y un partido con el cual estuvieron tan identificados. Pero su coraje de entonces no necesitó, como en el Uruguay, de una explicitación por escrito. Bastó el silencio. Que a veces también —a partir del contexto— puede ser objeto de una lectura política.

Los textos chilenos que publicamos en este "Cuaderno" hay que situarlos en una instancia posterior. Ya bajo el gobierno popular, en plena vía chilena hacia un socialismo que, por más particularidades nacionales que reivindique, si llega a realizarse tendrá como protagonistas indiscutidos a los

—los grandes partidos marxistas. ¿Qué significa, para los católicos de Chile, apostar a este proyecto que no es ni el de la Junta Militar peruana ni el del Frente Amplio uruguayo? Impostada a un alto nivel, con ese señorío intelectual que distingue al catolicismo chileno, la polémica que mueven estos documentos ilumina desde varios ángulos un proceso que interesa a toda nuestra América.

V

Los tres años transcurridos desde Medellín quizás nos exijan problematizar ahora a Medellín mismo.[6] *No para negarlo, desde luego, sino para reconocer sus límites. Medellín —dijimos— lanzó una proclama de liberación. Pero una proclama no alcanza. Hay que hacerla programa, y esa es tarea, más que de una reunión a escala continental, de cada iglesia local y de las conferencias episcopales nacionales. Con iglesias políticamente divididas en direcciones opuestas, con sectores del episcopado ajenos a Medellín y, sobre todo, con masas católicas a las que Medellín mismo ni siquiera ha llegado, ¿podremos acaso pretender que la iglesia institucionalice una apuesta que sólo discernimos en algunas de sus elites de izquierda?*

Las grandes líneas abiertas por Medellín parecerían presuponer la coexistencia pacífica entre la iglesia y el gobierno, no importa cuál fuere su signo ideológico y su sistema de poderes. La iglesia que Medellín postula tendría que estar en condiciones de hacer oír pública, libre, impunemente su proclama contra el neo-colonialismo y el colonialismo interno, sus denuncias y sus estímulos, y de llevar adelante la inmensa tarea de concientización popular, y de colocar en el centro de la renovación eclesial a las comunidades de base. Debería desempeñar estos papeles trátese de un estado democrático —en cuyo caso funcionaría como un grupo de presión entre otros— como de un régimen policíaco —donde sería "la voz que otros no pueden hacer oír", la solitaria fiscal de los poderes arbitrarios, la última defensora de los derechos del hombre—. Pero este esquema comienza a exhibir sus primeras resquebrajaduras cuando ciertos sectores de la iglesia pasan a ser objeto de la represión policial. La fractura se ahonda cuando los perseguidos del régimen son "hombres de iglesia" en el sentido popular del término, esto es, curas y obispos, que por su propio "status" eclesial parecerían involucrar más directamente a la iglesia (ante el gobierno y la opinión pública) que los laicos. Tal, puede decirse ya, el caso del Brasil; recuérdese el bloqueo gubernativo a las campañas de concientización popular y a la propia voz pública de Dom Hélder, silenciado en su propio país mientras las grandes tribunas internacionales se disputan su presencia. Peor todavía cuando, como en el caso del Paraguay, el régimen va al enfrentamiento con la jerarquía entera, clausura su prensa, expulsa sus curas extranjeros, secuestra a un funcionario del CELAM como nuestro compatriota Monzón y organiza agravios a la llegada del obispo auxiliar de Montevideo monseñor Rubio.

Puede preverse que esta represión gubernativa se va a extender e incrementar de manera concomitante con la crisis de nuestros países y la acción de los grupos opositores, dentro de los cuales cada vez es mayor la participación de laicos y sacerdotes católicos. ¿No habrá que prever entonces, en varias zonas, un esquema distinto, de represión oficial, que impida a la iglesia hacer oír su proclama, su denuncia, su estímulo, y que trastorne la organización de comunidades de base y las campañas de concientización? ¿No habrá que saber de ciertos silencios nuevos y sobre todo de una disciplina nueva, mucho más exigente en materia de ingresos y permanencia en los grupos de iglesia?

Lejos de manifestarse como un grupo social homogéneo, la iglesia se muestra hondamente dividida por sus contradicciones internas. Sin duda, ellas reflejan —y a veces reformulan— diversas teologías. Pero su punto de partida es, ante todo, la afirmación o el rechazo de una estrategia políticamente liberadora. Estas contradicciones no empiezan ni terminan en la interioridad de la iglesia. Antes bien, recogen y prolongan, a veces aguijoneándolas, contradicciones ya existentes en las sociedades nuestras de fuerte inflexión política.

"El" papel político de la iglesia se transforma así en "los" papeles políticos de grupos de iglesia que aparecen enfrentándose entre sí, a la vez que alineándose en una u otra dirección dentro de las grandes corrientes de la vida nacional. La imagen pública que la iglesia da de sí misma no es la de una unidad ideal. Ni siquiera la de una pacífica coexistencia entre sectores políticamente contrarios. La iglesia aparece como un lugar más del choque de fuerzas donde está dirimiéndose el proceso político de América Latina.

Ahora bien: si a pesar de estas contradicciones internas, la iglesia, en su plenitud institucional, opta por una dirección políticamente liberadora, salvo en alguna situación límite como la paraguaya esta opción no la erige en protagonista del proceso sino en fuerza política auxiliar. Como tal, notifica a sus miembros y al pueblo en general de sus denuncias y sus estímulos, despierta e incentiva una conciencia de lucha, prepara para opciones políticas que sus miembros asumirán después individualmente, en diáspora. ¿La iglesia ha de centrar sus papeles políticos en éstos auxiliares y preparatorios? ¿Ha de aceptarse a sí misma como una suerte de tierra de tránsito hacia otras sedes donde la militancia se haga permanente?

La cuestión se torna problema mayúsculo cuando ese tránsito no conoce retornos, y el impulso lanza fuera de la comunidad de fe. No faltarán seguramente en el Sínodo voces que presenten a estas deserciones con relación al clero, que es donde se visualizan más rápidamente; pero el problema se plantea igualmente respecto de los laicos. ¿Cómo evitar que la radicalización política rematé en el abandono de la iglesia?

Respuesta primera y obvia, quizás demasiado obvia: radicalizando políticamente a la propia iglesia. Pero, ¿qué significa en concreto esta radicalización? La cuestión no se resuelve por una mera traslación de criterios políticos. Asamblea de creyentes, la iglesia recibe sus pautas supremas de una palabra que anuncia una política de Dios por encima de toda política de los hombres. La toma de conciencia política en las iglesias recién empieza a poner al descubierto sus contradicciones internas. Pero, ¿qué hacer con ellas? ¿Qué implica en verdad, a la luz del evangelio, la lucha antimperialista dentro de la Una católica y la lucha de clases dentro de cada comunidad de fe?

---

1) Dos CUADERNOS DE MARCHA presentaron y ar[illegible] a Medellín. El primero es el nº 17 (setiembre 1968) y lleva por título **"Medellín, la iglesia nueva"**. El segundo, **"Iglesia latinoamericana, crisis y renovación"**, lleva el nº 24 (abril 1969). Responderíamos pobremente al mensaje de liberación que nos entrega Medellín —decíamos en el prólogo de este último "Cuaderno"— si nos quedáramos en él. "O comenzamos a prolongar y ramificar las grandes líneas que él nos entrega o lo desgastamos por el abuso, enlentecemos su trayectoria, ablandamos el impacto." Destacábamos también en aquella oportunidad que "llamar a la lucha de liberación en América Latina implica necesariamente la apertura de un frente de liberación también dentro de la propia iglesia. Vivir a fondo, también allí, las contradicciones, que precisamente en su propio seno ahora tienden a exasperarse: norte-sur, CELAM-jerarquías locales, jerarquía-clero joven, generación vieja-generación joven, desarrollistas-revolucionarios, financiación exterior a veces cuantiosa-necesidad de una iglesia pobre, ligazones con el poder político y económico-protesta contra el sistema."

2) Muchos están preguntándose ahora, según el irlando-norteamericano Gary MacEoin, si las declaraciones de Medellín no tendrán una validez mayor que la de las propias constituciones en América Latina. "Pronto quedó en claro que los cambios eran más aparentes que reales. Incluso si la palabra se hacía más libre, quienes la pronunciaban permanecían tan remotos como siempre respecto de los niveles de poder que necesitarían controlar antes de que pudieran implementar sus propias ideas." (**Revolution next door**, Nueva York, 1971, p. 115 ss.) La carta de los sacerdotes latinoamericanos al Sínodo de obispos que —escrita en la Argentina— juntó muchas firmas, comprueba a su vez que no es suficientemente

alentada, en la práctica y en las palabras, la proyección pastoral trazada en Medellín. "Como si un temor de llevar a la práctica lo proyectado inundara muchos ánimos, se perciben indicios de que aquel proyecto es soslayado, abandonado y aun públicamente impugnado o desprestigiado, dentro de la misma iglesia. Reaparece así una ambigüedad y una cautela que nos desconcierta. Es la iglesia, considerada en el conjunto de sus obispos, sacerdotes y laicos, la que al mostrarse vacilante en líneas pastorales básicas que concreten su misión, manifiesta una crisis."

3) Nuestro comentario sobre la Carta apostólica fue en el Cuaderno nº 47 (marzo 1971), **"Frente Amplio, cristianos y marxistas"**. Tenía por título: **"Carta apostólica, carta abierta"** y se integraba con otro artículo nuestro, **"Una forma de encuentro muy nueva"**, estrechamente conexo con el tema de este "Cuaderno".

4) Bien que lo dice la carta de los sacerdotes latinoamericanos al Sínodo: "Para nosotros, en efecto, no es una simple coincidencia que el XX Sínodo aborde simultáneamente los tema referentes al ministerio presbiteral y a «Justicia y Paz». Este, el de la justicia y de la paz, es el **problema capital de Latinoamérica**, y muchos sacerdotes de esta región centran en él su propio problema y su inquietud."

5) El aporte para el Sínodo fue preparado por la Conferencia episcopal peruana en su 40ª asamblea general que tuvo lugar del 2 al 14 de agosto de 1971. Junto con los 44 obispos trabajaron 70 sacerdotes (la impronta de ONIS es clarísima) y varios peritos laicos. En otras resoluciones, la asamblea episcopal manifestó su decidida condena a las explosiones atómicas que Francia venía realizando en el Pacífico (que ya motivaran una protesta de la Junta Militar ante el gobierno francés, bajo apercibimiento de ruptura de relaciones si no se les pone término). Encargó al secretario general la redacción de una carta a la Conferencia episcopal de Francia para rogarle (iniciativa pionera) que intervenga ante el gobierno de su país a fin de que suspenda definitivamente esas explosiones. Dirigió, por medio del cardenal Juan Landázuri Ricketts, una expresión de solidaridad al obispo de Santiago de Veraguas (Panamá) por la dolorosa y violenta desaparición del padre Héctor Gallego, un sacerdote colombiano dedicado a la promoción del campesinado que fuera secuestrado el 9 de julio. Resolvió —a pedido de la Oficina Nacional de Estadística y Censos— colaborar ampliamente a la realización del próximo censo nacional, así como en el empadronamiento de las tribus de la Amazonia peruana, cuyos miembros pasarán a ser considerados ciudadanos a carta cabal. Reafirmó su voluntad de colaborar en todo lo que sea posible a fin de que se cumplan con eficacia los objetivos del sistema de movilización social.

6) Por nuestra parte, intentamos una primera problematización en **"Terra insógnita"** (Ed. Estela, Barcelona, 1970) y **"La croix au sud"** (Ed. du Cerf, París, 1970).

AL CARDENAL ROY

INTRODUCCIÓN

SEÑOR Cardenal:

1. El 80º aniversario de la publicación de la Enclíclica *Rerum Novarum*, cuyo mensaje sigue inspirando la acción en favor de la justicia social, nos anima a continuar y ampliar las enseñanzas de nuestros predecesores, para dar respuesta a las necesidades nuevas de un mundo en cambio. La iglesia, en efecto, camina unida a la humanidad y se solidariza con su suerte en el seno de la historia. Anunciando la Buena Nueva del amor de Dios y de la salvación en Cristo a los hombres, ella les ilumina en sus actividades a la luz del Evangelio y les ayuda de ese modo a corresponder al designio de amor de Dios y a realizar la plenitud de sus aspiraciones.

Llamamiento universal a una mayor justicia

2. Nós vemos con confianza el espíritu del Señor continuando su obra en el corazón de los hombres y congregando por todas partes comunidades cristianas conscientes de su responsabilidad en la sociedad. En todos los continentes, entre todas las razas, naciones, culturas, en todas las condiciones, el Señor sigue suscitando auténticos apóstoles del Evangelio.

Nós hemos tenido la dicha de encontrarlos, admirarlos y alentarlos durante nuestros recientes viajes. Nos hemos acercado a las muchedumbres y escuchado sus llamamientos, gritos de preocupación y de esperanza a la vez. En estas circunstancias, hemos podido ver con un nuevo relieve los graves problemas de nuestros tiempo, particulares ciertamente en cada región, pero de todas maneras comunes a una humanidad que se pregunta sobre su futuro, sobre la orientación y el significado de los cambios en curso. Siguen existiendo diferencias flagrantes en el desarrollo económico, cultural y político de las naciones: al lado de regiones altamente industrializadas, hay otras que están todavía en estadio agrario; al lado de países que conocen el bienestar, otros luchan contra el hambre; al lado de pueblos de alto nivel cultural, otros siguen esforzándose por eliminar el analfabetismo. Por todas partes se aspira a una justicia mayor, se desea una paz mejor asegurada, en un ambiente de respeto mutuo entre los hombres y entre los pueblos.

La diversidad de situaciones de los cristianos en el mundo

3. Ciertamente, son muy diversas las situaciones en las cuales, de buena gana o por fuerza, se encuentran comprometidos los cristianos, según las regiones, los sistemas sociopolíticos, las culturas. En unos sitios, se hallan reducidos al silencio, considerados como sospe-

chosos, y temidos, por decirlo así, al margen de la sociedad, encuadrados sin libertad en un sistema totalitario. En otros, son una debil minoría, cuya voz difícilmente se hace sentir. Incluso en naciones donde a la iglesia se le reconoce su puesto, a veces de manera oficial, ella misma se ve sometida a los embates de la crisis que estremece la sociedad, y algunos de sus miembros son tentados por soluciones radicales y violentas de las que ellos creen poder esperar resultados más felices. Mientras que unos, inconscientes de las injusticias presentes, se esfuerzan por mantener la situación existente, otros se dejan seducir por ideologías revolucionarias, que les prometen, no sin ilusión, un mundo definitivamente mejor.

4. Frente a situaciones tan diversas, nos es difícil pronunciar una palabra única, como también proponer una solución con valor universal. No es ésta nuestra ambición, ni tampoco nuestra misión. Incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz de la palabra inalterable del Evangelio, deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción según las enseñanzas sociales de la iglesia tal como han sido elaboradas a lo largo de la historia y especialmente en esta era industrial, después de la fecha histórica del mensaje de León XIII sobre "la condición de los obreros", del cual Nós tenemos el honor y el gozo de celebrar hoy el aniversario.

A estas comunidades cristianas toca discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los obispos responsables, en diálogo con los demás hermanos cristianos y todos los hombres de buena voluntad, las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que aparezcan necesarias con urgencia en cada caso. En esta búsqueda de cambios a promover, los cristianos deberán, en primer lugar, renovar su confianza en la fuerza y la originalidad de las exigencias evangélicas. El Evangelio no ha quedado superado por el hecho de haber sido anunciado, escrito y vivido en un contexto sociocultural diferente. Su inspiración, enriquecida por la experiencia viviente de la tradición cristiana a lo largo de los siglos, permanece siempre nueva en orden a la conversión de los hombres y al progreso de la vida en sociedad, sin que por ello se le vaya a utilizar en provecho de opciones temporales particulares olvidando su mensaje universal y eterno. [1]

El mensaje específico de la iglesia

5. En medio de las perturbaciones y las incertidumbres de la hora presente, la iglesia tiene un mensaje específico que proclamar, tiene que dar un apoyo a los hombres en sus esfuerzos por tomar en sus manos y orientar su futuro.

Desde la época en que la *Rerum Novarum* denunciaba clara y categóricamente el escándalo de la condición de los obreros dentro de la naciente sociedad industrial, la evolución histórica ha hecho tomar conciencia, como lo testimoniaban ya la *Quadragesimo Anno* [2] y la *Mater et Magistra,* [3] de otras dimensiones y de otras aplicaciones de la justicia social. El reciente Concilio ha tratado, por su parte, de ponerlas de manifiesto, particularmente en la constitución pastoral *Gaudium et Spes*. Nós mismo hemos continuado ya estas orientaciones con nuestra Encíclica *Populorum Progressio:* "Hoy el hecho de mayor importancia, decíamos, del que cada uno debe tomar conciencia, es que la cuestión social ha adquirido proporciones mundiales". [4] "Una renovada toma de conciencia de las exigencias del mensaje evangélico impone a la iglesia el deber de ponerse al servicio de los hombres para ayudarles a comprender todas las dimensiones de este grave problema y para convencerles de la urgencia de una acción solidaria en este viraje de la historia de la humanidad." [5]

6. Corresponderá por otra parte al próximo Sínodo de los Obispos estudiar más de cerca y profundizar la misión de la iglesia ante los graves problemas que plantea hoy la justicia en el mundo. El aniversario de la *Rerum Novarum* nos ofrece hoy la ocasión, señor cardenal, de confiar nuestras inquietudes y nuestro pensamiento ante este problema a usted en su calidad de presidente de la comisión "Justicia y Paz" y del consejo para los seglares. Queremos así alentar a estos organismos de la Santa Sede en su acción eclesial al servicio de los hombres.

Amplitud de los cambios actuales

7. Al hacerlo queremos, sin olvidar por ello constantes problemas ya abordados por nuestros predecesores, atraer la atención sobre algunas cuestiones que por su urgencia, su amplitud, su complejidad, deben estar al centro de las preocupaciones de los cristianos en los años venideros con el fin de que, en unión con los demás hombres, se esfuercen ellos en resolver las nuevas dificultades que ponen en juego el futuro mismo del hombre. Es necesario situar los problemas sociales planteados por la economía moderna —condiciones humanas de producción, equidad en los cambios de bienes y en la distribución de las riquezas, significado de las crecientes necesidades de consumo, participación en las responsabilidades— dentro de un contexto más amplio de civilización nueva. En los cambios actuales tan profundos y tan rápidos, todavía el hombre se descubre nuevo y se pregunta por el sentido de su propio ser y de su supervivencia colectiva. Vacilando en aceptar las lecciones de un pasado que considera superado y demasiado diferente, tiene sin embargo necesidad de esclarecer su futuro —futuro que él percibe tan incierto como inestable— por medio de verdades permanentes, eternas, que le rebasan ciertamente, pero cuyas huellas puede él, si quiere realmente, encontrar por sí mismo. [6]

NUEVOS PROBLEMAS SOCIALES

La urbanización

8. Un fenómeno mayor atrae nuestra atención, tanto en los países industrializados como en las naciones en vías de desarrollo: la urbanización.

Después de largos siglos de civilización agraria se está debilitando. Por otra parte ¿se presta suficiente atención al acondicionamiento y mejora de la vida de la gente rural, cuya condición económica inferior y hasta miserable a veces provoca el éxodo hacia los tristes amontonamientos de los suburbios donde no les espera empleo ni alojamiento?

Este éxodo rural permanente, el crecimiento industrial, el aumento demográfico continuo, el atractivo de los centros urbanos conducen a concentraciones de población cuya amplitud apenas se puede imaginar puesto que ya se habla de megápolis que agrupan varias decenas de millones de habitantes. Ciertamente, existen ciudades cuya dimensión asegura un mejor equilibrio de la población. Susceptibles de ofrecer un empleo a aquellos a quienes el progreso de la agricultura habría dejado disponibles, permiten un acondicionamiento del ambiente humano capaz de evitar la proliferación del proletariado y el amontonamiento de las grandes aglomeraciones.

9. El crecimiento desmedido de estas ciudades acompaña la expansión industrial sin confundirse con ella.

Basada en la búsqueda tecnológica y en la transformación de la naturaleza, la industrialización prosigue siempre su camino dando prueba de una incesante creatividad. Mientras unas empresas se desarrollan y se concentran, otras mueren o se trasladan, creando nuevos problemas sociales: paro profesional o regional, cambios de empleo y movilidad de personas, adaptación permanente de los trabajadores, disparidad de condiciones en los diversos ramos industriales. Una competencia desmedida, utilizando los medios modernos de la publicidad, lanza continuamente nuevos productos y trata de atraer al consumidor, mientras las viejas instalaciones industriales todavía en funcionamiento van haciéndose inútiles. Mientras amplísimos estratos de población no pueden satisfacer sus necesidades primarias, se intenta crear necesidades de lo superfluo. Se puede uno preguntar entonces con todo derecho, si a pesar de todas sus conquistas el hombre no está volviendo contra sí mismo los frutos de su actividad. Después de haberse asegurado un dominio necesario sobre la naturaleza [7] ¿no se está convirtiendo ahora en esclavo de los objetos que fabrica?

Los cristianos en la ciudad

10 El surgir de una civilización urbana que acompaña el incremento de la civilización industrial, ¿no es en efecto un verdadero desafío lanzado a la sabiduría del hombre, a su capacidad de organización, a su imaginación prospectiva? En el seno de la sociedad industrial, la urbanización trastorna los modos de vida y las estructuras habituales de la existencia: la familia, la vecindad, el marco mismo de la comunidad cristiana. El hombre prueba una nueva soledad, no ya de cara a una naturaleza hostil que le ha costado siglos dominar, sino en medio de una muchedumbre anónima que le rodea y donde él se siente como extraño. Etapa sin duda irreversible en el desarrollo de las sociedades humanas, la urbanización plantea al hombre difíciles problemas: ¿cómo dominar su crecimiento, regular su organización, lograr su animación por el bien de todos?

En este crecimiento desordenado, nacen nuevos proletariados. Se instalan en el centro de las ciudades que los ricos a veces abandonan; acampan en los suburbios, cinturón de miseria que llega a asediar, mediante una protesta silenciosa aun, el lujo demasiado estridente de las ciudades del consumo y del despilfarro. En lugar de favorecer el encuentro fraternal y la ayuda mutua, la ciudad desarrolla las discriminaciones y también las indi-

ferencias; se presta a nuevas formas de explotación y de dominio, de las que algunos, especulando sobre las necesidades de los demás, sacan provechos inadmisibles. Detrás de las fachadas, se esconden muchas miserias, ignoradas aun por los vecinos más cercanos; otras aparecen allí donde la dignidad del hombre zozobra: delincuencia, criminalidad, droga, erotismo.

11. Son en efecto los más débiles las víctimas de las condiciones de vida inhumana, degradantes para las conciencias y dañosas para la institución familiar: la promiscuidad de los alojamientos populares hace imposible un mínimo de intimidad; los jóvenes hogares, en la vana espera de un alojamiento decente y a un precio accesible, se desmoralizan y hasta su misma unidad puede quedar comprometida; los jóvenes abandonan un hogar demasiado reducido y buscan en la calle compensaciones y compañías incontrolables. Es un deber grave de los responsables tratar de dominar y orientar este proceso.

Urge reconstruir a escala de calle, de barrio o de gran conglomerado, el tejido social en que el hombre pueda desarrollar las necesidades de su personalidad. Hay que crear o fomentar centros de interés y de cultura a nivel de comunidades y de parroquias, en sus diversas formas de asociación, círculos recreativos, lugares de reunión, encuentros espirituales, comunitarios, donde, escapando al aislamiento de las multitudes modernas, cada uno podrá crearse nuevamente relaciones fraternales.

12. Construir la ciudad, lugar de existencia de los hombres y de sus extensas comunidades, crear nuevos modos de proximidad y de relaciones, percibir una aplicación original de la justicia social, tomar a cargo este futuro colectivo que se anuncia difícil, es una tarea en la cual deben participar los cristianos. A estos hombres amontonados en una promiscuidad urbana que se hace intolerable, hay que darles un mensaje de esperanza por medio de una fraternidad vivida y de una justicia concreta. Los cristianos, conscientes de esta responsabilidad nueva, no pierdan el ánimo en la inmensidad amorfa de la ciudad, sino que se acuerden de Jonás que por mucho tiempo recorre Nínive, la gran ciudad, para anunciar en ella la Buena Nueva de la misericordia divina, sostenido en su debilidad por la sola fuerza de la palabra de Dios Todopoderoso. En la Biblia, la ciudad es frecuentemente, en efecto, el lugar del pecado y del orgullo, orgullo de un hombre que se siente suficientemente seguro para construir su vida sin Dios y también para afirmar su poder contra Él. Pero existe también Jerusalén, la ciudad santa, el lugar de encuentro con Dios, la promesa de la ciudad que viene de lo alto.[8]

Los jóvenes y el puesto de la mujer

13. Vida urbana y cambio industrial ponen al descubierto por otra parte problemas hasta ahora poco conocidos. ¿Qué puesto corresponderá, por ejemplo, a los jóvenes en este mundo en gestación? Por todas partes se presenta difícil el diálogo entre una juventud portadora de aspiraciones, de renovación y también de inseguridad ante el futuro, y las generaciones adultas. ¿Quién no ve que hay una fuente de graves conflictos, de rupturas y de abandonos, incluso en el seno de la familia y una cuestión planteada sobre las formas de autoridad, la educación de la libertad, la trasmisión de los valores y de las creencias, que toca a las raíces más profundas de la sociedad?

Asimismo, en muchos países, un estatuto sobre la mujer, que haga cesar una discriminación efectiva y establezca relaciones de igualdad de derechos y de respeto a su dignidad, es objeto de investigaciones y a veces de vivas reivindicaciones. Nós hablamos de esa falsa igualdad que negaría las distinciones establecidas por el mismo Creador y que estaría en contradicción con la función específica, tan capital, de la mujer en el corazón del hogar y en el seno de la sociedad. La evolución de las legislaciones debe, por el contrario, orientarse en el sentido de proteger su vocación propia, al mismo tiempo que a reconocer su independencia en cuanto persona y la igualdad de sus derechos a participar en la vida económica, social, cultural y política.

Los trabajadores

14. La iglesia lo ha vuelto a afirmar solemnemente en el último concilio: "La persona humana es y debe ser el principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones".[9] Todo hombre tiene derecho al trabajo, a la posibilidad de desarrollar sus cualidades y su personalidad en el ejercicio de su profesión, a una remuneración equitativa que permita a él y a su familia "llevar una vida digna en el plano material, cultural y espiritual",[10] a la asistencia en caso de necesidad por razón de enfermedad o de edad.

Si para la defensa de estos derechos las sociedades demográficas aceptan el principio de la organización sindical, sin embargo no se hallan siempre abiertas a su ejercicio. Se debe admitir la función importante de los sindicatos: tienen por objeto la representación de las diversas categorías de trabajadores, su legítima colaboración al progreso económico de la sociedad, el desarrollo del sentido de sus responsabilidades para la realización del bien común. Su acción no está con todo exenta de dificultades: puede venir, aquí o allá, la tentación de aprovechar una posición de fuerza para imponer, sobre todo por la huelga —cuyo derecho como medio último de defensa queda ciertamente reconocido—, condiciones demasiado gravosas para el conjunto de la economía o del cuerpo social, o para tratar de obtener reivindicaciones de orden directamente político. Cuando se trata en particular de los servicios públicos necesarios a la vida diaria de toda una comunidad, se deberá saber medir los límites, más allá de los cuales los perjuicios causados se hacen inadmisibles.

Las víctimas de los cambios

15. En resumen, se han hecho ya progresos para introducir en el seno de las relaciones humanas más justicia y participación en las responsabilidades. Pero en este inmenso campo todavía queda mucho por hacer. Es necesario también proseguir activamente la reflexión, la búsqueda y la experimentación, so pena de quedar retrasados con relación a las legítimas aspiraciones de los trabajadores, aspiraciones que se van afirmando a medida que se desarrollan su formación, la conciencia de su dignidad, el vigor de sus organizaciones.

El egoísmo y la dominación son tentaciones permanentes en los hombres. Se hace también necesario un discernimiento, cada vez más afinado, para poder comprender en su raíz las nacientes situaciones de injusticia e instaurar progresivamente una justicia siempre menos imperfecta. En el cambio industrial, que reclama una rápida y constante adaptación, los que se van a ver más dañados serán más numerosos y menos favorecidos para hacer oír su voz. La atención de la iglesia se dirige hacia estos nuevos "pobres" —los minusválidos, los inadaptados, ancianos, marginados de diverso origen—, para conocerlos, ayudarlos, defender su puesto y su dignidad en una sociedad endurecida por la competencia y el atractivo del éxito.

Las discriminaciones

16. Entre el número de las víctimas de situaciones de injusticia —aunque el fenómeno no sea desafortunadamente nuevo— hay que contar a aquellos que son objeto de *discriminaciones*, de derecho o de hecho, por razón de su raza, su origen, su color, su cultura, su sexo o su religión.

La discriminación racial reviste en este momento un carácter de mayor actualidad por las tensiones que crea tanto en el interior de algunos países como en el plano internacional. Con razón, los hombres consideran injustificable y rechazan como inadmisible la tendencia a mantener o introducir una legislación o prácticas inspiradas sistemáticamente por perjuicios racistas: los miembros de la humanidad participan de la misma naturaleza y por consiguiente de la misma dignidad, con los mismos derechos y los mismos deberes fundamentales así como el mismo destino sobrenatural. En el seno de una patria común, todos deben ser iguales ante la ley, tener iguales posibilidades en la vida económica, cultural, cívica o social y beneficiarse de una equitativa distribución de la riqueza nacional.

Derecho a la emigración

17. Nós pensamos también en la precaria situación de un gran número de trabajadores emigrados, cuya condición de extranjeros hace tanto más difícil, por su parte, toda reivindicación social, no obstante su real participación en el esfuerzo económico del país que les recibe. Es urgente que se sepa superar con relación a ellos una actitud estrictamente nacionalista, con el fin de crear en su favor un estatuto que reconozca un derecho a la emigración, favorezca su integración, facilite su promoción profesional y les permita el acceso a un alojamiento decente, donde pueda venir, si es el caso, su familia.[11]

Tiene relación con esta categoría las poblaciones que, por encontrar un trabajo, librarse de una catástrofe o de un clima hostil, abandonan sus regiones y se encuentran desarraigadas entre las demás.

Es deber de todos —y especialmente de los cristianos[12]— trabajar con energía para instaurar la fraternidad universal, base indispensable de una justicia auténtica y condición de una paz duradera: "No podemos invocar a Dios, Padre de todos, si nos negamos a conducirnos fraternalmente con algunos hombres, creados a imagen de Dios. La rela-

ción del hombre para con Dios Padre y la relación del hombre para con los hombres sus hermanos están de tal forma unidas, que, como dice la Escritura: *El que no ama, no conoce a Dios (I, Jn,* 4, 8). [13]

Crear puestos de trabajo

18. Con el crecimiento demográfico, más marcado en las naciones jóvenes, el número de aquellos que no llegan a encontrar trabajo y se ven reducidos a la miseria o al parasitismo irá aumentando en los próximos años, a no ser que un estremecimiento de la conciencia humana no provoque un movimiento general de solidaridad por una política eficaz de inversiones, de organización de la producción y de los mercados, así como de formación. Conocemos la atención que se está dando a estos problemas dentro de los organismos internacionales y nós deseamos vivamente que sus miembros no tarden en hacer corresponder sus actos a las declaraciones.

Es inquietante comprobar en este campo una especie de fatalismo que se apodera incluso de los responsables. Este sentimiento conduce a veces a las situaciones maltusianas aguijoneadas por la propaganda activa en favor de la anticoncepción y del aborto. En esta situación crítica hay que afirmar por el contrario que la familia, sin la cual ninguna sociedad puede subsistir, tiene derecho a la asistencia que le asegure las condiciones de una sana expansión. "Es cierto, decíamos en nuestra encíclica *Populorum Progressio,* que los poderes públicos pueden intervenir dentro de los límites de su competencia, desarrollando una información apropiada y tomando medidas adecuadas, con tal que sean conformes a las exigencias de la ley moral respeten la justa libertad de la pareja humana. Sin el derecho inalienable al matrimonio y a la procreación, no existe ya dignidad humana." [14]

19. Jamás en cualquier otra época había sido tan explícito el llamamiento a la imaginación social. Es necesario consagrar a ella esfuerzos de invención y de capitales tan importantes como los invertidos en armamentos o para las conquistas tecnológicas. Si el hombre se deja desbordar y no prevé a tiempo la emergencia de los nuevos problemas sociales, éstos se harán demasiado graves como para que se pueda esperar una solución pacífica.

Los medios de comunicación social

20. Entre los cambios mayores de nuestro tiempo, no queremos dejar de subrayar la función creciente que van asumiendo los medios de comunicación social y su influencia en la transformación de las mentalidades, de los conocimientos, de las organizaciones y de la misma sociedad. Ciertamente, tienen muchos aspectos positivos: gracias a ellos las informaciones del mundo entero nos llegan casi instantáneamente creando un contacto, por encima de las distancias, y elementos de unidad entre todos los hombres: haciendo posible una difusión más amplia de la información y de la cultura. Sin embargo estos medios de comunicación social, debido a su misma acción, llegan a representar como un nuevo poder. ¿Cómo no se va a preguntar uno entonces sobre los detentores reales de este poder, sobre los fines que persiguen y los medios que ponen en práctica, sobre la repercusión de su acción en cuanto al ejercicio de las libertades individuales, tanto en los campos políticos e ideológicos como en la vida social, económica y cultural? Los hombres, en cuyas manos está este poder tienen una grave responsabilidad moral en relación con la verdad de las informaciones que ellos deben difundir, en relación a las necesidades y a las reacciones que hacen nacer, en relación con los valores que ellos proponen. Más aún con la televisión, es un modo original de conocimiento y una nueva civilización la que está naciendo: la de la imagen.

Naturalmente los poderes públicos no pueden ignorar la creciente potencia e influjo de los medios de comunicación social, así como las ventajas o riesgos que su uso lleva consigo para la comunidad civil y para su desarrollo y perfeccionamiento real.

Ellos por tanto están llamados a ejercer su propia función positiva para el bien común, alentando toda expresión constructiva, apoyando a cada ciudadano y a los grupos en la defensa de los valores fundamentales de la persona y de la convivencia humana; actuando también de manera que eviten oportunamente la difusión de cuanto menoscabe el patrimonio común de los valores, sobre el cual se funda el ordenado progreso civil. [15]

El medio ambiente

21. Mientras el horizonte del hombre se va así modificando, partiendo de las imágenes que se seleccionan para él, se hace sentir otra transformación, consecuencia tan dramática como inesperada de la actividad humana. Bruscamente el hombre adquiere conciencia de ello: debido a una explotación inconsiderada de la naturaleza, corre el riesgo de destruirla y de ser a su vez víctima de esta degradación. No sólo el ambiente físico constituye una amenaza permanente: poluciones y deshechos, nuevas enfermedades, poder destructor absoluto; es el cuadro humano lo que el hombre no domina ya, creando de este modo para el mañana un ambiente que podría resultarle intolerable. Problema social de envergadura que incumbe a la familia humana toda entera.

Hacia estas nociones nuevas es hacia donde tiene que volverse el cristiano, para hacerse responsable, en unión con los demás hombres, de un destino en realidad ya común.

ASPIRACIONES FUNDAMENTALES Y CORRIENTES IDEOLÓGICAS

22. Al mismo tiempo que el progreso científico y técnico continúa trastornando el marco del hombre, sus modos de conocimiento, de trabajo, de consumo y de relaciones, se manifiesta siempre en estos contextos nuevos una doble aspiración más viva a medida que se desarrolla su información y su educación: aspiración a la igualdad, aspiración a la participación; dos formas de la dignidad del hombre y de su libertad.

Ventajas y límites de los reconocimientos jurídicos

23. Para inscribir en los hechos y en las estructuras esta doble aspiración, se han hecho progresos en la enunciación de los derechos del hombre y en la búsqueda de acuerdos internacionales para la aplicación de este derecho internacional. [16] Sin embargo, las discriminaciones —técnicas, culturales, religiosas, políticas...— renacen siempre. Efectivamente, los derechos humanos permanecen todavía frecuentemente desconocidos, si no burlados, o su respeto es puramente formal. En muchos casos, la legislación va atrasada respecto a las situaciones reales. Siendo necesaria, es todavía insuficiente para establecer verdaderas relaciones de justicia e igualdad. El evangelio, al enseñarnos la caridad, nos inculca el el respeto privilegiado a los pobres y su situación particular en la sociedad: los más favorecidos deben renunciar a algunos de sus derechos para poner con mayor liberalidad sus bienes al servicio de los demás. Efectivamente, si más allá de las reglas jurídicas falta un sentido más profundo de respeto y de servicio al prójimo, incluso la igualdad ante la ley podrá servir de coartada a discriminaciones flagrantes, a explotaciones constantes, a un engaño efectivo. Sin una educación renovada de la solidaridad, una afirmación excesiva de la igualdad puede dar lugar a un individualismo donde cada cual reivindique sus derechos sin querer hacerse responsable del bien común.

¿Quién no ve en este campo la aportación capital del espíritu cristiano que va, por otra parte, al encuentro de las aspiraciones del hombre a ser amado? "El amor del hombre, primer valor del orden terreno", asegura las condiciones de la paz, tanto social como internacional, al afirmar nuestra fraternidad universal. [17]

La sociedad política

24. La doble aspiración hacia la igualdad y la participación trata de promover un tipo de sociedad democrática. Diversos modelos han sido propuestos, algunos han sido ya experimentados; ninguno satisface completamente y la búsqueda queda abierta entre las tendencias ideológicas y pragmáticas. El cristiano tiene la obligación de participar a esta búsqueda, tanto para la organización como para la vida de la sociedad política. El hombre, ser social, construye su destino a través de una serie de agrupaciones particulares que requieren, para su perfeccionamiento y como condición necesaria para su desarrollo, una sociedad más vasta de carácter universal, la sociedad política. Toda actividad particular debe colocarse en esta sociedad ampliada y adquiere, por tanto, la dimensión del bien común. [18]

Esto indica la importancia de una educación a la vida en sociedad, donde además de la información sobre los derechos de cada uno, sea recordado su necesario correlativo: el reconocimiento de los deberes de cada uno de cara a los demás; el sentido y la práctica del deber están ellos mismos condicionados por el dominio de sí, la aceptación de las responsabilidades y de los límites puestos al ejercicio de la libertad del individuo o del grupo.

25. La acción política —¿es necesario subrayar que se trata ante todo de una acción y no de una ideología?— debe estar apoyada en un proyecto de sociedad, coherente en sus medios concretos y en su aspiración que se alimenta de una concepción plenaria de la vocación del hombre y de sus diferentes expresiones sociales. No pertenece ni al estado, ni tampoco a los partidos políticos que se ce-

rrarían sobre sí mismos, el tratar de imponer una ideología por medios que desembocarían en la dictadura de los espíritus, la peor de todas. Toca a los grupos culturales y religiosos —dentro de la libertad de adhesión que ellos suponen— desarrollar en el cuerpo social, de manera desinteresada y por su propio camino, estas convicciones últimas sobre la naturaleza, el origen y el fin del hombre y de la sociedad.

En este campo conviene recordar el principio proclamado por el Concilio Vaticano II: "La verdad no se impone más que por la fuerza de la verdad misma que penetra el espíritu con tanta dulzura como potencia". [19]

Ideologías y libertad humana

26. El cristiano que quiere vivir sufre en una acción política, concebida como servicio, tampoco puede adherirse sin contradicción a sistemas ideológicos que se oponen radicalmente o en los puntos sustanciales a su fe y a su concepción del hombre: ni a la ideología marxista, a su materialismo ateo, a su dialéctica de violencia y a la manera como ella entiende la libertad individual dentro de la colectividad, negando al mismo tiempo toda trascendencia al hombre y a su historia personal y colectiva; ni a la ideología liberal que cree exaltar la libertad individual sustrayéndola a toda limitación, estimulándola con la búsqueda exclusiva del interés y del poder, y considerando las solidaridades sociales como consecuencias más o menos automáticas de iniciativas individuales y no ya como un fin y un criterio más elevado del valor de la organización social.

27. ¿Es necesario subrayar la posible ambigüedad de toda ideología social? Unas veces reduce la acción política o social, a ser simplemente la aplicación de una idea abstracta, puramente teórica; otras, es el pensamiento el que se convierte en puro instrumento al servicio de la acción, como un simple medio para una estrategia. En ambos casos, ¿no es el hombre quien corre el riesgo de verse enajenado? La fe cristiana se sitúa por encima y a veces en oposición a las ideologías, en la medida en que reconoce a Dios, trascendente y creador, que interpela a través de todos los niveles de lo creado al hombre como libertad responsable.

28. El peligro estaría además en adherirse a una ideología que no repose sobre una doctrina verdadera y orgánica, refugiarse en ella, como una explicación última y suficiente de todo y construirse así un nuevo ídolo del cual se acepta, a veces sin darse cuenta, el carácter totalitario y obligatorio. Y se piensa encontrar en él una justificación para la acción, aún violenta, una adecuación a un deseo generoso de servicio; éste permanece pero se deja absorber por una ideología, la cual —aunque propone ciertos caminos para la liberación del hombre— desemboca finalmente en hacerlo esclavo.

29. Si hoy día se ha podido hablar de un retroceso de las ideologías, esto puede constituir un momento favorable para una apertura a la trascendencia concreta del cristianismo. Puede ser también un deslizamiento más acentuado hacia un nuevo positivismo: la técnica universalizada como forma dominante de actividad, como modo invasor de existir, como lenguaje mismo, sin que la cuestión de su sentido sea realmente planteada.

Los movimientos históricos

30. Pero fuera de este positivismo que reduce al hombre a una sola dimensión —importante, hoy día— y que en esto lo mutila, el cristiano encuentra en su acción movimientos históricos concretos nacidos de las ideologías y, por otra parte, distintos de ellas. Ya nuestro venerado predecesor Juan XXIII en la *Pacem in Terris* muestra que es posible hacer una distinción: "no se pueden identificar —escribe— falsas teorías filosóficas sobre la naturaleza, el origen y la finalidad del mundo y del hombre, con movimientos históricos fundados en una finalidad económica, social, cultural o política, aunque estos últimos deban su origen y se inspiren todavía en esas teorías. Una doctrina, una vez fijada y formulada, no cambia más, mientras que los movimientos que tienen por objeto condiciones concretas y mutables de la vida no pueden menos de ser ampliamente influenciados por esta evolución. Por lo demás, en la medida en que estos movimientos van de acuerdo con los sanos principios de la razón y responden a las justas aspiraciones de la persona humana ¿quién rehusaría reconocer en ellos elementos positivos y dignos de aprobación?" [20]

El atractivo de las corrientes socialistas

31. Hoy día, los cristianos se sienten atraídos por las corrientes socialistas y sus diversas evoluciones. Ellos tratan de reconocer allí un cierto número de aspiraciones que llevan dentro de sí mismos en nombre de su fe. Se sienten inseridos en esta corriente histórica y quieren conducir dentro de ella una acción; ahora bien, esta corriente histórica asume diversas formas, bajo un mismo vocablo, según los continentes y las culturas, aunque ha sido y sigue inspirada en muchos casos por ideologías, incompatibles con la fe. Se impone un atento discernimiento. Con demasiada frecuencia los cristianos, atraídos por el socialismo, tienen la tendencia a idealizarlo, en términos por otra parte muy generosos: voluntad de justicia, de solidaridad y de igualdad. Ellos rehusan admitir las presiones de los movimientos históricos socialistas, que siguen condicionados por su ideología de origen. Entre los diversos niveles de expresión del socialismo —una aspiración generosa y una búsqueda de una sociedad más justa, los movimientos históricos que tienen una organización y un fin político, una ideología que pretende dar una visión total y autónoma del hombre—, hay que establecer distinciones que guiarán las opciones concretas. Sin embargo estas distinciones no deben tender a considerar tales niveles como completamente separados e independientes. La vinculación concreta que, según las circunstancias, existe entre ellos, debe ser claramente señalada, y esta perspicacia permitirá a los cristianos considerar el grado de compromiso posible en estos caminos, quedando a salvo los valores, en particular de libertad, de responsabilidad y de apertura a lo espiritual, que garantizan el desarrollo integral del hombre.

Evolución histórica del marxismo

32. Otros cristianos se preguntan también si la evolución histórica del marxismo no autorizaría ciertos acercamientos concretos. Notan, en efecto, un cierto estallido del marxismo, que hasta ahora se expresaba como una ideología unitaria, explicativa de la totalidad del hombre y del mundo en su proceso de desarrollo y por tanto atea. Fuera del enfrentamiento ideológico que separa oficialmente las diversas tendencias del marxismo-leninismo en su respectiva interpretación del pensamiento de los fundadores, y fuera de las oposiciones abiertas entre los sistemas políticos que se apelan hoy día a él, algunos establecen distinciones entre diversos niveles de expresión del marxismo.

33. Para unos el marxismo sigue siendo esencialmente una práctica activa de la lucha de clases. Experimentando el vigor, siempre presente y que renace sin cesar, de las relaciones de dominio y de explotación entre los hombres, reducen el marxismo a una lucha, a veces sin otra perspectiva, lucha que hay que proseguir y aun suscitar de manera permanente. Para otros, será en primer lugar el ejercicio colectivo de un poder político y económico bajo la dirección de un partido único que se considera —él solo— expresión y garantía del bien de todos, arrebatando a los individuos y a los grupos toda posibilidad de iniciativa y de elección. A un tercer nivel, el marxismo —esté o no en el poder— se refiere a una ideología socialista a base de materialismo histórico y de negación de toda trascendencia. Finalmente se presenta, por otra parte, bajo una forma más atenuada, más seductora para el espíritu moderno: como una actividad científica, como un riguroso método de examen de la realidad social y política, como el vínculo racional y experimentado por la historia entre el conocimiento teórico y la práctica de la transformación revolucionaria. A pesar de que este tipo de análisis concede un valor primordial a algunos aspectos de la realidad con detrimento de otros, y los interpreta en función de la ideología, proporciona por lo demás a algunos, a la vez que un instrumento de trabajo, una certeza previa para la acción: la pretensión de descifrar, bajo una forma científica, los resortes de la evolución de la sociedad.

34. Si a través del marxismo, tal como es concretamente vivido, pueden distinguirse estos diversos aspectos y los interrogantes que ellos plantean a los cristianos para la reflexión y para la acción, sería ilusorio y peligroso el llegar a olvidar el lazo íntimo que los une radicalmente, el aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con la ideología, el entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista dejando de percibir el tipo de sociedad totalitaria y violenta a la que conduce este proceso

La ideología liberal

35. Por otra parte, se asiste a una renovación de la ideología liberal. Esta corriente se afirma, sea en nombre de la eficacia económica, sea para defender al individuo contra el dominio cada vez más invadente de las organizaciones, sea contra las tendencias totalitarias de los poderes políticos. Ciertamente hay que mantener y desarrollar la iniciativa personal. Los cristianos que se comprometen en esta línea ¿no tienden a su vez a idealizar

el liberalismo que se convierte entonces en una proclamación a favor de la libertad? Ellos querrían un modelo nuevo, más adaptado a las condiciones actuales, olvidando fácilmente que en su raíz misma el liberalismo filosófico es una afirmación errónea de la autonomía del individuo en su actividad, sus motivaciones, el ejercicio de su libertad. Es decir, la ideología liberal requiere por su parte un atento discernimiento.

36. En este acercamiento renovado de las diversas ideologías, el cristiano sacará de las fuentes de su fe y de las enseñanzas de la iglesia los principios y las normas oportunas para evitar dejarse seducir, y después encerrar en un sistema cuyos límites y totalitarismo corren el riesgo de aparecer ante él demasiado tarde si no los percibe en sus raíces. Por encima de todo sistema, sin omitir por ello el compromiso concreto al servicio de sus hermanos, afirmará, en el seno de sus opciones, lo específico de la aportación cristiana para una transformación positiva de la sociedad. [21]

Renacimiento de las utopías

37. Hoy día, por otra parte, se nota mejor la debilidad de las ideologías, a través de los sistemas concretos en que ellas tratan de realizarse. Socialismo burocrático, capitalismo tecnocrático, democracia autoritaria manifiestan la dificultad de resolver el gran problema humano de vivir todos juntos en la justicia y en la igualdad. En efecto, ¿cómo podrían escapar al materialismo, al egoísmo o a las presiones que fatalmente los acompañan? De aquí una contestación que surge un poco por todas partes, signo de profundo malestar, mientras se asiste al renacimiento de lo que se ha convenido en llamar "utopías" que pretenden resolver el problema político de las sociedades modernas mejor que las ideologías. Sería peligroso no reconocerlo; la apelación a la utopía es con frecuencia un cómodo pretexto para quien desea rehuir las tareas concretas refugiándose en un mundo imaginario. Vivir en un futuro hipotético es una coartada fácil para deponer responsabilidades inmediatas. Pero, hay que reconocerlo, esta forma de crítica de la sociedad existente provoca con frecuencia la imaginación, prospectiva a la vez, para percibir en el presente lo posiblemente ignorado que se encuentra inscrito en él y para orientar hacia un futuro nuevo; ella sostiene así la dinámica social por la confianza que da a las fuerzas investidas del espíritu y del corazón humano; y, si no rehúsa ninguna apertura, puede también encontrar nuevamente el llamamiento cristiano. El espíritu del Señor que anima al hombre renovado en Cristo, cambia sin cesar los horizontes donde su inteligencia quiere encontrar su seguridad, y los límites donde su acción se encerraría de buena gana; le penetra una fuerza que le llama a superar todo sistema y toda ideología. En el corazón del mundo permanece el misterio del hombre que se descubre hijo de Dios en el curso de un proceso histórico y sicológico, donde luchan y se alternan presiones y libertad, gravedad del pecado y soplo del Espíritu.

El dinamismo de la fe cristiana triunfa entonces sobre los cálculos estrechos del egoísmo. Animado por el poder del espíritu de Jesucristo, salvador de los hombres, sostenido por la esperanza, el cristiano se compromete en la construcción de una ciudad humana, pacífica, justa y fraternal, que sea una ofrenda agradable a Dios. [22] Efectivamente, "la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo". [23]

Los interrogantes de las ciencias humanas

38. En este mundo dominado por los cambios científicos y técnicos que corren el riesgo de arrastrarlo hacia un nuevo positivismo, se presenta otra duda, más esencial. Después de haber dominado racionalmente la naturaleza, he aquí que el hombre se halla como encerrado dentro de su propia racionalidad: se convierte él a su vez en objeto de ciencia. Las "ciencias humanas" han tomado hoy día un vuelo significativo. Por una parte somete a un examen crítico y radical los conocimientos admitidos hasta ahora sobre el hombre, porque aparecen o demasiado empíricos o demasiado teóricos. Por otra parte la necesidad metodológica y el "a priori" ideológico las conduce frecuentemente a aislar, a través de las diversas situaciones, ciertos aspectos del hombre y a darles por lo menos una interpretación que querría ser totalizante desde el punto de vista puramente cuantitativo o fenomenológico. Esta reducción "científica" lleva consigo una pretensión peligrosa. Dar así privilegio a tal aspecto del análisis, es mutilar al hombre y, bajo las apariencias de un proceso científico, hacerse incapaz de comprenderlo en su totalidad.

39. No hay que prestar menos atención a la acción que las "ciencias humanas" pueden suscitar, al dar origen a la elaboración de modelos sociales que se querría imponer enseguida como tipos de conducta científicamente probados. El hombre puede convertirse entonces en objeto de manipulaciones, orientando sus deseos y necesidades, modificando sus comportamientos y hasta su sistema de valores. Nadie duda que ello encierra un grave peligro para las sociedades de mañana y para el hombre mismo. Pues si todos se ponen de acuerdo para construir una sociedad nueva al servicio de los hombres, es necesario saber todavía de qué hombre se trata.

40. La sospecha de las ciencias humanas atañe al cristiano más que a otros, pero no lo encuentra impreparado. Porque Nós mismo lo hemos escrito en la *Populorum Progressio*, es en este punto donde se sitúa la aportación específica de la iglesia a las civilizaciones: "Tomando parte en las mejores aspiraciones de los hombres y sufriendo al no verlas satisfechas, la iglesia desea ayudarles a conseguir su pleno desarrollo y esto precisamente porque ella les propone lo que posee como propio: una visión global del hombre y la humanidad". [24] ¿Sería necesario entonces que la iglesia conteste las ciencias humanas en su adelanto y denuncie su pretensión? Como para las ciencias naturales, la iglesia tiene confianza en esta investigación e invita a los cristianos a tomar parte activa en ella. [25] Animados por la misma exigencia científica y por el deseo de conocer mejor al hombre, pero al mismo tiempo iluminados por su fe, los cristianos entregados a las ciencias humanas entablarán un diálogo que se prevé fructuoso entre la iglesia y este nuevo campo de descubrimientos. En verdad, cada disciplina científica no podrá comprender, en su particularidad, más que un aspecto parcial, aunque verdadero, del hombre; la totalidad y el sentido se le escapan. Pero dentro de estos límites, las ciencias humanas aseguran una función positiva que la iglesia reconoce gustosamente. Ellas pueden asimismo ensanchar las perspectivas de la libertad humana, más de lo que no permitirían prever los condicionamientos percibidos. Ellas podrán también ayudar la moral social cristiana, la cual verá sin duda limitarse su campo cuando se trata de proponer ciertos modelos sociales, mientras que su función de crítica y de superación se reforzará mostrando el carácter relativo de los comportamientos y de valores que tal sociedad presentaba como definitivos e inherentes a la naturaleza misma del hombre. Condición indispensable e insuficiente a la vez, para un mejor descubrimiento de lo humano, estas ciencias constituyen un lenguaje cada vez más complejo, pero que, más que colmar, dilata el misterio del corazón del hombre, y que no aporta la respuesta completa y definitiva al deseo que brota de lo más profundo de su ser.

Ambigüedad del progreso

41. Este mayor conocimiento del hombre permite criticar mejor y aclarar una noción fundamental que sigue a la base de las sociedades modernas, al mismo tiempo como móvil, como medida y como objeto; el progreso. Después del siglo XIX, las sociedades occidentales y otras muchas a contacto con ellas han puesto su esperanza en un progreso, renovado sin cesar, ilimitado. Este progreso se les presentaba como el esfuerzo de liberación del hombre de cara a las necesidades de la naturaleza y de las presiones sociales; era la condición y la medida de la libertad humana. Difundida por los medios modernos de información y por el estímulo del saber y de consumo más extendidos, el progreso se convierte en ideología omnipresente. Por tanto, viene hoy una duda sobre su valor y sobre su origen. ¿Qué significa esta búsqueda inexorable de un progreso que esfuma cada vez que uno cree haberlo conquistado? No dominado, el progreso deja insatisfecho. Sin duda se ha denunciado, justamente, los límites y también los perjuicios de un crecimiento económico puramente cuantitativo, y se desea alcanzar también objetivos de orden cualitativo. La cualidad y la verdad de las relaciones humanas, el grado de participación y de responsabilidad son no menos significativos e importantes para el porvenir de la sociedad que la cantidad y la variedad de los bienes producidos y consumidos. Superando la tentación de querer medirlo todo en términos de eficacia y de cambios comerciales, en relaciones de fuerzas y de intereses, el hombre desea hoy sustituir cada vez más estos criterios cuantitativos con la intensidad de la comunicación, la difusión del saber y de la cultura, el servicio recíproco, el acuerdo para una labor común. ¿No está el verdadero progreso en el desarrollo de la conciencia moral que conducirá al hombre a tomar sobre sí las solidaridades ampliadas y a abrirse libremente a los demás y a Dios? Para un cristiano, el progreso encuentra necesariamente el misterio escatológico de la muerte: la muerte de Cristo y su resurrección, el impulso

del Espíritu del Señor ayudan al hombre a situar su libertad creadora y agradecida, en la verdad de todo progreso y en la sola esperanza que no decepciona jamás. [26]

LOS CRISTIANOS ANTE ESTOS NUEVOS PROBLEMAS

Dinamismo de la enseñanza social de la iglesia

42. Frente a tantos nuevos interrogantes, la iglesia hace un esfuerzo de reflexión para responder, dentro de su propio campo, a las esperanzas de los hombres. El que hoy los problemas parezcan originales, debido a su amplitud y urgencia, ¿quiere decir que el hombre se halla impreparado para resolverlos? La enseñanza social de la iglesia acompaña con todo su dinamismo a los hombres en su búsqueda. Si bien no interviene para dar autenticidad a una estructura determinada o para proponer un modelo prefabricado, ella no se limita simplemente a recordar unos principios generales. Se desarrolla por medio de una reflexión madurada al contacto con situaciones cambiantes de este mundo, bajo el impulso del Evangelio como fuente de renovación, desde el momento que su mensaje es aceptado en su totalidad y en sus exigencias. Se desarrolla con la sensibilidad propia de la iglesia, marcada por una voluntad desinteresada de servicio y una atención a los más pobres; finalmente se alimenta en una experiencia rica de muchos siglos, lo que permite asumir en la continuidad de sus preocupaciones permanentes la innovación atrevida y creadora, que requiere la situación presente del mundo.

Por una justicia mayor

43. Queda por instaurar una mayor justicia en la distribución de los bienes, tanto en el interior de las comunidades nacionales, como en el plano internacional. En los cambios mundiales es necesario superar las relaciones de fuerza, para llegar a entendimientos concertados con la mirada puesta en el bien de todos. Las relaciones de fuerza no han logrado jamás establecer efectivamente la justicia de una manera durable y verdadera, por más que en algunos momentos la alternancia de las posiciones puede permitir frecuentemente hallar condiciones más fáciles de diálogo. El uso de la fuerza suscita por lo demás la puesta en acción de fuerzas contrarias, y de ahí un clima de lucha que da lugar a situaciones de extrema violencia y abusos. [27] Pero, lo hemos afirmado frecuentemente, el deber más importante de justicia es el de permitir a cada país promover su propio desarrollo, dentro del marco de una cooperación exenta de todo espíritu de dominio, económico y político. Ciertamente, la complejidad de los problemas planteados es grande en el conflicto actual de las interdependencias; se ha de tener también la valentía de emprender una revisión de las relaciones entre las naciones, de tratar de la distribución internacional de la producción, de la estructura de los cambios, del control de los beneficios, del sistema monetario, sin olvidar las acciones de solidaridad humanitaria, de poner en interrogante los modelos de crecimiento de las naciones ricas, de transformar las mentalidades para abrirlas a la prioridad del deber internacional, de renovar los organismos internacionales en la perspectiva de una mayor eficacia.

44. Bajo el impulso de los nuevos sistemas de producción, se vienen abajo las fronteras y se ve aparecer nuevas potencias económicas, las empresas multinacionales, que por la concentración y la flexibilidad de sus medios pueden llevar a cabo estrategias autónomas, en gran parte independientes de los poderes políticos nacionales y por consiguiente sin control bajo el punto de vista del bien común. Al extender sus actividades, estos organismos privados pueden conducir a una nueva forma abusiva de dominación económica en el campo social, cultural e incluso político. La concentración excesiva de los medios y de los poderes, que denunciaba ya Pío XI en el 40º aniversario de la *Rerum Novarum,* adquiere un nuevo aspecto concreto.

Cambio de los corazones y de las estructuras

45. Hoy los hombres aspiran a liberarse de la necesidad y de la dependencia. Pero esa liberación comienza por la libertad interior que ellos deben recuperar de cara a sus bienes y a sus poderes; no llegarán a ello a no ser por un amor trascendente del hombre y, en consecuencia, por una disponibilidad efectiva al servicio. De otro modo, se ve claro, aun las ideologías más revolucionarias no desembocarán más que en un simple cambio de amos: instalados a su vez en el poder, estos nuevos amos se rodean de privilegios, limitan las libertades y consienten que se instauren otras formas de injusticia.

Muchos llegan también a plantearse el problema del modelo mismo de sociedad. La ambición de numerosas naciones, en la competición que las opone y las arrastra, es la de llegar al poder tecnológico, económico, militar. Ella se opone entonces a la creación de estructuras, en las cuales el ritmo del progreso sería regulado en función de una justicia mayor, en vez de acentuar las diferencias y de crear un clima de desconfianza y de lucha que compromete continuamente la paz.

Significación cristiana de la acción política

46. ¿No es aquí donde aparece un límite radical de la economía? Siendo necesario, la actividad económica puede, si está al servicio del hombre, "ser fuente de fraternidad y signo de la Providencia"; ella da ocasión a intercambios concretos entre los hombres, a reconocimiento de derechos, a la prestación de servicios y a la afirmación de la dignidad en el trabajo. Frecuentemente terreno de enfrentamiento y de dominio, ella puede dar origen al diálogo y suscitar la cooperación. [29] Por tanto corre el riesgo de absorber excesivamente las fuerzas y la libertad. Por eso, el paso de la economía a la política se demuestra necesario. Ciertamente, sobre el término "política" son posibles muchas confusiones y deben ser esclarecidas, pero cada uno siente que en los campos social y económico —tanto nacionales como internacionales—, la decisión última recae sobre el poder político.

Este, que constituye el vínculo natural y necesario para asegurar la cohesión del cuerpo social, debe tener como finalidad la realización del bien común. Obra en el respeto de las legítimas libertades de los individuos, de las familias y de los grupos subsidiarios con el fin de crear, eficazmente y en provecho de todos, las condiciones requeridas para conseguir el bien auténtico y completo del hombre, incluido su fin espiritual. Se despliega dentro de los límites propios de su competencia, que pueden ser diversos según los países y los pueblos. Interviene siempre con un deseo de justicia y dedicación al bien común, del que tiene la responsabilidad última. No roba pues a los individuos y a cuerpos intermedios su campo de actividades y sus responsabilidades propias, lo cual les induce a concurrir en la realización de este bien común. En efecto, "el objeto de toda intervención en materia social es ayudar a los miembros del cuerpo social y no destruirlos ni absorberlos". [30]

Según su propia vocación, el poder político debe saber desligarse de los intereses particulares para enfocar su responsabilidad hacia el bien de todos los hombres, aun rebasando las fronteras nacionales. Tomar en serio la política en sus diversos niveles —local, regional, nacional y mundial— es afirmar el deber del hombre, de todo hombre, de reconocer la realidad concreta y el valor de la libertad de elección que se ofrece para tratar de realizar juntos el bien de la ciudad, de la nación, de la humanidad. La política es un aspecto, aunque no el único, que exige vivir el compromiso cristiano al servicio de los demás. Sin resolver ciertamente los problemas ella se esfuerza por aportar soluciones a las relaciones de los hombres entre sí. Su campo, amplio y complejo, no es exclusivo. Una actitud invasora que tendiera a hacer de él algo absoluto, se convertiría en un grave peligro. Aun reconociendo la autonomía de la realidad política, los cristianos, solicitados a entrar en la acción, se esforzarán por buscar una coherencia entre sus opciones y el Evangelio y, dentro de ún legítimo pluralismo, de dar un testimonio, personal y colectivo, de la seriedad de su fe mediante un servicio eficaz y desinteresado hacia los hombres

Participación en las responsabilidades

47. El paso a la dimensión política expresa también una exigencia actual del hombre: una mayor participación en las responsabilidades y en las decisiones. Esta legítima aspiración se manifiesta sobre todo a medida que crece el nivel cultural, que se desarrolla el sentido de la libertad, y que el hombre se da mejor cuenta de cómo, en un mundo abierto a un porvenir incierto, las decisiones de hoy condicionan ya la vida de mañana. En la *Mater et Magistra,* [31] Juan XXIII subrayaba cómo el acceso a las responsabilidades es una exigencia fundamental de la naturaleza del hombre, un ejercicio concreto de su libertad, un camino para su desarrollo, e indicaba cómo en la vida económica, particularmente en la empresa, debía ser asegurada esta participación en las responsabilidades. [32] Hoy el ámbito es más vasto, se extiende al campo social y político donde debe ser instituida e intensificada la participación razonable en las responsabilidades y opciones. Ciertamente, las disyuntivas propuestas a la decisión son cada vez más complejas, las consideraciones a tener en cuenta, múltiples; la previsión de las consecuencias, aleatoria; aun cuando las ciencias nuevas se esfuerzan por iluminar la libertad en

estos momentos importantes. Por eso, aunque a veces se imponen límites, estos obstáculos no deben frenar una difusión mayor de la participación en la elaboración de las decisiones, en su elección misma y en su puesta en práctica. Para hacer frente a una tecnocracia creciente, hay que inventar formas de democracia moderna, no solamente dando a cada hombre la posibilidad de informarse y de expresar su opinión, sino de comprometerse en una responsabilidad común. Así los grupos humanos se transforman poco a poco en comunidades de participación y de vida. Así la libertad, que se afirma demasiado frecuentemente como reivindicación de autonomía en oposición a la libertad de los demás, se desarrolla en su realidad humana más profunda: comprometerse afanarse en la realización de solidaridades activas y vividas. Pero para el cristiano, el hombre encuentra una verdadera libertad, renovada en la muerte y en la resurrección del Señor, abandonándose en Dios que lo libera.

LLAMAMIENTO A LA ACCIÓN

Necesidad de comprometerse en la acción

48. En el campo social, la iglesia ha querido siempre asegurar una doble función: iluminar los espíritus para ayudarlos a descubrir la verdad y distinguir el camino a seguir en medio de las diversas doctrinas que lo solicitan; entrar en la acción y difundir, con un deseo real de servicio y de eficacia, las energías del Evangelio. ¿No es por fidelidad a esta voluntad por lo que la iglesia ha enviado, en misión apostólica entre los trabajadores, a sacerdotes que compartiendo íntegramente la condición obrera, son testigos de su solicitud y de su búsqueda?

Nuevamente dirigimos a todos los cristianos, de manera apremiante, un llamamiento a la acción. En nuestra enciclica sobre el Desarrollo de los Pueblos insistíamos para que todos se pusieran a la obra: "Los seglares deben asumir como su tarea propia la renovación del orden temporal; si la función de la jerarquía es la de enseñar a interpretar auténticamente los principios morales a seguir en este campo, pertenece a ellos mediante consignas y directrices penetrar del espíritu cristiano la mentalidad y costumbres, las leyes y las estructuras de su comunidad de vida".[32] Que cada uno se examine para ver lo que él ha hecho hasta aquí y lo que debería hacer. No basta recordar los principios, afirmar las intenciones, subrayar las injusticias clamorosas y proferir denuncias proféticas; estas palabras no tendrán peso real, si no van acompañadas en cada uno por una toma de conciencia más viva de su propia responsabilidad y de una acción efectiva. Resulta demasiado fácil echar sobre los demás las responsabilidades de las injusticias, si al mismo tiempo uno no se da cuenta de cómo está participando él mismo y cómo la conversión personal es necesaria en primer lugar. Esta humildad fundamental quitará a la acción toda inflexibilidad y todo sectarismo; evitará también el desaliento de frente a una tarea que se presenta desmesurada. La esperanza del cristiano le viene en primer lugar de saber que el Señor está obrando con nosotros en el mundo, continuando en su Cuerpo que es la iglesia —y mediante ella en la humanidad entera— la Redención consumada en la Cruz y que ha estallado en victoria la mañana de la Resurrección;[34] le viene también de saber que otros hombres están a la obra para emprender acciones convergentes de justicia y de paz; pues bajo una aparente indiferencia, existe en el corazón de cada hombre una voluntad de vida fraternal y una sed de justicia y de paz, que él trata de desarrollar.

49. De este modo, en la diversidad de situaciones, de funciones, de organizaciones, cada uno debe situar su responsabilidad y discernir en conciencia las acciones a las cuales está llamado a participar. Sumergido en corrientes diversas, donde al lado de aspiraciones legítimas se deslizan orientaciones más ambiguas, el cristiano debe guardar una distancia y evitar comprometerse en colaboraciones incondicionales y contrarias a los principios de un verdadero humanismo, aunque sea en nombre de solidaridades efectivamente sentidas. Si quiere jugar, en efecto, una función específica en cuanto cristiano, de acuerdo con su fe —función que los mismos no creyentes esperan de él—, debe velar en el seno de su compromiso activo por esclarecer los motivos, por rebasar los objetivos perseguidos con una visión más comprensiva que evitará el peligro de los particularismos egoístas y de los totalitarismos opresores.

PLURALISMO DE ACCIONES

50. En las situaciones concretas y habida cuenta de las solidaridades vividas por cada uno, es necesario reconocer una legítima variedad de opciones posibles. Una misma fe cristiana puede conducir a compromisos diferentes.[35] La iglesia invita a todos los cristianos a una doble tarea de animación y de innovación con el fin de hacer evolucionar las estructuras para adaptarlas a las verdaderas necesidades actuales. A los cristianos que a primera vista parecen enfrentarse partiendo de opciones diversas, pide ella un esfuerzo de recíproca comprensión de las posiciones y de los motivos de los demás: un examen leal de su comportamiento y de su rectitud sugerirá a cada cual una actitud de caridad más profunda que, aun reconociendo las diferencias, no crea menos en las posibilidades de convergencia y de unidad. "Lo que une en efecto a los fieles es más fuerte que lo que los separa".[36]

Es verdad que muchos, implicados en las estructuras y los condicionamientos modernos, están determinados por sus hábitos de pensamiento, sus funciones, cuando no lo están también por la salvaguardia de intereses materiales. Otros sienten tan profundamente la solidaridad de clases y de culturas, que llegan a compartir sin reservas todos los juicios y las opciones de su medio.[37] Cada uno deberá probarse a sí mismo y hacer surgir la verdadera libertad según Cristo, que abre a lo universal en el seno mismo de condiciones más particulares.

51. Es ahí donde las organizaciones cristianas, bajo sus diversas formas, tienen una responsabilidad de acción colectiva. Sin sustituir a las instituciones de la sociedad civil, tienen que expresar a su manera y por encima de su particularidad las exigencias concretas de la fe cristiana para una transformación justa, y por consiguiente necesaria, de la sociedad.[38]

Hoy más que nunca, la Palabra de Dios no podrá ser proclamada ni escuchada, si no va acompañada del testimonio de la potencia del Espíritu Santo operante en la acción de los cristianos al servicio de sus hermanos, en los puntos donde se juegan su existencia y su porvenir.

52. Al ofrecerle estas reflexiones, tenemos ciertamente conciencia, señor cardenal, de no haber abordado todos los problemas sociales que se plantean hoy al hombre de fe y a los hombres de buena voluntad. Nuestras recientes declaraciones a las cuales se une vuestro mensaje en ocasión de la proclamación del Segundo Decenio del Desarrollo —concernientes sobre todo a los deberes del conjunto de las naciones en el grave problema del desarrollo integral y solidario del hombre—, siguen todavía vivas en los espíritus. Os dirigimos éstas, con la intención de proporcionar al consejo para los seglares y a la comisión pontificia "Justicia y Paz" nuevos elementos, al mismo tiempo que aliento, para la prosecución de su tarea de despertar al Pueblo de Dios a una plena inteligencia de su función en la hora actual y de "promover el apostolado en el plano internacional".[39]

Con estos sentimientos os otorgamos, señor cardenal, nuestra bendición apostólica.

Vaticano, 14 de mayo de 1971.

NOTAS

1. *Cfr. Gaudium et Spes*, 10: A.A.S. 58 (1966), p. 1033.
2. A.A.S. 23 (1931), p. 209 ss.
3. A.A.S., 53 (1961), p. 429.
4. 3: A.A.S. 59 (1967), p. 258.
5. *Populorum Progressio*, 1: A.A.S. 59 (1967), p. 257.
6. Cfr. 2. *Cor.* 4, 17.
7. Cfr. *Populorum Progressio*, 25: A.A.S. 59 (1967), pp. 269-270.
8. Cfr. *Apoc.* 3, 12; 21, 2.
9. *Gaudium et Spes*, 25: A.A.S. 58 (1966), p. 1045.
10. *Ibidem*, 67, p. 1089.
11. Cfr. *Populorum Progressio*, 69: A.A.S. 59 (1967), pp. 290-291.
12. Cfr. *Mt.* 25, 35.
13. *Nostra Aetate*, 5: A.A.S. 58 (1966), p. 743.
14. 37: A.A.S. 59 (1967), p. 276.
15. Cfr. *Inter Mirifica*, 12: A.A.S. 56 (1964), p. 149.
16. Cfr. *Pacem in terris:* A.A.S., 55 (1963), p. 261 ss.
17. Cfr. Radiomensaje en ocasión de la Jornada de la Paz: A.A.S. 63 (1971), pp. 5-9.
18. Cfr. *Gaudium et Spes*, 74: A.A.S. 58 (1966), pp. 1095-1096.
19. *Dignitatis Humanae*, 1: A.A.S. 58 (1966), p. 930.
20. A.A.S., 55 (1963), p. 300.
21. Cfr. *Gaudium et Spes*, 11: A.A.S. 58 (1966), p. 1033.
22. Cfr. *Rom.* 15, 16.
23. Cfr. *Gaudium et Spes*, 36: A.A.S. 58 (1966), p. 1057.
24. 13: A.A.S. 59 (1967), p. 264.
25. Cfr. *Gaudium et Spes*, 36: A.A.S. 58 (1966), p. 1054.
26. Cfr. *Rom.* 5. 5.

27. Cfr. *Populorum Progressio*, 56 ss.: A.A.S. 59 (1967), p. 285 ss.

29. Cfr. *Gaudium et Spes*, 63: *A.A.S. 58* (1966), p. 1085.

30. *Quadragesimo Anno:* A.A.S. 23 (1931), p. 203; cfr. *Mater et Magistra:* A.A.S. 53 (1961), pp. 414, 428; *Gaudium et Spes*, 74, 75, 76: A.A.S. 58 (1966), pp. 1095-1100.

31. A.A.S. 53 (1961), pp. 420-422.

32. *Gaudium et Spes*, 68, 75: A.A.S. 58 (1966), pp. 1089-1090, 1097.

33. *Populorum Progressio*, 81: A.A.S. 59 (1967), pp. 296-297.

34. *Gaudium et Spes*, 43: A.A.S. 58 (1966), p. 1061.

35. *Gaudium et Spes*, 43: A.A.S. 58 (1966), p. 1061.

36. *Ibidem*, 93, 43: p. 113; 1061.

37. Cfr. *1 Test*, 5, 21.

38. *Lumen Gentium* 31: A.A.S. 57 (1965), pp. 37-38; Apostolicam Actuositatem 5: A.A.S. 58 (1966), p. 8-42.

39. Motu Proprio *Catholicam Christi Ecclesiam*: A.A.S. 59 (1967) p. 27 y p. 26.

ESQUEMA DEL VATICANO
PARA EL TERCER SINODO

LA JUSTICIA EN EL MUNDO

INTRODUCCIÓN

1. El problema de la "justicia en el mundo" es, de todos los problemas, el más vasto, el más grave y el más urgente de nuestra sociedad contemporánea. Incluso se podría decir que es el problema "central" de la sociedad mundial de hoy.

Paralelamente a las realidades trágicas de las injusticias actuales, en un mundo de gran progreso técnico, la humanidad vive una experiencia espiritual importante: una mayor conciencia del valor de la persona que los seres humanos han adquirido los lleva a afirmarse como sujetos acreedores de derechos inviolables; asimismo la conciencia que tienen los pueblos de su propia dignidad los conduce a sentirse, en un plano de igualdad fundamental, miembros de la misma familia humana.

2. Los hombres de nuestro tiempo son muy sensibles a las situaciones concretas de injusticias en el mundo actual, a nivel individual, colectivo, nacional o internacional. Se rebelan contra cualquier clase de opresión y de discriminación. Solicitan cambios profundos en las mismas estructuras de la sociedad en las cuales descubren a menudo que es en ellas donde se concreta el pecado de la injusticia en el mundo.

3. La juventud, de manera particular, siente profundamente el peso de las injusticias que impiden el equilibrio de la sociedad. Los jóvenes manifiestan una desconfianza creciente con respecto a todo mensaje doctrinal que se revele impotente para realizar la liberación del hombre.

4. Estos fenómenos o hechos sociales, son los "signos de los tiempos", es decir, nuevas situaciones históricas que exigen un nuevo examen sincero del mensaje cristiano, un retorno valiente a la esencia del Evangelio; así la palabra de Cristo será una palabra de verdad y de vida para el mundo actual. De hecho, estos "signos de los tiempos" aparecen profundamente coherentes con la fe cristiana, que subraya fuertemente el valor de la persona humana como exigencia absoluta de respeto y de amor y que considera como misión principal de la iglesia que ella dé testimonio, en su doctrina, en su vida y en su acción, de la obra liberadora de Cristo.

5. El Mesías fue anunciado proféticamente: "He puesto en él mi espíritu para que lleve a las naciones la justicia... no vacilará ni se desanimará hasta que la justicia no sea establecida en la tierra .." (Is. 42, 1, 4). La justicia en toda su significación incluye no solamente la rectitud anterior y el respeto de los derechos de cada individuo, sino también el reconocimiento del derecho de cada pueblo a su liberación y a su desarrollo.

6. La Iglesia ha sido destinada por su fundador a ser un signo y un instrumento de la presencia de Dios entre los hombres. Cristo

vino al mundo para liberar al hombre de toda esclavitud. La comunidad cristiana debe ser para todos los hombres un signo eficaz en la realización de la justicia, la liberación de toda forma de esclavitud y la esperanza para cada generación.

I. DESCRIPCIÓN DE LA SITUACIÓN REAL DE LA JUSTICIA EN EL MUNDO

a) Mayor conciencia de los derechos humanos.

7. En otros tiempos, sin duda, existieron en el mundo situaciones inhumanas de injusticia, tanto o más que hoy en día. Pero lo que distingue nuestra época actual es una mayor sensibilidad a la injusticia. Los hombres tienen un sentido más profundo de la dignidad humana, expresan más libremente su indignación por las injusticias infligidas a la persona humana.

8. Se constata que hay un sentido generalmente difundido de la dignidad personal del hombre que exige un margen de libertad que le permita desarrollar plenamente su ser espiritual. Así la libertad de buscar la verdad y a Dios que es el máximo fundamento y, en consecuencia, el derecho a obedecer a las inspiraciones de su conciencia y de dar a la adoración de Dios la forma de expresión a la cual se siente llamado. La libertad de conciencia comporta el derecho al libre intercambio de opiniones y la expresión de las convicciones personales en el orden político.

Conviene añadir aquí los derechos de la persona a permanecer al abrigo de los ataques, ya sean síquicos o morales, y a estar protegidos contra procesos o castigos injustos.

9. Un segundo conjunto de derechos concierne a la misma vida: el derecho a un nivel de vida aceptable (alimentación, vestido, habitación, servicios sanitarios, educación adecuada y, de ahí, el derecho a un empleo, a unas condiciones de trabajo dignas y a una justa remuneración.

Bajo la presión de la tecnología, agravada por el porcentaje a menudo elevado del aumento demográfico, se desprende un nuevo dominio de derechos: el derecho a un medio humano más aceptable y el derecho del individuo a un espacio vital humano. Si en la hora actual este problema no es tan urgente para todos los países, lo será en el porvenir y afectará tanto a la población rural como urbana. En esta materia no se puede desatender los derechos de las generaciones futuras, ni su derecho a compartir con los que viven hoy los recursos del mundo y el espacio vital humano.

10. Un tercer conjunto de derechos está constituido por la participación activa en todas las instituciones organizadoras de la vida social, económica, cultural, política y religiosa de los hombres.

La conciencia que los seres humanos han adquirido de su dignidad se refleja también en las asociaciones y comunidades de las cuales son miembros y exige que a sus asociaciones y comunidades les sean reconocidas una iniciativa, una responsabilidad en la búsqueda de sus fines, así como las posibilidades concretas de desarrollo según sus propiedades étnicas y culturales.

11. Las exigencias que surgen de la conciencia de la propia dignidad humana están bien resumidas en los derechos proclamados por Pablo VI y por muchas conferencias episcopales, es decir, los derechos al desarrollo integral de cada ser humano y de cada pueblo.

En lo que respecta a cada ser humano, el desarrollo comprende todos los aspectos de la vida humana: económico, social, cultural y político; se extiende a los valores superiores de la amistad y del amor y, en la esfera más alta todavía del espíritu, lleva al hombre a la trascendencia de la comunión con Dios, que es su último fin.

Con respecto a los pueblos, el derecho al desarrollo requiere, sobre todo, que ellos mismos se conviertan en los artífices de su propio destino y que participen como sujetos activos y responsables en la realización del bien común de toda la familia humana.

b) Opresión de los hombres y de los pueblos.

12. Con profunda amargura se comprueba que se ofende frecuentemente a la dignidad de las personas y de los pueblos, y a veces bajo las formas más brutales. En primer lugar hay que recordar los ataques que la dignidad humana sufre en el interior de los países a nivel político. A menudo no existen las condiciones para una verdadera vida cívica: los derechos fundamentales a la libertad de expresión, de asociación, de movimiento, de un sufragio verdaderamente libre, de dar a las organizaciones su propia estructura libre y autónoma.

Estos y otros derechos deben ser patrimonio de todos los miembros de un pueblo sin ninguna discriminación de raza, clase social, religión, color, cultura, etc. Es particularmente deplorable que estas formas de discriminación sean a veces legalizadas e institucionalizadas.

13. Además de estos casos de injusticia que se producen en el interior de los países existen las injusticias infligidas por una nación a la población de otra. Se trata aquí de una diversidad bien conocida de casos de dominación política y económica. Las naciones, política o económicamente débiles, están todavía sujetas por otras a una casi servidumbre. Hay ejemplos de sometimiento continuo por poderes coloniales. Hay también casos de neocolonialismo más o menos explícito, de hecho, si no de intención. Para citar sólo un ejemplo, hay naciones que, en nombre de la seguridad mutua, son forzadas prácticamente a someterse a la hegemonía. En su lucha para realizar un equilibrio de poder, las grandes potencias fuerzan a las naciones menos importantes a entrar en la órbita de uno u otro centro de poder. Además, existen casos donde los gobiernos poderosos buscan imponer ciertas políticas para sostener sus propias inversiones en el extranjero, utilizando incluso como arma la asistencia financiera exterior para forzar la adhesión.

14. Otra injusticia aparece todavía bajo forma de dominación cultural. Desgraciadamente, las innovaciones científicas y técnicas, indiscutiblemente necesarias para proveer a las necesidades de una humanidad empobrecida, tienden a favorecer solamente a una parte reducida de la sociedad humana. Consciente o inconscientemente, esta minoría privilegiada obliga a los demás a vivir en un estado de dependencia, aceptando su modo de vivir y sus ideas, y a cerrarse en una concepción del desarrollo que los lleva a un callejón sin salida. Las potencias nacionales tienden a imponer sus ideas sociales en el mundo en vía de desarrollo.

15. Además de esta dominación cultural existe una dominación económica. No sería justo, seguramente, atribuir toda la prosperidad de las naciones ricas a la explotación de las naciones más pobres, como afirman algunos. Sería ignorar el hecho, reconocido ahora en todas partes, que en el desarrollo económico el factor principal no está constituido por los recursos naturales ni por el capital, sino por la capacidad de un pueblo de producir, inventar, innovar y realizar las investigaciones científicas básicas. Hay que tener también en cuenta el hecho de que la productividad tiene en sí misma un dinamismo interno que asegura el progreso.

Pero, al mismo tiempo, todo el mundo conoce los casos de explotación en el pasado, que contribuyeron a la prosperidad actual y, en el presente, con las múltiples formas de explotación de las naciones más débiles (generalmente excesivos márgenes de beneficios; algunas veces beneficios hechos sobre el capital aportado en su mayor parte por las mismas naciones pobres; un reflujo irresponsable de capital, precios bajos pagados por las materias primas y sus recursos minerales, para no citar más que algunos ejemplos).

16. Es necesario examinar otro campo de la justicia internacional: el justo intercambio de bienes y de servicios. La teoría (denunciada en Populorum Progressio), que estos intercambios deben quedar al libre juego de las fuerzas del mercado, en la hipótesis de que los precios fijados en un mercado completamente libre garantizan los derechos y la libertad de compradores y vendedores, es en el presente una teoría generalmente abandonada, puesto que todos ven que allí donde se establecen acuerdos entre las naciones débiles y las potentes hay un peligro de injusticia, o incluso de dictadura económica. En la práctica, los precios son a menudo impuestos por el interés económico de los más potentes.

17. El creciente abismo entre las naciones ricas y las naciones pobres es bien conocido. El resultado más manifiesto es que la mayor parte de los recursos del mundo están a disposición de una minoría de la población mundial. De hecho en el momento actual, por diversas razones, las naciones industriales logran dar sólo una parte mínima de su producto nacional bruto a la ayuda económica. Además casi siempre los términos en los cuales se ofrece esta mísera cantidad son tan inaceptables, que en el seno de las naciones más pobres son muchos los que se inclinan a renunciar a todo antes que sufrir una humillación a nivel nacional.

18. Existen balances pletóricos para la guerra y la defensa. Algunas naciones aluden a estos balances como motivo principal de la ayuda poco generosa. Ciertamente esta situación no dejará de perturbar la conciencia de los hombres: sumas vertiginosas destinadas a la guerra, o a una eventual posibilidad de guerra, y una suma irrisoria para la guerra contra la miseria mundial.

El mismo hecho de una carrera de armamentos que moviliza los instrumentos devastadores de hoy, debe ser considerado como una injusticia con respecto a millones de víctimas posibles y de los centenares de millones de hombres obligados a vivir en el constante te-

mor de una tercera guerra mundial, con las devastaciones que ésta acarrearía.

e) Esfuerzos para promover la justicia.

19. Al descubrir el panorama de la injusticia en este mundo, sería igualmente contrario a la justicia dar la impresión de que todo es injusticia. Resulta asimismo imposible enumerar de la forma más somera todos los esfuerzos emprendidos por individuos o grupos en favor de la justicia.

Cada uno de nosotros conoce, no obstante, por propia experiencia, los grandes esfuerzos realizados en favor de las minorías, la lucha contra el racismo en las diversas partes del mundo, las voces que se han levando para asegurar la libertad de expresión y la libertad en los procesos políticos. En todas partes se levanta el clamor en favor de un mayor respeto por la persona humana y por la creación de nuevas formas de protección institucionalizada de la dignidad humana.

20. Asimismo no debemos ignorar cuanto se ha hecho para llevar a la práctica el derecho al desarrollo del individuo y de los pueblos. Al mencionar el trabajo de los organismos internacionales no queremos excluir el de otras instituciones, sino solamente dar a conocer el hecho que el desarrollo es considerado actualmente como una empresa digna del interés de la familia humana tal cual ha sido organizada sobre el plano internacional. Otro paso en esta dirección es que nuestra concepción del desarrollo comprende el progreso económico así como también la emancipación del hombre y el esfuerzo para hacer posible una vida más humana. Son numerosos los organismos y movimientos de laicos, como también las iglesias que han contribuido a este nuevo concepto del desarrollo

d) La iglesia se interroga.

21. Es cierto que el apostolado de los laicos y la acción social de la iglesia, así como los numerosos movimientos de inspiración cristiana del orden temporal, han ayudado a crear una mayor presencia de los cristianos en el mundo.

En medio de todos los esfuerzos que hacen numerosas iglesias locales y numerosos cristianos, no es sorprendente que haya vacilaciones, confusiones e incluso oposiciones entre los mismos cristianos. A algunos, sus hermanos pueden parecerles como si no se interesaran ya por lo sagrado y eterno, sino sólo por cuestiones puramente temporales, a veces incluso a precio de combate y violencias; otros consideran a sus hermanos en la fe demasiado ligados a las estructuras temporales e incluso eclesiales de manera que no pueden ya distinguir los cambios que se imponen para obtener una sociedad más justa.

Todos estos esfuerzos, estas vacilaciones, estos intentos de solución realizados con una comprensión casi idéntica de la misión universal de la iglesia, deberán ser estudiados y valorados para presentar la iglesia totalmente al servicio de los hombres.

22. La iglesia, siempre renovada, debe también interrogarse acerca de la justicia, sea entre sus propios miembros como en sus propias instituciones. En ciertos casos, las instituciones de la iglesia parecen estar a favor de las clases ya privilegiadas. Las cosas buenas o malas, las luces y las sombras, en las diferentes situaciones actuales de la iglesia, deben ser examinadas con una gran apertura de corazón y de espíritu.

II. REFLEXIÓN SOBRE LA JUSTICIA A LA LUZ DEL EVANGELIO

a) La iglesia y la promoción de la justicia.

23. En relación con las injusticias que existen en el mundo de hoy, no se puede esperar que la iglesia jerárquica aporte soluciones técnicas que no son de su competencia. Pero la iglesia no puede permanecer indiferente a las exigencias de la justicia, puesto que éstas se refieren a los valores evangélicos, tales como la dignidad del hombre, la solidaridad universal, el amor fraterno, el destino universal de los bienes.[1] Si bien es verdad que los hombres son libres en sus opciones personales en el campo de las decisiones de orden técnico, estas opciones deben permanecer en el interior de las exigencias de la justicia. Pertenece a la iglesia la enseñanza de estas exigencias, no solamente para los individuos, sino también para los pueblos.

Hay que considerar como exigencias de justicia en relación con los individuos:

a) que no se les impida por la fuerza el moverse libremente en el campo de los valores espirituales;

b) que puedan disponer de los medios suficientes para un nivel de vida aceptable, en armonía con el grado de civilización alcanzado por la familia humana;

c) que sean siempre considerados y tratados en las sociedades, de las cuales son miembros, como personas y jamás como simples instrumentos.

Es necesario, además, considerar como exigencias de justicia en relación con los pueblos:

a) que no se les impida el desarrollarse según sus propias características culturales;

b) que en virtud de la mutua colaboración, se ayude a cada pueblo a ser él mismo el principal artífice de su progreso económico y social;

c) que cada pueblo pueda tomar parte en la realización del bien común universal como miembro activo y responsable de la sociedad humana, en un plano de igualdad con los otros pueblos.

24. La iglesia quiere ofrecer a toda la humanidad una sincera colaboración para construir la fraternidad universal, donde todos puedan sentirse verdaderamente hermanos unos con otros e hijos de un mismo Padre. Es el hombre que se trata de salvar, la sociedad que es necesario renovar. El hombre considerado en toda su unidad y totalidad, cuerpo y alma, corazón y conciencia, pensamiento y voluntad. La iglesia no debe tener ninguna ambición terrestre que la desvíe de su misión. Ella debe mirar hacia un solo fin; continuar la obra de Cristo quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para condenar, para servir y no para ser servido.[2]

25. La iglesia de Cristo quiere estar al servicio del hombre y de la humanidad. Debe examinar su servicio con humildad siempre renovada: la humildad que se encuentra en la fuerza y la debilidad de su misión pastoral. La iglesia puede sentirse débil y pobre porque ella no tiene acceso al poder técnico, económico o político que actúa por presión o fuerza coactiva. Pero ella se siente fuerte con la fuerza de Cristo, la fuerza de la luz del Evangelio que ilumina el camino, las conciencias de los hombres, sus relaciones y sus acciones personales y comunitarias.

26. En la acción de su servicio pastoral, la iglesia debe permanecer siempre libre, con la libertad de Cristo profeta. Debe permanecer independiente e inmune de cualquier presión que se ejerza sobre ella. No debe temer levantar su voz y comprometerse cada vez que los poderosos intimiden a los débiles. Siguiendo el ejemplo de Cristo, la iglesia debe manifestar en su vida el espíritu de la pobreza evangélica y su constante amor a los pobres. Debe especialmente defender a los pueblos pobres.

b) Justicia y amor cristiano.

27. En el Antiguo Testamento, la "justicia de Dios", expresa la actitud de Dios en su Alianza con Israel, es decir, la fidelidad a sus promesas de liberación del pueblo elegido. La "justicia del hombre" significa la actitud de éste respecto a Dios y respecto a los hombres como respuesta a la actitud del Dios de la Alianza.

28. En el Nuevo Testamento, la "justicia" salvífica de Dios alcanza su plenitud en el amor de Dios que envió a su Hijo Jesucristo para salvación de la humanidad; Cristo murió y resucitó para liberar al hombre del pecado y de la muerte. Esta liberación debe realizarse ya en este mundo como anticipación de la salvación definitiva (cf. Rom. 5, 6-11;8, 31-39; cf. Ef. 1, 1-11; cf. Jn. 3, 16-18; cf. Jn. 4, 8-16). La fórmula de San Juan "Dios es amor" (Agapé: 1 Jn. 4,8) significa que Dios existe para nosotros en la actitud del amor supremo realizado con plenitud en Cristo.

29. La "justicia" del hombre se convierte ahora en la respuesta de éste al amor de Dios en Cristo: respuesta que une el amor a Dios y el amor al prójimo (cf. Mc 12, 28-34; cf. Mt 22, 34-40). Según San Pablo, el amor del prójimo en la síntesis y la plenitud de la ley cristiana (cf. Rom 13, 8-10; cf. 1 Cor 13, 13). La actitud del hombre con respecto a Cristo no se actualiza sino en el amor del prójimo, más aun, se identifica con éste (cf. Mt 25, 30-45). La Primera Epístola de San Juan afirma enfáticamente que sólo aquel que ama al prójimo con sus obras verdaderamente conoce y ama a Dios, y es realmente "justo" (cf. 1 Jn 3, 10-23; 4, 8, 19-21).

30. Ser verdadero discípulo de Cristo exige no solamente creer en la verdad, en Cristo (cf. Jn 14.6) sino también e igualmente "actuar en la verdad" (cf. Jn 3, 20-21), en el amor y en el servicio del prójimo (cf. Jn 15, 10-17; 13, 34). En el cristianismo la fe en Cristo y el amor del prójimo tienen la misma importancia fundamental (cf. 1 Jn 3, 23). La fe no salva si ella no es eficaz y operante en la caridad (cf. Gal 5, 5-6, 13; cf. 1 Tes 1,3; cf. Sant 2, 5-19).

31. Jesús vino al mundo para servir a los hombres, dando su vida por la liberación de todos (cf. Mc 10,45) y para anunciar la buena nueva a los pobres (cf. Lc 4.18). Él enseñó que los que buscan su seguridad en las riquezas no pertenecen al Reino de Dios (cf. Mc 10, 25) pues ellos no sirven a Dios sino que son esclavos de sus propias riquezas (cf. Mt. 6,24). Él proclamó que Dios es Padre de todos los hombres (cf. Mt. 5, 43-48; 6,9) y nos ha dado como su ley el mandamiento del amor al prójimo (cf. Jn 13,34-35; 15,12-13). Los

primeros cristianos siguieron las enseñanzas de Cristo repartiendo sus propios bienes materiales con los otros miembros de la comunidad (cf. Act 2,44-45), en la ayuda material entre las diferentes comunidades (cf. 2 Cor. 8,1-24) y en una actitud de igualdad fraterna entre todos (cf. Sant 2,1-13).

32. Se traiciona la caridad cristiana si se la considera como algo completamente diferente de los deberes de justicia con respecto a los demás. La caridad es, ante todo, exigencia de justicia, es decir, el reconocimiento concreto de la dignidad y de los derechos de cada hombre, a nivel individual como a nivel colectivo. La justicia no es total si no comprende también el amor del otro; el amor no es auténtico si no comporta la aceptación de todo lo que la otra persona exige de nosotros. Puesto que cada hombre es para los otros la imagen concreta de Dios, el hermano viviente de Cristo, en cada hombre vemos reflejado a Dios mismo, con su exigencia absoluta de justicia y de amor, como respuesta a su "justicia", que es su amor por nosotros en Cristo. Así, si la caridad cristiana es auténtica, profundiza y fortalece el sentido de la justicia; debe ser el alma de la justicia. La falta de sensibilidad por los problemas de la justicia social, revela la ausencia de una caridad cristiana y verdadera.

c) Compromiso cristiano.

33. A la luz de la fe, se debe decir también que todos los esfuerzos que los hombres, a lo largo de los siglos, realizaron para mejorar las condiciones de vida, promover una sociedad humana más justa y más fraternal, corresponden a los designios de Dios. Todos los hombres están invitados a ver en su trabajo una prolongación de la obra del Creador, un servicio a sus hermanos, una aportación personal a la realización del plan de Dios en la historia.

El mensaje cristiano no aparta a los hombres de la construcción del mundo, sino que, al contrario, les recuerda esta tarea como un deber más apremiante.[3]

34. La iglesia exhorta a todos los cristianos a realizar con competencia y fidelidad sus deberes temporales y deplora la conducta de quienes, con el pretexto de alcanzar los bienes de la ciudad eterna, desatienden sus deberes humanos. En efecto, los cristianos que faltan a sus obligaciones temporales, faltan también a sus obligaciones con el prójimo, más aun con Dios mismo, y ponen en peligro su salvación eterna.

Los cristianos deben también estar convencidos de que los frutos de nuestra naturaleza y de nuestro esfuerzo, los encontraremos más tarde purificados de toda mancha en la nueva tierra que Dios nos prepara, donde reinará la justicia y el amor: cuando el Señor vendrá de nuevo, el Reino alcanzará su plena perfección.[4]

III. ALGUNAS ENSEÑANZAS DE LA IGLESIA

a) El derecho al desarrollo.

35. En la Populorum progressio, el Papa ha expresado de manera elocuente lo que la iglesia entiende por desarrollo. El desarrollo auténtico debe promover cada hombre y todo el hombre. Cada hombre, dotado de inteligencia y de libertad es responsable de su propio crecimiento, es el artífice principal de su crecimiento en humanidad, asumiendo los valores superiores del amor, la amistad, de reconocimiento hacia Dios que es el origen y el fin de su destino.

El deber y el derecho al desarrollo no son únicamente personales, sino también comunitarios: todos los hombres están llamados a un desarrollo pleno.[1]

36. Pablo VI en ocasión de su visita a Ginebra, para la celebración del cincuentenario de la Oficina Internacional del Trabajo, dijo: "Vuestra obra legislativa debe proseguir con valentía y comprometerse en todos los caminos resueltamente nuevos, que aseguren los derechos solidarios de los pueblos a su desarrollo integral, que permitan en particular, a todos los pueblos de convertirse ellos mismos en los artífices de su propio destino... Es necesario de ahora en adelante dominar los derechos de los pueblos fuertes y favorecer el desarrollo de los pueblos débiles creando las condiciones, no solamente teóricas sino prácticas, de un verdadero derecho internacional al trabajo, a la dimensión de los pueblos."[2]

37. Algunos meses más tarde, el primero de agosto, Pablo VI dirigiéndose al parlamento de Kampala, expresó el mismo principio de manera concisa y enérgica: "El desarrollo es verdaderamente una exigencia indiscutible de la justicia".[3]

38. Respondiendo a la preocupación del Santo Padre por el desarrollo de los pueblos, la Conferencia Episcopal Asiática hace notar su determinación de comprometerse por la causa del desarrollo integral de aquellos pueblos. (Véanse igualmente las declaraciones de Medellín y de África.) En la situación mundial de hoy, lo que es más urgente es permitir a los pueblos en vías de desarrollo de salir del círculo vicioso de una existencia inhumana, engendrado o mantenido por el desorden interior y la dominación exterior; en otros términos, estos pueblos deben poder llevar una vida humana por medio de su trabajo.

39. Resulta claramente de la doctrina social de la iglesia, que el derecho al desarrollo comporta necesariamente también el derecho de los pueblos a participar como sujetos activos y en un plano de igualdad con los otros pueblos en las decisiones que determinan su destino y el de la comunidad humana.

40. El derecho al desarrollo proclamado por la iglesia supone las siguientes consecuencias:

1) Dado que los pueblos en vías de desarrollo han sido, y permanecen en gran parte, víctimas de la injusticia internacional, la ayuda que les es aportada por los pueblos ricos, debe ser concebida como una manifestación de solidaridad internacional y como una exigencia de justicia. Más particularmente, mientras resulte que los países actualmente desarrollados se beneficien con la transformación de las materias primas que les venden los países en vías de desarrollo, la ayuda deberá analizarse en términos de una justicia concreta que quizás implique elementos de compensación.

2) El derecho al desarrollo exige que sean interrumpidos los procesos de opresión que condenan a los pueblos débiles a la dependencia. Los pueblos en vías de desarrollo deben poder vivir de su trabajo, lo que comporta la posibilidad de diversas transformaciones económicas, eventualmente la industrialización. Cambios profundos deben realizarse en las estructuras de la vida de la humanidad, en particular:

—mediante la supresión de la dominación política extranjera, la dominación económica y de toda discriminación racial o ideológica.

3) Si el desarrollo es reconocido como un derecho, debe poder ser defendido:

—en el interior de cada país contra la dominación de las minorías privilegiadas que se atribuyen una parte excesiva de la renta nacional y de las decisiones referentes a la vida del país;

—en el exterior, contra la dominación extranjera. Cuanto más tiempo durara esta dominación, los pueblos en vías de desarrollo se encontrarán en una situación de legítima defensa. El ejercicio de este derecho comporta siempre, dentro del espíritu de solidaridad con todos los pueblos del mundo, el empleo de medios apropiados, entre los cuales conviene poner en primer lugar la asociación entre los países en vías de desarrollo.

41. Una conclusión se deduce de este resumen de la justicia internacional. La justicia a este nivel no podrá jamás realizarse plenamente mientras no se constituya una autoridad mundial que tenga la posibilidad y el poder de actuar contra los egoísmos nacionales cuando éstos se opongan a la justicia internacional y que tenga el poder de tratar eficazmente los problemas que no se derivan de una nación particular o de ciertas naciones estrechamente asociadas, sino de un mundo que se ha convertido en ciudad planetaria. Nada ilustra este punto tan claramente como la cuestión de la justa repartición de los recursos mundiales y de la responsabilidad común frente a la destrucción de la biosfera.

b) Hacia la justicia: educación y acción.

42. En la realización de la justicia en el mundo de hoy, la iglesia es consciente de la urgencia del desarrollo integral de los individuos y de los pueblos. Ella manifiesta esta conciencia del desarrollo en la enseñanza de su magisterio que procura despertar la responsabilidad de los cristianos donde ellos se encuentren. Este despertar es una llamada a la participación en la construcción de un mundo más justo y más humano, llamada que la iglesia concreta en las formas de los hombres valorizando el factor humano.

43. Para la formación de hombres capaces de comprometerse en la instauración de la justicia en el mundo es cada vez más urgente proclamar una "metanoia" o conversión para transformar los corazones y los procesos de educación que forman nuestros valores, realizando, suscitando y animando las diversas comunidades fraternales de convivencia, las relaciones de servicios mutuos y los actos que dan testimonio de la amistad entre esas comunidades de hombres en la búsqueda de una justicia integral.

44. Si se subraya la necesidad de transformación de los hombres, esto no significa que se olvide la necesidad y la urgencia de una transformación de las estructuras. "El desarrollo exige transformaciones audaces, profundamente innovadoras", ha dicho Pablo VI.[4]

45. La iglesia participando en el sufrimiento de los hombres y en sus legítimas aspiraciones, puede proponerles lo que ella posee como propio: su visión global del hombre y de la humanidad. Visión que implica la dignidad de la persona humana, la grandeza de

su libertad, el rechazo de toda forma de esclavitud que, a fin de cuentas proviene del pecado; el significado de la vida y de su destino eterno.[5] Es por esto que la iglesia no cesa de proclamar que el fin fundamental de todo desarrollo es el servicio del hombre y de todos los hombres.[6]

46. El mensaje cristiano anuncia también con insistencia la unidad de la familia humana, la fraternidad universal y los vínculos de solidaridad: de ahí surgen las exigencias del amor cristiano, nacidas de la misma paternidad divina que ha destinado la tierra y todo lo que ella contiene para uso de todos los hombres y de todos los pueblos.[7]

El momento crítico de la historia humana pide a la iglesia dar pleno vigor a su mensaje. La situación actual se presenta como un verdadero desafío al cristianismo. La iglesia debe aparecer como responsable del mensaje de Cristo al mundo. El testimonio (función profética) de la iglesia frente al mundo, tendrá muy poca o ninguna validez si los cristianos no dan al mismo tiempo la prueba de su eficacia en su compromiso por la liberación de los hombres ya en este mundo. Por otra parte, la iglesia podrá hacer los mayores esfuerzos para defender la verdad de su mensaje, pero si ella no lo ha identificado con un amor comprometido en la acción, este mensaje cristiano corre el peligro de no ofrecer al hombre de hoy ningún signo de credibilidad.

47. La iglesia dirige una llamada a todos los cristianos como tales, para que tomen la defensa del hombre en nombre del Evangelio y del amor cristiano. Los cristianos deben comprometerse al servicio de cada hombre para que se creen las condiciones favorables para el desarrollo. Es necesario introducir nuevas orientaciones en las escuelas, en las universidades, oficinas, fábricas, barrios, sindicatos, etc., trabajando con todas las fuerzas para introducir una mayor justicia y una solidaridad más verdadera.

48. Cada hombre tiene que realizar su función en el proceso de desarrollo. Cada cristiano, ya sea sabio, humanista, profesional, técnico o trabajador, debe ser el fermento en la renovación de la sociedad y deben afectarle directamente las situaciones trágicas actuales que requieren una movilización de todas las fuerzas humanas para realizar el desarrollo, tanto individual como comunitario.

49. La juventud, vivamente consciente de la injusticia en el mundo, debe aportar su impulso vital, su generosidad y su espíritu para construir un mundo nuevo, donde la dignidad humana será el valor central, en el cual todos los pueblos serán considerados iguales unos con otros y la solidaridad universal será vivida por los individuos y por las comunidades de los pueblos.

Tal vez convenga aquí recordar a los jóvenes que en ciertas situaciones en las cuales se lesionan gravemente los derechos de la persona, podría eventualmente ser legítimo el recurso a la fuerza para hacer valer estos derechos, después de haber aplicado todos los medios legales posibles sin resultado.

Sin embargo, no hay que olvidar jamás que la fuerza es apta para derribar y no para construir. La construcción de un mundo más justo requiere una competencia, unos medios adecuados, un espíritu de iniciativa, de comprensión y de inteligencia, construcción que sólo puede realizarse colocando piedra sobre piedra, es decir, gradualmente.

50. A fin de responder a la situación y de crear la comprensión y la voluntad de actuar, porque la realización de la justicia exige llamadas constantes, hay que repetir que esta educación personalizada, efecto ella misma de una conversión o metanoia, deberá conducir a cambios de mentalidad y de corazón y, por lo tanto, a una experiencia verdaderamente íntima. Al mismo tiempo ayudará a despertar las facultades críticas del hombre para que considere de una manera nueva los deberes que nacen de la fraternidad humana, y haga suyas las opciones que darán una nueva orientación a la sociedad.

Solamente la educación dará la posibilidad a las masas de participar en el progreso social y político, les permitirá tomar entre sus manos su propio destino y realizarlo en el seno de la comunidad activa aportando su contribución personal en la empresa común con fraternal participación. Esta educación, de naturaleza pastoral, trasmitirá la buena nueva; ella pondrá de relieve la acción bienhechora de la soberanía de Dios sobre el mundo, el respeto por la naturaleza y el ambiente humano vital, así como el empeño por garantizar la justicia, la liberación y el desarrollo para todos los pueblos. Ésta es la tarea a la cual ha sido llamado el Pueblo de Dios.

IV. LÍNEAS DE ACCIÓN

a) Difusión del mensaje cristiano.

El Sínodo deberá ocuparse del hecho muy deplorable de que en ciertos casos el mensaje cristiano no es ni conocido, ni puesto en práctica por la comunidad de fieles.

51. El Sínodo deberá ocuparse de la comunicación eficaz del mensaje social cristiano y de su aplicación en el seno de la comunidad de fieles:

a) ante todo, esto exigirá que el Sínodo examine la cuestión de saber si la enseñanza social en su conjunto, por ejemplo, los principales documentos sociales, Mater et Magistra, Pacem in terris, Gaudium et spes y Populorum progressio, se explica insuficientemente en los seminarios o en las escuelas católicas, o es simplemente ignorada.

b) Es esencial que el Sínodo se ocupe de esta cuestión para que en la iglesia se tome conciencia del medio social que forma las facultades de percepción y de comprensión del hombre, a fin de que el lenguaje del mensaje social de la iglesia y su acción social resulten comprensibles;

c) los hombres tienen tendencia a querer que la sociedad les haga justicia sin preocuparse mucho de las recíprocas obligaciones. En la organización de su vida y de sus intereses, los hombres pueden también dar forma a un sistema que esté únicamente al servicio de sus intereses personales hasta el extremo de convertirlo en instrumento de injusticia. Por esta razón, el Sínodo deberá insistir para que todos los hombres, en su actividad social y a través de ella, contribuyan a una mayor justicia social.

b) Testimonio en la vida.

El Sínodo deberá responder a la convicción de los hombres de hoy que juzgan que quien habla de justicia debe primeramente él mismo aparecer justo ante los ojos de los demás.

52. Reconociendo que ciertos miembros de la iglesia crean un escándalo siempre que dejan de encarnar la justicia predicada por Cristo, o aceptan compromisos peligrosos, el Sínodo:

a) hará una llamada a todo el Pueblo de Dios para realizar en todas las manifestaciones de la vida su propio cambio de corazón o su propia metanoia, comenzando por sus propias instituciones, antes de exigir la justicia a los demás;

b) bajo esta luz examinará si las manifestaciones de la vida de la iglesia en los diferentes niveles, son discutibles en lo que se refiere a la justicia;

c) recordará a la comunidad de los cristianos y a sus jefes espirituales que levanten su voz de manera profética y valiente cada vez que la justicia lo exija;

d) invitará a la comunidad y a las instituciones de cristianos a buscar una solidaridad más generosa en sus actividades, y en el uso de sus medios materiales en vistas a un servicio eficaz de todos los hombres.

c) Nuevos esfuerzos para la educación.

El Sínodo deberá pedir que se realicen nuevos esfuerzos para una eficaz educación a la justicia.

53. a) A través de estas posibilidades de educación la iglesia debe estimular el cambio de los corazones y de los espíritus que originarán una nueva justicia. Así, una educación:

—que ponga fin a una fragmentación rígida de la vida;

—que apoye los valores de la dignidad humana, de la fraternidad y de la solidaridad entre los hombres;

—que detenga la marginalización social y política de los hombres dándoles los instrumentos para convertirse en sujetos activos de la vida política y en dueños de su propio destino;

—que trabaje en favor del compromiso activo por la justicia en general y por disponibilidad en tomar decisiones ante los casos específicos de injusticias.

b) reconociendo el hecho de que los valores se aprenden por medio de la acción y que el compromiso aumenta a través de ella, el Sínodo estimulará un compromiso vital de las comunidades de la iglesia en los programas de acción para promover la justicia;

c) reconozca también el Sínodo el poder que representa la liturgia en la conversión de los corazones, en la promoción común de la justicia, en la eucaristía como el signo de la unidad del Pueblo de Dios que abarca a todos los hombres; signo también de la presencia de Cristo en este mundo, Cristo como Servidor sufriente que aporta la liberación para la renovación de los corazones.

d) Promoción de acciones de solidaridad.

El Sínodo deberá proponer y estimular acciones concretas de solidaridad en favor de la justicia en el mundo.

54. Estas acciones concretas, sin ser espectaculares, son como la encarnación de la enseñanza de Cristo en la situación presente de la humanidad (carácter profético) y contribuyen poderosamente a formar la opinión mundial, de tal suerte que ésta exija de los hombres y de los poderes temporales los profundos cambios que reclama la verdadera justicia.

El testimonio que se de debe servir para indicar la convicción del Sínodo sobre la im-

portancia de la educación en el campo de la justicia y del desarrollo humano.

Todas estas acciones y otras deben realizarse en todos los niveles de la iglesia: persona, familia, parroquia, diócesis, región e iglesia universal.

V. UNA PALABRA DE ESPERANZA

55. En los párrafos precedentes han sido indicados muchos motivos de desesperación del hombre moderno en su marcha hacia la justicia. La situación exige un hombre nuevo, de una fuerza adecuada a la enorme tarea de la renovación: cambios de estilo de vida, de la forma de resolver los problemas, perspectivas en las cuales los problemas deben ser situados, un hombre, en fin, preparado a ampliar su horizonte y a abrazar al hombre en cuanto hombre así como a la humanidad entera. Si todo esto requiere una luz particular, esto requiere también grandes virtudes de abnegación, de paciencia y de sacrificio. ¿Dónde está la esperanza? Ciertamente, no es un humanismo secular, sino solamente en la esperanza anunciada por Jesucristo, esta esperanza que encuentra su primera afirmación en el hecho que Dios, al crear al hombre lo ha llamado a transformar y dominar la tierra, haciendo de él un continuador de la creación. Si el hombre ha sido así llamado por Dios, ciertamente ha querido darle una naturaleza y unos dones espirituales para cumplir esta tarea. Pero el pecado intervino y la historia sucesiva del hombre demuestra su poder de destruir, como también de construir.

56. Allí donde el pecado amenaza la liberación y la humanización de la vida, Dios nos envía su Hijo único a fin de que libere al corazón humano del egoísmo y del orgullo. Es precisamente aquí, en la encarnación, donde se encuentra el máximo fundamento de la esperanza para el hombre y su universo.

57. Cristo ha asumido nuestra naturaleza, la ha vivido integralmente, manifestando así la capacidad de la naturaleza humana de producir los frutos de la justicia. Hizo el bien; dio testimonio de que la realización de los deberes humanos puede contener en sí valores religiosos. Por esta razón, Cristo nos asegura que lo que nosotros hacemos por el último de nuestros hermanos, por los pobres y los desheredados de este mundo, será considerado por él, Señor del Jucio, como hecho para Él mismo (MT 25,45).

Finalmente, es en su Espíritu y en su iglesia que Él ofrece a los hombres esta luz de la cual están necesitados, esta confirmación de los valores humanos de dignidad y fraternidad, esta fuerza de voluntad para practicar la justicia y sufrir los sacrificios de su realización.[1] Así la justicia que los hombres realizan en este mundo llega a ser una anticipación de la esperanza final.

Vaticano, 20 de abril de 1971.

NOTAS

CAP. II

1. Cf. PAULI VI Nuntius scrpto datus die 5 iunii 1970 universis sacris Praesulibus et catholicis Christifidelibus, ob celebrandum diem rei missionali provehendae per totum terrarum orbem dicatum: A. A. S. 62 (1970), pp. 534-539.
2. Cf. CONC. VAT. II, Const. Past. de Ecclesia in mundo huius temporis, Gaudium et spes, Prooemium, nn. 1 et 3: A.A.S. 58 (1966), pp. 1025-1026, 1026-1027.
3. Cf. CONC. VAT. II, Const. Past. de Ecclesia in mundo huius temporis, Gaudium et spes, Pars I, Cap. III, n.34: A.A.S. 58 (1969), pp. 1052-1053.
4. Cf. CONC. VAT II, Const. Past. de Ecclesia in mundo huius temporis, Gaudium et spes, Pars I. Cap. IV, n. 43; Pars I, Cap. III, n. 39: A.A.S. 58 (1966), pp. 1061-1064; 1056-1057.

CAP. III

1. Cf. PAULI VI Litterae Encyclicae Populorum Progressio, nn.14-21: A.A.S. 59 (1967), pp. 264-268.
2. PAULI VI Allocutio habita Genavae die 10 mensis iunii a. 1969 in Aedibus Nationum, ad Delegatos e variis Civitatibus, qui Coetui interfuerunt quinquagesimo anno volvente a condito Instituto quem v. "Organisation Internationale du Travail" appellant, n. 22: A.A.S. 61 (1969), pp. 500-501.
3. PAULI VI Allocutio ad honorabiles Viros e publico Legumlatorum Coetu Reipublicae Ugandensis, Kampalae habita die 1 mensis augusti a. 1969: A.A.S. 61 (1969), p. 582.
4. PAULI VI Litterae Encyclicae Populorum progressio, n. 32; A.A.S. 59 (1967), p. 273. cf. CONC. VAT. II, Const. Past. de Ecclesia in mundo huius temporis, Gaudium et spes, Pars I, Cap. II, n.26: A.A.S. 58 (1966), pp. 1046-1047.
5. Cf. PAULI VI Litterae Encyclicae Populorum progressio, n. 13: A.A.S. 59 (1967), pp. 263-264; cf. CONC VAT. II, Const. Past. de Ecclesia in mundo huius temporis, Gaudium et spes, Pars I, Cap. I: A.A.S. 58 (1966), pp. 1034-1044.
6. Cf. CONC. VAT II, Const. Past. de Ecclesia in mundo huius temporis, Gaudium et spes, Pars II, Cap. III, Secto 1, nn.64-65; Pars I, Cap. IV, n. 41: A.A.S. 58 (1966), pp. 1086-1087; 1059-1060.
7. Cf. CONC. VAT II, Const. Past. de Ecclesia in mundo huius temporis, Gaudium et spes, Pars I, Cap. II, n. 32; Pars I. Cap. IV, n. 42; A.A.S. 58 (1966), pp. 1051; 1060-1061.

CAP. IV

1. Cf. IOANNIS XXIII Litterae Encyclicae Mater et Magistra, Pars IV: A.A.S. 58 (1961). p. 455.

CAP. V

1. Cf. CONC. VAT. II, Const. Past. de Ecclesia in mundo huius temporis, Gaudium et spes, Pars I: A.A.S. 58 (1966), pp. 1033-1066

DECLARACION DE LOS 80

Un grupo de 80 sacerdotes que convivimos con la clase trabajadora nos hemos reunido para analizar el proceso actual que vive Chile al iniciar la construcción del socialismo.

La clase trabajadora permanece todavía en condiciones de explotación que implican desnutrición, falta de vivienda, cesantía y escasas posibilidades de acceder a la cultura. Hay una causa clara y precisa de esta situación: el sistema capitalista, producto de la dominación del imperialismo extranjero y mantenido por las clases dominantes del país.

Este sistema, caracterizado por la propiedad privada de los medios de producción, y por la creciente desigualdad en la distribución de los ingresos, convierte al trabajador en un mero engranaje del sistema productivo y fomenta una asignación irracional de los recursos económicos y una transferencia indebida de los excedentes al extranjero; esto genera estancamiento e impide al país salir del subdesarrollo.

Una situación tal no puede tolerarse por más tiempo. Comprobamos la esperanza que significa para las masas trabajadoras la llegada al poder del Gobierno Popular y su acción decidida en favor de la construcción del socialismo. Esta intuición del pueblo no es errada.

En efecto, el socialismo, caracterizado por la apropiación social de los medios de producción abre un camino a una nueva economía que posibilita un desarrollo autónomo y más acelerado, así como supera la división de la sociedad en clases antagónicas. Sin embargo, el socialismo no es sólo una economía nueva: debe también generar nuevos valores que posibiliten el surgimiento de una sociedad más solidaria y fraternal en la que el trabajador asuma con dignidad el papel que le corresponde.

Nos sentimos comprometidos en este proceso en marcha y queremos contribuir a su éxito. La razón profunda de este compromiso es nuestra fe en Jesucristo, que se ahonda, renueva y toma cuerpo según las circunstancias históricas. Ser cristiano es ser solidario. Ser solidario en estos momentos en Chile es participar en el proyecto histórico que su pueblo se ha trazado.

Como cristianos no vemos incompatibilidad entre cristianismo y socialismo. Todo lo contrario. Como dijo el cardenal de Santiago en noviembre pasado "en el socialismo hay más valores evangélicos que en el capitalismo". *En efecto, el socialismo abre una esperanza para que el hombre pueda ser más pleno y por lo mismo más evangélico. Es decir, más conforme a Jesucristo que vino a liberar de todas las servidumbres.*

En este sentido es necesario destruir los prejuicios y las desconfianzas que existen entre cristianos y marxistas.

A los marxistas les decimos que la verdadera religión no es opio del pueblo. Por el contrario es un estímulo liberador para la renovación constante del mundo. A los cristia-

nos les recordamos que nuestro Dios se ha comprometido con la historia de los hombres y que en estos momentos amar al prójimo significa fundamentalmente luchar para que este mundo se asemeje lo más posible al mundo futuro que esperamos y que desde ahora estamos construyendo.

No desconocemos las dificultades y los recelos mutuos, causados en gran medida por circunstancias históricas pasadas que hoy día han dejado de tener vigencia en Chile. Todavía queda un largo camino por recorrer; pero la evolución que se ha realizado en medios marxistas y cristianos, permite hoy una acción común por el proyecto histórico que el país se ha dado.

Esta colaboración será facilitada por un lado, en la medida en que el marxismo se presente cada vez más como un instrumento de análisis y transformación de la sociedad, y por el otro, en la medida en que los cristianos vayamos depurando nuestra fe de todo aquello que nos impida asumir un compromiso real y eficaz.

Por lo mismo, apoyamos las medidas que tienden a la apropiación social de los medios de producción, tales como la nacionalización de los recursos mineros, la socialización de los bancos e industrias monopólicas, la aceleración y profundización de la reforma agraria, etcétera.

Creemos que el socialismo se construye con muchos sacrificios e implica una tarea solidaria y constructiva para vencer el subdesarrollo y crear una nueva sociedad. Esto, sin duda, provoca fuertes resistencias de parte de aquellos que pierden sus privilegios. Por esta razón la movilización del pueblo es absolutamente necesaria. Comprobamos, con cierta preocupación, que no se ha logrado aún en la medida esperada.

Creemos también indispensable echar las bases para la construcción de una nueva cultura que no sea ya reflejo de los intereses capitalistas, sino la expresión real de los valores genuinos del pueblo. Sólo así podrá surgir el hombre nuevo, creador de una convivencia efectivamente solidaria.

Comprobamos que hay grupos significativos de trabajadores, que estando a favor de los cambios y siendo favorecidos por ellos, sin embargo no se incorporan activamente al proceso actual iniciado. La unión de todos los trabajadores, cualesquiera sea su opción partidista, es decisiva en esta única oportunidad que se le da a nuestra patria para lograr sustituir el actual sistema capitalista dependiente y hacer avanzar la causa de la clase trabajadora en toda América Latina.

La falta de conciencia de clase de estos trabajadores es fomentada por los grupos dominantes, sobre todo a través de los medios de comunicación y de la acción partidista, infundiendo recelos, temores y finalmente resistencia y pasividad.

Es necesario reconocer que no todo lo que se hace es obligadamente positivo y eficaz. Pero al mismo tiempo afirmamos que la crítica debe realizarse desde dentro del proceso revolucionario y no, desde fuera de él.

En esta hora, llena de riesgos pero también de esperanzas, a nosotros sacerdotes como a cualquier otro cristiano, nos corresponde hacer modestamente nuestro aporte. Por esto hemos querido reflexionar y prepararnos en estas Jornadas sobre "La Participación de los Cristianos en la Construcción del Socialismo".

Santiago de Chile, abril 16 de 1971.

Gonzalo Arroyo, Alfonso Baeza, Martín Gárate, Esteban Gumucio, Juan Martín, Santiago Thipssen, Sergio Torres (Talca), Ignacio Pujadas (Valparaíso), Pierre Dubois (Coronel).

DECLARACION DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL

LOS obispos chilenos reunidos, en esta asamblea plenaria anual, después de haber considerado la situación actual del país, declaramos lo siguiente:

1. *La iglesia se reconoce a sí misma como pueblo de Dios y considera, como su misión propia, la de anunciar y vivir, en todos los tiempos y lugares, el Evangelio de Jesucristo Resucitado.*

2. *Ante el momento que vive Chile, los cristianos han de hacer suya como criterio primordial de orientación y de acción, la opción global afirmada por el Episcopado Latinoamericano en Medellín. Según ella, su fidelidad al Evangelio de Jesucristo les exige hoy comprometerse en profundas y urgentes renovaciones sociales.*

3. *Como un camino concreto para realizar esas transformaciones se propone hoy, entre nosotros, la construcción del socialismo. Hay fundamentos para pensar que se trata de un socialismo de inspiración predominante marxista.*

4. *Recordamos, con el Concilio Vaticano II, que la iglesia, por razón de su misión y de su competencia, no está ligada a sistema político alguno. Su misión es encarnar, en cada época y en cada situación, el Evangelio de liberación integral de la persona y de la sociedad humana. No tiene competencia para pronunciarse sobre soluciones contingentes, políticas o económicas. La tiene, en cambio, para denunciar todo lo que, en cualquiera de esas soluciones, de suyo ambivalentes, pueda desviar o esclavizar al hombre, y para anunciar, y urgir, todo lo que salvaguarde su dignidad y trascendencia de persona.*

5. *Una opción por un socialismo de inspiración marxista plantea legítimos interrogantes. Se trata de un sistema que tiene ya realizaciones históricas. Derechos fundamentales de la persona humana han sido en ellas, conculcados en forma análoga y tan condenablemente como en sistemas de inspiración capitalista. A la iglesia, enviada de Dios para servir y liberar al hombre, esto no la puede dejar indiferente.*

6. *Pensamos que las necesidades y derechos de nuestro pueblo, reclaman y deberían hacer posible un esfuerzo sincero de todos los que se confiesan comprometidos en su liberación, para llevarla a cabo rápida y profundamente. Ello plantea la pregunta sobre la posibilidad, el alcance y las condiciones de un diálogo.*

7. *La iglesia busca el diálogo e invita a él. El diálogo es siempre fecundo cuando se dan sus condiciones indispensables: sinceridad, lealtad, respeto recíproco. Pero su motivo más urgente lo constituyen las expectativas de un pueblo que no puede esperar indefinidamente, ni ser sacrificado a esquemas ideológicos extraños a su originalidad histórica.*

8. *Frente al legítimo gobierno de Chile*

reiteramos la actitud que nos viene de Cristo: respeto a su autoridad, y colaboración en su tarea de servicio al pueblo. Todo esfuerzo por construir una sociedad más humana, eliminando la miseria, haciendo prevalecer el bien común sobre el bien particular, reclama el apoyo de quien, como cristiano, está comprometido en la liberación del hombre. La tradición democrática del país permite que este apoyo pueda y aún deba realizarse también a través de una crítica seria y de genuina perspectiva de bien común.

9. *La presencia activa y animadora de los cristianos en todos los organismos en que se forje la vida nacional, y su esfuerzo por mayor y mejor trabajo en todos los sectores aparecen como imperativos urgentes de su compromiso con el país.*

10. *Valorizamos las reiteradas declaraciones formuladas por el señor presidente de la república en orden a cautelar y respetar las libertades ciudadanas y particularmente las de la conciencia religiosa. Agradecemos dicha actitud deferente y cordial, y respondemos a ella con la misma deferencia y cordialidad.*

Con respecto a la declaración de un grupo de sacerdotes, publicada y comentada últimamente en los medios de comunicación social, es nuestro deber señalar.

1. *El sacerdote puede, como todo ciudadano, tener una opción política; pero no debe en ningún caso dar a esta opción el respaldo moral de su carácter sacerdotal. Por esto, siguiendo la línea tradicional de la iglesia chilena encarnada en el cardenal Caro y en monseñor Manuel Larraín, hemos insistido y volvemos a insistir ante nuestros sacerdotes, para que se abstengan de tomar públicamente posiciones políticas partidistas. Lo contrario sería volver a un clericalismo ya superado y que nadie desea ver aparecer de nuevo.*

2. *La opción política que el sacerdote toma si se presenta, como en este caso, a modo de lógica e ineludible consecuencia de su fe cristiana, condena implícitamente cualquiera otra opción y atenta contra la libertad de los otros cristianos.*

3. *La opción política del sacerdote, cuando se hace pública, amenaza perturbar la unidad del pueblo cristiano en torno a sus pastores.* "En la construcción de la comunidad de los cristianos, los sacerdotes no están nunca al servicio de una ideología o facción humana, sino que trabajan, como testigos del Evangelio y pastores de la iglesia, por su crecimiento espiritual". *(Concilio Vaticano II, Decreto sobre los sacerdotes,* 6).

4. *La situación producida no afecta nuestra estimación por los sacerdotes que aludimos, ni el aprecio que tenemos por la labor apostólica que ellos realizan, junto con muchos otros, en medio de la clase obrera. Si hemos tocado este punto en nuestra declaración, es únicamente por la resonancia que ha tenido el documento que ellos entregaron.*

Finalmente, renovamos nuestra esperanza en la presencia liberadora de Cristo en medio del proceso histórico que vivimos. Que Él nos de su luz para distinguir y apoyar su acción donde quiera que se luche por los pobres y los que sufren, y la energía de su amor para ponerla al servicio de la tarea común: hacer de Chile una familia donde todos tengan pan, respeto y alegría

Temuco, 22 de abril de 1971.

DOCUMENTO DE TRABAJO

"EVANGELIO, POLITICA Y SOCIALISMOS"

I. LOS CRISTIANOS Y LA HISTORIA

Cristo y la historia

1 — Cada año, en las festividades de Semana Santa, los cristianos volvemos a contemplar el misterio de la Muerte y Resurrección del Señor como eje de la Historia del universo. Jesucristo, muerto y resucitado, se nos presenta a los cristianos como explicación última de cuanto existe y sucede. En Él, la Historia recibe su sentido más hondo y definitivo: como Historia de la infinita misericordia de Dios, que en Jesucristo muere por nosotros, y como Historia de la inimaginable grandeza del hombre quien, en la fuerza y la luz de la Resurrección de Cristo, es proyectado —por ese mismo amor misericordioso de Dios— hacia una plenitud tal de vida, que no sólo le hace trascender el tiempo y la muerte, sino, también, que rebasa y colma cuanto anhelo de infinito, de libertad y de amor bulle en su corazón e impulsa su marcha sobre la tierra.

2 — Toda la Historia, desde su creación, está bajo el impulso de Cristo, como Verbo de Dios: de Él provienen esos anhelos profundos que la mueven, Él los ha inscrito en lo más hondo del alma humana; y, en cada época, es Él quien va haciéndolos madurar bajo la forma de aquellas aspiraciones fundamentales que llamamos "los signos de los tiempos". Pero esta maduración de la Historia reviste —desde el pecado— los caracteres de una lucha contra todo aquello que amenaza el avance de la humanidad en el sentido del llamado de Cristo. Por eso toda la Historia es Pascua de Cristo, es decir, lucha contra las fuerzas de muerte que amenazan y oprimen al hombre —sea desde su propio interior o desde fuera— y búsqueda de la liberación integral que resplandece ya, más allá de la Historia, en el cuerpo resucitado del Señor, como fin y coronación del universo y anticipo del Reino en que todos estamos llamados a participar

La iglesia en la historia

3 — La Iglesia es el pueblo de quienes —por su fe en Jesucristo— han reconocido ya esta vocación pascual de la historia. Su tarea consiste, por eso, en hacerse el signo vivo —la luz— que ayude a los demás hombres a identificar también la raíz y fuente última de todas las energías nobles de liberación que cruzan y animan sus luchas personales y colectivas: la Pascua de Cristo, su paso victorioso de la muerte a la vida, en que todos —sepámoslo o no— estamos participando. Más aún, la iglesia es el pueblo llamado por Dios a ser, de manera especialmente consciente y activa, el instrumento

que impulse a la humanidad, mediante la energía de su caridad y su esperanza, a avanzar incesantemente en el sentido de su vocación de infinito. Ella debe ser, así, el fermento de toda realidad histórica hacia la plenitud de la resurrección. Dios la quiere, por lo tanto, un pueblo profundamente comprometido con la historia: con su sentido y con su avance real, que de Jesucristo resucitado reciben su iluminación y su energía verdaderas.

4 — Sin embargo, la Iglesia debe reconocer, con toda humildad, que ella no ha sabido responder siempre ni con plena fidelidad a esta hermosa vocación. Ella es un pueblo llamado a la santidad pero formado por hombres pecadores. Sólo en los santos, que han vencido el pecado, la Iglesia ha logrado ser plenamente ella misma. Donde la santidad ha estado ausente, el egoísmo del pecado ha debilitado muchas veces la claridad de su testimonio y la eficacia de su amor al hombre. Pero el reconocimiento de sus humanas flaquezas, de su necesidad de perdón y de misericordia por parte del Señor de la Historia, no puede llevarla a oscurecer su misión, a no atreverse a proclamarla tal como Jesucristo se la dio, aunque a su luz pudo ser ella misma juzgada. Por el contrario, ella debe renovar continuamente su voluntad de fidelidad total a Jesucristo y de lucha en él y con él, a lo largo de los siglos, contra todo lo que amenace sepultar al hombre en la opresión, en el dolor y la muerte, y en favor de todo lo que le conduzca, aun a través de ese dolor, hacia la plenitud liberadora de la resurrección.

El evangelio, criterio y plenitud del humanismo

El faro de la Iglesia en esta marcha y en esta lucha es el Evangelio que le ha dejado el señor de la historia. Su luz le permite reconocer lo que es fuerza de muerte y retroceso humano, lo que es fuerza de vida y verdadero avance o aceleración de la historia. Ella cree que su Evangelio puede ser invocado como medida de todo auténtico humanismo, pues su autor es quien mejor conoce al hombre —el Dios que le creó y que se encarnó para compartir su naturaleza y su suerte humanas— y quien más le ama, pues murió para liberarlo y permitirle gozar de vida en abundancia. Por eso, nada auténticamente humano puede contrariar el Evangelio. Pero no porque éste sea una simple "doctrina humanista" de origen divino. El Evangelio es otra cosa: es el llamado de Dios al hombre y a la comunidad humana a sobrepasarse infinitamente a sí mismos, abriéndose a la vida divina que Cristo les trae. Pero esa plenitud divina que el Evangelio ofrece va en la misma línea en que el hombre busca su liberación humana: es justamente la respuesta a ese anhelo, una respuesta que lo colma por entero pero que, al mismo tiempo, lo sobrepasa. Quien vive el Evangelio se hace, así, a la vez, más humano —más libre para amar y para el amor— y más que humano, porque la libertad de que goza en Jesucristo es la de los hijos de Dios. Por ello, toda la misión de la iglesia en la historia se resume en anunciar y hacer vida el Evangelio de Jesús resucitado.

El evangelio, exigencia de liberación integral

6 — Como ya lo hemos dicho, las fuerzas de muerte y las fuerzas de vida solicitan constantemente al hombre, tanto desde su propio interior como desde fuera, desde su ambiente social. Este "ambiente social" se nos presenta como un "tejido" de relaciones y vínculos múltiples entre los individuos que componen un grupo determinado. En cada grupo social, a través de la historia, ese tejido presenta una estructura original, diferente, una estructura que, en el fondo, está constituida más bien por todo un conjunto de estructuras a diversos planos: estructuras de comunicación, que el grupo se da para que sus miembros entren en relación (el lenguaje y los medios de comunicación que usa); estructuras de pensamiento (opiniones, ideas, ideologías, que representan los lugares de coincidencia de su diálogo); estructuras morales (prejuicios, costumbres, principios que regulan y valoran el comportamiento del grupo); estructuras religiosas (destinadas a expresar y vivir la relación a Dios y, con ello, la visión y valoración última que el grupo tiene del universo); estructuras sociales (que determinan las relaciones mutuas de los grupos más pequeños dentro del todo); estructuras jurídicas (que regulan los derechos y deberes de las personas y grupos); estructuras políticas (que señalan la forma de participación de las distintas personas y grupos en la generación y en el ejercicio del poder social); estructuras económicas (que ordenan el empleo de las fuerzas y medios productivos del grupo), etc.

7 — Todas estas estructuras culturales son para el hombre: para ayudarle a vivir en sociedad. Es el hombre quien las conforma, pero las estructuras revierten sobre él, condicionando y conformando, a su vez, toda su vida social. Pero como ese hombre que las plasma y las maneja es un hombre que lleva en su corazón, al mismo tiempo, una carga de vida y una carga de muerte, estas estructuras están también impregnadas de fuerza liberadora y opresora. Esto último puede suceder desde un comienzo: hay estructuras que son antihumanas en sí mismas (por ejemplo, la esclavitud). Otras veces puede tratarse de estructuras en sí buenas, pero usadas abusivamente (cierta propiedad privada utilizada con fines egoístas) o, también, de estructuras que fueron liberadoras en otro tiempo y que, superadas por el desarrollo social, se han convertido en peso muerto, en freno para el progreso (por ejemplo, un sistema anacrónico de legislación sindical). De esta manera, en la medida que la historia avanza bajo el impulso de las aspiraciones humanas fundamentales —que Cristo va haciendo madurar y que se expresan en los "signos de los tiempos"— hace cambiar las estructuras culturales de cada grupo humano y su justicia y utilidad en relación a la nueva situación del grupo y hace también variar —y adquirir siempre nuevos rostros— a las fuerzas sociales de liberación o de opresión.

8 — Al anunciar la liberación integral del hombre, Cristo resucitado aparece como vencedor de toda fuerza de muerte: tanto del pecado encarnado en el corazón del hombre, como del pecado encarnado en las diversas estructuras culturales que los distintos pueblos se van dando a través de los tiempos. Por eso, para que su pascua se haga plenamente la pascua (la liberación) de toda la historia, es indispensable que su energía liberadora pase no sólo a través de todos los corazones de los hombres y de las aspiraciones propias y nobles que cada época va encendiendo en ellos, sino, también, a través de todas las estructuras que condicionan la vida de la sociedad humana sobre la tierra: sólo así se asegurará, efectivamente, la liberación personal de todos y de cada uno.

9 — Llevar adelante esta cruzada de liberación integral constituye una especial responsabilidad de los cristianos. Sin embargo, la lucha contra el pecado de las estructuras es tarea difícil: las estructuras sociales no sólo pueden ser tan complejas como el corazón humano, sino que, además, son permanentemente variables y muy diferentes las unas de las otras, entre un país y otro país, entre una época y otra época. Es, por lo mismo, ardua tarea discernir, a la luz del Evangelio, lo que en las estructuras sociales mata o vivifica al hombre. Pero nuestra fidelidad a Cristo resucitado nos exige este esfuerzo de iluminación en cada momento de la historia, para que nuestro compromiso con su misión liberadora pueda realizarse de manera integral y eficaz.

II EL DESAFÍO DEL MOMENTO PRESENTE

La iglesia chilena ante la necesidad de optar

10 — Si nuestra Iglesia chilena volvió a conmemorar la Resurrección del Señor en 1971, es porque desea hacerla real en su aplicación al Chile real de 1971, a este Chile donde, como en toda América Latina, los pobres y oprimidos exigen, con derecho, que la liberación que trajo Cristo resucitado se haga eficaz también para ellos, ya desde ahora, y no sólo como fermento transformador de sus corazones y aspiraciones sino humanizando y redimiendo también de verdad el ambiente social en que viven. Para responder a esta exigencia, la Iglesia chilena —independientemente de todo lo ya obrado en el pasado a través de las múltiples instituciones y movimientos, tanto en el campo religioso como en el educacional y social— quiere centrar ahora sus fuerzas, en primer lugar, en la intensificación de su acción evangelizadora, en la proclamación y explicación de su mensaje y en la formación de líderes y de pequeñas comunidades auténticamente penetradas del espíritu del Evangelio: la primera de todas las soluciones para hacer real la Pascua de Cristo en sus múltiples dimensiones, consiste en hacer real la conversión al Evangelio integral. De esta manera se esclarecen los valores supremos que deben orientar todo

la vida personal y social de los cristianos, bajo cualquiera de sus aspectos; se educan hombres liberados y comunidades solidarias que deberán convertirse en portadores preclaros de esos valores y, por consiguiente, en los agentes más dinámicos de auténtica liberación; y se les coloca en contacto vital con Jesucristo y el Padre, quienes les participan el Espíritu Santo, como fuente permanente y victoriosa de luz y de energía para dicha tarea. Pero los efectos liberadores del Evangelio integralmente vivido deben llegar a repercutir eficazmente, como ya se ha dicho, en el ambiente social, cultural, político y económico. Es solamente a este aspecto de la tarea de los cristianos al que nos referiremos en este documento.

11 — Chile se halla hoy día en medio de un acelerado proceso de cambios económicos, sociales, políticos y culturales. Además, nos encontramos bajo el impacto gigantesco que el progreso técnico ha producido en la vida de todos los países modernos. Realmente, todo parece fluir y transformarse —también nuestro lenguaje, nuestras categorías mentales, nuestros criterios de valoración— y palpamos mucho la ambigüedad en estos desarrollos: grandes signos de esperanza pero, también, nuevos y más sutiles peligros de explotación y despersonalización del hombre y de la vida social.

12 — En medio de esta situación de derrumbe de tantas estructuras, que hasta ahora habían condicionado nuestra manera de juzgar y valorar muchos problemas y actitudes, las circunstancias exigen tomar decisiones graves y optar, a la luz del Evangelio, por caminos nuevos que tendrán sin duda, influencia decisiva en la historia de Chile.

Las opciones se hacen difíciles porque se hace difícil el juicio de la realidad compleja y cambiante. La juventud lo siente especialmente y se impacienta. Ella no se considera atada a las estructuras del pasado y anhela tomar posesión cuanto antes del mundo del mañana, busca una dirección, elementos fundamentales de juicio, criterios para abrir la ruta de la resurrección de Cristo en 1971.

Necesita que la iglesia hable, que la iglesia se defina, que la iglesia opte. Con ellos y con todos los que buscan hacer vida el evangelio de Cristo en el Chile de hoy, queremos meditar juntos sobre la opción de nuestra iglesia.

El evangelio y la opción por los pobres

13 — La iglesia es el pueblo de los que han optado absolutamente y para siempre por el evangelio de Cristo resucitado: esa es nuestra única opción oficial y fundamental, que condiciona todas las otras. Ella nos ayuda a responder a la primera pregunta que se nos hace: ¿Por quiénes opta la iglesia en nuestro agitado Chile de hoy? Aquí debemos comenzar por precisar el sentido que se da a la palabra "opción". Efectivamente, si tomamos la palabra "optar" en el sentido propio —es decir, de escoger un grupo excluyendo otro— ello significaría que la pregunta que se nos plantea procede de una visión dualista y simplista de la realidad, que pretende dividir a los hombres en el grupo de "los buenos" y el de "los malos" y que quisiera arrastrarnos a pronunciarnos a favor de uno de estos grupos y, con ello, en contra del otro. La iglesia no puede aceptar tal planteamiento y, por lo mismo, rechaza la pregunta si se la entiende de esa manera. Tratándose de personas, de seres humanos, la iglesia no puede dejar de lado ningún grupo, ya que su evangelio está destinado a todos, sin excepción de raza, ni de sexo, ni de condición social. Mucho menos podría la iglesia abandonar a un grupo determinado bajo la acusación de que se trata de pecadores: el mismo Jesucristo rechazó tal sugerencia, manifestando que había venido al mundo especialmente por los pecadores "ya que los sanos no necesitan de médico". Por eso, frente a los diferentes grupos humanos, la iglesia no opta. En y con Jesucristo, la iglesia se decide por quienes Jesucristo mismo se ha decidido: por todo el pueblo de Chile, a quien él llama a convertirse —mediante la aceptación de su evangelio— en pueblo de Dios. En efecto, es a todo este conjunto orgánico vivo que llamamos pueblo de Chile, al que Jesucristo quiere liberar y revitalizar con su vida divina, convirtiéndolo en una auténtica comunidad de hermanos. Optar por un grupo, una clase o un partido determinado, implicaría excluir a otros chilenos, por los cuales Cristo también derramó su sangre. Por eso la iglesia debe preocuparse de todos; porque su tarea consiste en ser signo e instrumento (es decir, sacramento) del amor universal de Jesucristo, que llama a todos los hombres a superar las fronteras —de hecho reales— de cualquier egoísmo (de nación, de raza, de clase, de partido, de ideología) para hacer verdadera la unidad del único pueblo de Dios.

14 — Sin embargo, lo anterior no impide que, con Jesucristo, la iglesia se consagre —decididamente y de todo corazón— al servicio preferente de aquellos que para él han sido y serán siempre los predilectos: los que sufren, los pobres, los abandonados, los que durante tan largo tiempo han vivido en situaciones que abiertamente contradicen su condición y dignidad de hijos de Dios.

Para lograr verdaderamente la liberación de los hombres, todo pueblo —y con mucho más razón el pueblo de Dios— debe ir continuamente reorganizándose a partir de los grupos más necesitados y numerosos, que deben constituir siempre el objetivo central de sus preocupaciones y que, por otra parte, son también los más anhelantes y abiertos a los cambios, cuya necesidad y urgencia sienten más que nadie. La consagración de la iglesia al servicio de los pobres entraña, por lo tanto, al igual que en Jesucristo, una decisión de mayor dedicación, de preferencia especialísima, de prioridad pastoral, de "respeto privilegiado de los pobres", como dice Pablo VI, pero que en ningún caso significa identificar a Cristo con una sola clase social o un conjunto político determinado. La iglesia no es dualista ni maniquea: no diluye la responsabilidad y culpa histórica de quienes han hecho mal uso del poder, pero sabe que las fronteras del bien y del mal no cruzan, en definitiva, entre una clase social y otra sino por lo hondo de cada corazón humano.

15 — El amor de predilección que tiene la iglesia por los pobres, se funda en dos motivos diferentes, que vale la pena distinguir. En primer lugar, la iglesia ama a los pobres por el hecho de ser tales, socio-económicamente hablando, es decir, por el hecho mismo de vivir en condiciones de pobreza material y exterior. Desde este punto de vista, ella considera a los pobres más bien como "sufrientes" y "oprimidos" y su amor nace del anhelo de ayudarlos a liberarse del dolor y de la opresión que trae consigo la necesidad económica. Pero para la iglesia existe también otra dimensión de la pobreza: la llamada "pobreza evangélica", aquella de la cual habla el señor en su Sermón de la Montaña. Aquí se trata de una pobreza espiritual, consistente en una actitud interior de simplicidad, de apertura a Dios y al prójimo, de generosidad y disponibilidad. Pero el mismo señor ha dicho que esta pobreza interior resulta más fácilmente alcanzable para quienes viven en condiciones de pobreza exterior. Por eso, el amor de la iglesia a los pobres socio-económicos no se funda solamente en su condición de "sufrientes" y de "oprimidos" por la miseria sino, al mismo tiempo, en esta mayor facilidad que tienen para ser pobres también interiormente, para permanecer abiertos al amor, con el corazón que todavía no se ha esclavizado al dinero ni a los bienes materiales. Sin embargo, esta pobreza interior —en la medida en que es una actitud humana y libre— no va siempre ni necesariamente unida a una situación socio-económica determinada: puede haber gente no necesitada que tenga un corazón de pobre, así como también se encuentran pobres con corazón de ricos, con ansias descontroladas de posesión, de poder y dominio sobre los demás. Asimismo, la iglesia recuerda, con su señor, que no solamente sufren aquellos a quienes falta el pan, sino que también son oprimidos todos los que carecen de respeto, de libertad o de alegría.

La iglesia y la opción política

16 — Esta dedicación preferente a los pobres obliga a los cristianos a plantearse una segunda pregunta: la del cambio de nuestro sistema socio-económico.

Es una pregunta seria, y de la cual ninguno de nosotros puede dispensarse. Si de verdad amamos a los pobres, este amor debe mostrarse eficazmente liberador y traducirse en la superación audaz y profunda de todas aquellas estructuras injustas que actualmente oprimen a gran parte de nuestro pueblo y que aparecen como causa de marginación y miseria. Es esa situación inhumana de marginación y de miseria en que viven miles de chilenos, la que concede a la pregunta por el sistema socio-económico y por la opción política de los cristianos su carácter de dramática urgencia. Y es también lo angustioso de esa situación lo que nos mueve a presentar este documento. Sin embargo, en las páginas que siguen, no nos referiremos a los graves problemas sociales que enfrenta Chile y que en el plano de la contienda política ya han sido repetida y detalladamente analizados y discutidos. Aquí no se trata de volver a describirlos

sino, más bien, de precisar los criterios que deben orientar a los cristianos en la búsqueda de una solución para ellos.

Pero son esos problemas —que no pueden prolongarse indefinidamente— los que nos impulsan a este esfuerzo de reflexión, necesario para que nuestra respuesta cristiana a ellos sea, a la vez, lúcida y eficaz.

17 — La respuesta de la iglesia en esta materia es, en el fondo, la misma de siempre: ella opta por Jesucristo resucitado, y, por lo tanto, invita a los cristianos a luchar por aquellas estructuras socio-económicas que permitan hacer más efectivos todos los valores de liberación personal y social, de justicia y amor, contenidos en su evangelio. Esto es lo único que la iglesia puede decir en cuanto iglesia, porque es lo único que ella puede fundar en la autoridad del evangelio. Éste no ofrece recetas de estructuración social, política o económica: sólo señala los valores que deben ser respetados y promovidos (porque vivifican al hombre y a la comunidad humana) y llama a encarnarlos y luchar por ellos, pero sin detallar los caminos. Todo sistema que respete y promueva eficazmente estos valores puede ser apoyado por los cristianos quienes, por otra parte, tienen también el deber de denunciar y de rechazar aquellos sistemas o los elementos de ellos que nieguen o imposibiliten la vivencia de esos mismos valores.

Es útil, para el juicio de dichos sistemas, recordar la distinción que hace Pablo VI en su Carta Apostólica entre las doctrinas de las cuales esos sistemas han nacido y los movimientos históricos que los llevan adelante: las doctrinas, tal como han sido redactadas en los libros de sus iniciadores, permanecen fijas para siempre; los movimientos históricos, por el contrario, están sometidos a evolución y, por lo mismo, permanecen abiertos a posibilidades de cambio.

Acerca del juicio de diferentes sistemas

18 — Hoy día se plantea en Chile la disyuntiva entre capitalismo y socialismo. Es importante recordar, antes que nada, que estas posibilidades no son las únicas —ya que nada impide intentar otra vía— y que existen, por lo demás, muchas formas y grados de capitalismos (más o menos socializados) y de socialismos (más o menos rígidos), lo que puede relativizar la oposición entre ambos esquemas. De estas posibilidades, algunas serán inaceptables para un cristiano; otras, juzgadas a la luz de los valores del evangelio, podrían aparecer más justas o menos justas, como más o menos humanas, como más o menos en la línea de pascua de Cristo. Al igual que los hombres que los forjan y manejan, los sistemas políticos o socio-económicos son ambiguos: en todos se mezclan en alguna proporción lo bueno y lo malo, las ventajas y las desventajas. Tratándose, por ello, de realidades humanas y contingentes, no podemos absolutizar ninguna.

19 — Es necesario, además, tener en cuenta que la bondad definitiva de un sistema político o socio-económico no se mide exclusivamente por los principios abstractos que lo informan, sino por su aplicación concreta en la vida real de los hombres.

No basta que el sistema aparezca en sí mismo como mejor que otros: es necesario también que sea oportuno, es decir, que corresponda a lo que el país necesita y que, además, su uso se oriente efectivamente para bien del hombre, ya que así como el pecado puede llevar al ser humano a prostituir lo más noble que posee —su propio amor— así también puede prostituirse el más ideal de los sistemas si el hombre es subordinado por él a otras metas, a objetivos económicos o políticos erigidos en nuevos dioses.

20 — Pero no es la Iglesia sino los técnicos —los economistas, los sociólogos, los políticos— quienes deben determinar la oportunidad de un sistema y las garantías de buen uso que el mismo pueda ofrecer en el Chile de hoy. Los cristianos tenemos la obligación de coincidir en el evangelio, como criterio supremo y común de opción, pero podemos diferir en el juicio técnico sobre la oportunidad o en la apreciación prudencial sobre las posibilidades reales de desarrollo humano que ofrezca en Chile un sistema particular. Por eso, permaneciendo unidos en nuestra opción absoluta y fundamental por Jesucristo resucitado, podemos en la práctica, llegar a opciones políticas diferentes. Todos queremos abrirle paso en la historia a la fuerza liberadora de Cristo, pero diferimos en la apreciación de los caminos. El evangelio solo exige la decisión sincera por lo primero. En lo segundo, decide en última instancia la conciencia de cada uno, pero teniendo en cuenta, como importante elemento de juicio, las enseñanzas de los pastores de la iglesia.

21 — La iglesia, como todo, en cuanto Pueblo de Dios, no opta políticamente por ningún partido o sistema determinado; sin embargo, ella impulsa a los cristianos al compromiso político, para que lleven también a este campo de la vida social el mensaje del Evangelio. Son entonces los cristianos quienes optan. El responsabilizarse por la vida política del país no es para ellos sólo un derecho sino también un deber. En efecto, el esfuerzo por lograr un sistema más justo y humano de convivencia, es una dimensión ineludible del amor al prójimo, y el "cristiano tiene la obligación de participar en esta búsqueda tanto para la organización como para la vida de la sociedad política". Ello no significa necesariamente que cada cristiano deba adherir a un partido político: la responsabilidad por la vida pública del país puede ejercerse también de otras maneras, según la diferente vocación de cada cual. Sin embargo, cada uno está obligado a manifestar su apreciación política al menos concurriendo a las urnas.

22 — Al cumplir su deber cívico, los cristianos lo hacen en ejercicio de su libertad de personas y de hijos de Dios y nadie tiene derecho a presionarlos ni a exigirles: "O conmigo o contra mí". Ésa es prerrogativa sólo del bien absoluto, de Cristo. Fuera de Cristo, el mal y el bien coexisten en todas partes. Por lo mismo, un cristiano no puede condenar o descalificar a otro por el simple hecho de no juzgar como él la conveniencia de las diferentes opciones. Ninguna opción puede absolutizarse, intentando identificarla —en un falso arrebato mesiánico— con la liberación plena del hombre que sólo Jesucristo puede prometer y obrar. Tampoco puede absolutizarse la oposición a las opciones de los demás. El cristiano que prefiere un sistema determinado puede defenderlo solamente como aquel que le parece "el mejor", relativamente considerado, pero sin cegarse de tal manera que se niegue a reconocer sus necesarias limitaciones o los elementos buenos que también puedan existir en otros sistemas. Nadie tiene derecho a incurrir en absolutizaciones —falseadoras de la verdad— con el simple fin estratégico de poder descalificar más fácilmente las opciones contrarias.

III LOS CRISTIANOS Y EL SOCIALISMO

Los cristianos ante la socialización y el socialismo

23 — Junto con los anhelos de "personalización" y de "secularización" (entendido este último en el sentido sano de reconocerle a lo temporal su debida autonomía), es sin duda la tendencia moderna a la "socialización" de la vida humana uno de los más claros "signos de los tiempos" en que podemos discernir el llamado y la acción de Cristo como señor y liberador de la historia. Es Dios mismo quien ha dado al hombre su naturaleza social.

Y es Él quien le invita hoy a crecer en esta dimensión, aprovechando todas las posibilidades que el progreso científico y técnico le ofrecen para "socializar" su vida bajo múltiples aspectos y conducir así a la sociedad y a la solidaridad humanas a nuevos y más altos grados de madurez. Ningún cristiano puede cerrarse a un anhelo que tan claramente va en el sentido de la fraternidad y del llamado a la unidad del Evangelio.

El problema consiste en cómo responder a él adecuadamente, no sólo sin traicionar otros valores igualmente importantes —por ejemplo, el anhelo correlativo de "personalización" que ya hemos mencionado—, sino obteniendo, precisamente a través de una socialización bien orientada, el fortalecimiento de todas las aspiraciones nobles del hombre de hoy.

En efecto, una socialización bien entendida debería conducir a hacer más efectiva y plena la personalización de cada individuo, asegurando especialmente la igualdad de oportunidades —fundada en el reconocimiento de la común dignidad de personas de que todos gozan por igual— y las posibilidades de participación real en los diferentes aspectos de la vida del país, de manera que cada uno pueda ejercer su derecho y cumplir su deber de corresponsabilidad frente a la sociedad, aportando libremente sus capacidades e iniciativas personales. Igualdad y participación son dos aspiraciones profundas del hombre moderno, que se hacen más vivas a medida que se desarrolla su información y su educación: representan "dos formas de la dignidad del hombre y de su libertad" que todo verda-

dero proceso de socialización debería promover y tener por meta.

24 — En lo que se refiere a la socialización de la vida política y económica, se proponen distintas soluciones para asegurar en estos campos la debida igualdad y participación de todos. Algunos partidarios del sistema capitalista ensayan una socialización de éste que no implique necesariamente la sustitución de las bases del sistema, es decir, del derecho a la propiedad privada de los medios de producción. Este tipo de organización económica corre el permanente peligro de hacer primar egoístamente el bien privado de los poseedores del capital por sobre el bien común del país, engendrando así desigualdad y marginación. Por ello, hay quienes buscan "socializarlo" mediante el correctivo de una legislación que limite el ejercicio del derecho de propiedad privada, subordinándolo a las exigencias del bien social común y previniendo los posibles abusos.

25 — Sin embargo, hay quienes piensan que la única manera de llegar a una verdadera socialización de la vida política y económica, consiste en cambiar radicalmente las bases del sistema capitalista, sea porque no lo creen susceptible de suficiente reforma o porque consideran que ésta implica un proceso demasiado lento en relación a la urgencia y gravedad de los problemas a solucionar. Como alternativa, proponen el sistema llamado socialista. El socialismo, en general, se funda, como sistema de organización socio-económica, en la propiedad colectiva de los bienes de producción, por lo menos de los más importantes. Es ésta la idea central que inspira los diversos modelos socialistas existentes o posibles. "Esta corriente histórica asume diversas formas, bajo un mismo vocablo, según los continentes y las culturas, aunque ha sido y sigue inspirada en muchos casos por ideologías incompatibles con la fe." Se impone un atento discernimiento. Hay en efecto, muchos tipos de socialismos. Pero entre ellos es dable concebir algunos compatibles con el espíritu cristiano, es decir, en los cuales pudiera asegurarse debidamente que el estado no se transforme en un poder dictatorial incontrolable y que, por lo mismo, pueda garantizarse adecuadamente el respeto y la promoción de los valores de liberación personal y social que proclama el Evangelio de Cristo resucitado.

26 — Efectivamente, los peligros del socialismo se originan en forma contraria a los del capitalismo.

El sistema socialista tiende a acumular un inmenso poder económico en manos del estado, poder que, si no se contrapesa y limita de alguna manera, puede abrir la puerta a todo tipo de opresión, manipulación y discriminación de las personas y de los grupos por motivos de orden político, haciendo así ilusoria la democracia, la igualdad y la participación que en principio se proclama. Ello equivaldría a pasar de la opresión egoísta por parte de muchos capitalistas privados —que de alguna manera pueden ser limitados por el estado —a la opresión incontrolada por parte de un capitalismo estatal omnipotente, ante el cual los trabajadores se encontrarían aun más indefensos. Este "simple cambio de amos" o paso de muchos patrones a un único y más despótico patrón, que toma él solo todas las decisiones no beneficiaría a nadie. Por eso, el socialismo también exige correctivos que garanticen en él el necesario equilibrio entre bien común y bien privado, entre "socialización" y "personalización"; ya que un bien común que no revierta en beneficio de las personas y de un respeto más pleno y auténtico a sus derechos y desarrollo, permanece —como lo hemos dicho— ilusorio e inhumano.

27 — Por esto, en una situación determinada, y ante un modelo concreto de socialismo que se desee aplicar en un país particular, es perfectamente legítimo que los cristianos adopten posiciones divergentes, por diferir: 1) en su juicio técnico (de tipo económico, social o político) sobre las ventajas y desventajas del socialismo en general o de ese modelo concreto; o 2) respecto de su oportunidad (dadas las características del país y de su estado de evolución histórica); o finalmente 3) por estar en desacuerdo sobre las garantías reales que esa forma determinada de socialismo ofrece en cuanto a su aplicación integralmente humana, según los principios de un humanismo concorde con el Evangelio, es decir, de un humanismo que permanece abierto a todas las dimensiones y derechos del hombre y de la sociedad que proclama el Evangelio

Los cristianos ante el socialismo chileno

28 — Consideremos ahora el caso chileno. En Chile no interesa hablar del socialismo en general ni de sus múltiples posibilidades, sino de una modalidad socialista concreta: de aquella que se propone construir entre nosotros y que se ha dado en llamar un "socialismo a la chilena". Este socialismo aún no existe. Chile no es todavía un país socialista: por ahora se está recién impulsando su marcha hacia el socialismo, si bien el proceso de "socialización" comenzó hace ya varias décadas entre nosotros. ¿Cómo juzgar entonces el socialismo chileno si no conocemos aún el rostro definitivo que podría llegar a tener? Hemos visto que las opciones frente a un determinado modelo socialista pueden diferir en razón de tres tipos de juicio distintos: sobre el sistema mismo, sobre su oportunidad, o sobre las garantías de efectivo respeto del hombre que él ofrezca. En el caso de Chile, pareciera ser este último punto el que más inquieta, aquel que con mayor fuerza divide las opiniones de los cristianos.

29 — No es cosa sencilla hacer pronósticos sobre los desarrollos futuros de un proceso social o político. Si ya resulta complejo juzgar modelos socialistas existentes en otros países y medir, según el Evangelio, su grado preciso de humanismo, mucho más difícil todavía es predecir las garantías de respeto al hombre que pueda ofrecer, en su etapa final, un socialismo recién en construcción. Sin embargo, la pregunta es de tal importancia, implica tantos riesgos para el país y para quienes se la plantean, que ningún cristiano puede resolverla sin haberlo considerado atenta y responsablemente.

30 — Es cierto que no conocemos el rostro definitivo y final del socialismo que se busca en nuestra patria, pero sí conocemos los agentes reales que están influyendo actualmente en su construcción y que serán también los que contribuyan a determinar sus rasgos futuros. Es posible, por eso, prever en parte lo que puede devenir a la larga el socialismo chileno, si examinamos con detención estos agentes. Entre ellos nos merece especial consideración el papel que le cabe en el actual proceso de transformación histórica que vive Chile a la ideología marxista. En Chile no se está construyendo un socialismo cualquiera, sino un socialismo de inspiración marcadamente marxista. Socialismo y marxismo no tendrían necesariamente por qué coincidir: muchos pueblos de la antigüedad ensayaron ya algunas formas socialistas mucho antes de que existiera el marxismo. (Incluso en la Biblia, se menciona el socialismo de los faraones de Egipto en tiempos de José).

Pero hoy día, y en el caso concreto de Chile, es la ideología marxista la que anima a los grupos más representativos que se encuentran dirigiendo el actual proceso de construcción del socialismo.

Además puede comprobarse que estos grupos no se limitan a identificarse ellos mismos con dicha ideología, sino que están promoviendo una intensa campaña de difusión de la doctrina marxista, sea a través de los medios de comunicación, de labores de concientización o de programas de estudio en diversos establecimientos educacionales y a distintos niveles.

Los cristianos ante el marxismo

31 — La influencia del marxismo en la construcción del socialismo chileno debe ser cuidadosamente tenida en cuenta al intentar despejar, en alguna medida, la incógnita que nos ocupa respecto del desarrollo futuro de su contenido humanista. Si vamos a extendernos en este punto, es debido a la necesidad de precisar los criterios para juzgar una realidad que es nueva para muchos de los cristianos. Los efectos deshumanizantes del capitalismo los hemos experimentado ya largamente y sabemos dónde residen. Además, los papas y nosotros mismos los hemos denunciado anteriormente en repetidas ocasiones, y Paulo VI vuelve a hacerlo en su última Carta Apostólica. Muchos cristianos, en cambio, no saben ubicar exactamente cuáles son aquellos aspectos del marxismo que merecen especiales reparos a la luz de una visión cristiana del humanismo. Al llamar la atención sobre ellos, no intentamos decidir nosotros ni el problema sobre la opción de colaborar o no con los marxistas en la construcción común del socialismo chileno, ni el de la forma que podría revestir tal colaboración (es decir, si debería ser ejercida desde una oposición constructiva o como alianza directa). Estas distintas posibilidades deben ser juzgadas por cada uno a la luz de las condiciones que en el nº 67 de este documento se establecen, en general, para la opción política de los cristianos.

32 — Lo que aquí se quiere es más bien iluminar los criterios para la opción y posi-

bilitar la fecundidad en el sentido del Evangelio de la opción que se asume. Para ello, es necesario conocer bien los riesgos objetivos que la colaboración con el marxismo puede implicar, tanto para los cristianos que en ella participen como para el país entero.

Quienes crean no poder superar esos riesgos, no pueden, en conciencia, colaborar. Sí pueden, en cambio, quienes se sientan en condiciones no sólo de contrarrestar esos peligros para sí mismos sino, también, de disminuírlos para el país entero, precisamente a través de esa colaboración que se supone impregnada de espíritu evangélico. La consideración responsable tanto de los riesgos del marxismo como de la posibilidad que las personas y el país tienen de evitarlos, nos impone un serio esfuerzo de objetividad: por reacción a un mal conocido y duramente sufrido —los excesos del capitalismo—, podemos tender, a veces, a inclinarnos con una simpatía demasiado ingenua hacia un socialismo que, por ser aún futuro, imaginamos como idílico, tratando de "idealizarlo en términos por otra parte muy generosos". Ya hemos dicho que no queremos inclinar hacia ninguna opción determinada: lo que deseamos, es desterrar la ingenuidad, para que nuestra opción, fuere cual fuere, sea cristianamente madura.

33 — El sentido de nuestro análisis del marxismo estará orientado a determinar las posibilidades de acercamientos concretos o "el grado de compromiso posible" con él. Al tocar este tema, como lo dice Paulo VI, no podemos pasar por alto que muchos cristianos notan hoy día "un cierto estallido del marxismo, que hasta ahora se presentaba como una ideología unitaria, explicativa de la totalidad del hombre y del mundo en su proceso de desarrollo y por tanto atea. Fuera del enfrentamiento ideológico que separa oficialmente las diversas tendencias del marxismo-leninismo en su respectiva interpretación del pensamiento de los fundadores, y fuera de las posiciones abiertas entre los sistemas políticos que apelan hoy día a él, algunos establecen distinciones entre diversos niveles de expresión del marxismo." De estos distintos niveles someteremos a nuestra consideración los dos que nos parecen más importantes, enfocando el marxismo 1) como filosofía total de la realidad y 2) como método de análisis y de acción en la historia. Al señalar los peligros que envuelve bajo uno y otro aspecto, no queremos establecer que en el caso concreto de Chile estemos cayendo en ellos. Nuestra intención es precisar los excesos antihumanos a que tienden a conducir —por su propia dinámica interior— la doctrina y el método marxistas, si se les aplica en forma consecuente con su propia lógica. Para ello nos guiamos también por lo que muestra la experiencia de las distintas realizaciones históricas de socialismo marxista que se conocen hasta la fecha. El juicio sobre el desarrollo concreto que de hecho sigue la situación chilena es cosa que corresponde a cada ciudadano.

El marxismo como filosofía o cosmovisión

34 — En cuanto al primer aspecto, cabe destacar que el marxismo, por lo menos en su forma clásica —la marxista-leninista— tal como la profesan de manera oficial los países socialistas que se reconocen de inspiración marxista, se presenta como una cosmovisión, es decir, como una interpretación global de la realidad, en especial del hombre y de la sociedad. El marxismo coloca al hombre como centro del universo y de la historia, y por ello, se considera a sí mismo como una forma de humanismo. En este humanismo marxista —es decir, en la imagen del tipo de hombre y de sociedad que quiere crear— la iglesia detecta, como en todo lo que no es Jesucristo y su Evangelio, una realidad ambivalente. Por un lado, encontramos muchos elementos positivos: grandes y sinceros anhelos de liberación y solidaridad, que encienden una gran generosidad para el compromiso con los oprimidos y una eficacia real en la lucha contra ciertas injusticias; por otro lado, el marxismo desconoce y niega —por ser materialista— aquellas dimensiones del hombre que para el cristiano son las más importantes: su trascendencia espiritual, su ordenación a Dios.

35 — En base a los puntos de coincidencia, se abren sin duda muchas posibilidades de diálogo y de colaboración en objetivos prácticos de bien común y es deber aprovecharlas. Sin embargo, las divergencias señaladas son muy graves y establecen, a nivel de la doctrina, importantes incompatibilidades entre marxismo y cristianismo. Un cristiano que desea vivir su fe, no puede, en su anhelo de colaboración política, llegar a adherir a la visión marxista del universo y del hombre o, como dice Paulo VI, "a su materialismo ateo, a su dialéctica de la violencia y a la manera como ella entiende la libertad individual dentro de la colectividad, negando al mismo tiempo toda trascendencia al hombre y a su historia personal y colectiva".

36 — Sabemos que algunos autores marxistas inician hoy, muy vacilantemente, la revisión de esta postura atea del marxismo. Pero se trata solamente de pensadores occidentales. En los países socialistas, donde el marxismo impera como doctrina oficial, no se observan desarrollos similares: más bien prevalece en ellos todavía un monolitismo ideológico fiel a la concepción marxista tradicional —o clásica— del ateísmo y de la religión. Es para nosotros un dolor que así sea, más todavía, estando ciertos que la imagen de Dios que rechazan los marxistas no corresponde a la imagen verdadera del Dios del Evangelio, como el gran liberador de la Historia. Esperamos de corazón que esta situación cambie y saludamos todo signo de evolución en este sentido, pues los cristianos no podemos aceptar como auténtico un humanismo volcado únicamente sobre las realidades terrenas, que no sepa abrirse a Dios. Por ello nos preocupa seriamente la posibilidad de llegar en Chile a un socialismo que, por ser marcadamente marxista, resulte también un socialismo activamente ateo. La historia nos da lecciones dolorosas al respecto: cada vez que el hombre ha intentado construir un paraíso sobre la tierra olvidando a Dios o desfigurando su imagen verdadera, termina, fatalmente, convirtiéndose en esclavo de nuevos y falsos dioses, como la técnica, la economía o el estado. En este peligro se incurre especialmente cada vez que el hombre cae en la tentación de adherir "a una ideología que no repose sobre una doctrina verdadera y orgánica, refugiarse en ella, como una explicación última y suficiente de todo, y construir así un nuevo ídolo del cual se acepta, a veces sin darse cuenta, el carácter totalitario y obligatorio". En el caso del marxismo, la experiencia de otros países así lo prueba: el socialismo de inspiración marxista ha conducido hasta ahora, efectivamente al reemplazo del Dios verdadero por un estado endiosado, por un estado omnipotente que no reconoce otra ley moral que la de sus propias conveniencias políticas y cuyo poder despótico ha pisoteado y ensangrentado la historia de muchos pueblos, violando derechos fundamentales de la persona, de la sociedad y de las iglesias.

El marxismo como "método científico"

37 — Muchos marxistas occidentales y muchos chilenos opinan, sin embargo, que los elementos de la cosmovisión marxista son secundarios y que el marxismo exige ser considerado —en primer lugar y fundamentalmente— como un método para analizar la historia y dirigir la acción del hombre en ella. No nos corresponde dirimir lo que en el marxismo sea esencial o accidental, pero quisiéramos decir algo sobre su método, que se atribuye "la pretensión de descifrar, bajo una forma científica, los resortes de la evolución de la sociedad" y que, de esta manera, hace aparecer al marxismo, al decir de Paulo VI, "bajo una forma más atenuada, más seductora para el espíritu moderno".

38 — En primer lugar, es necesario señalar que los análisis marxistas se reducen fundamentalmente al campo de la historia, de la sociología y de la economía, es decir, a ciencias pertenecientes a la categoría de las llamadas "ciencias sociales", cuyo grado de certeza o seguridad no puede, de ninguna manera, equipararse al de las otras ciencias denominadas "ciencias exactas" (la física, la química, etc.). En las ciencias sociales no cabe la posibilidad de comprobar mediante una experimentación repetida y controlada la verdad de sus "leyes".

39 — En el caso del marxismo, nadie puede negar la justeza de sus análisis con los que ciertamente ha enriquecido el pensamiento contemporáneo, por ejemplo, con muchos de sus aportes en cuanto a la crítica del capitalismo o en cuanto al condicionamiento económico de múltiples aspectos de la vida política, social y cultural. Pero, por otra parte, es necesario recordar que la misma historia ha demostrado como falsas muchas de las "leyes" que Marx señaló como científicas, necesarias e inevitables. En efecto, las revoluciones socialistas no se produjeron en ninguno de los países respecto de los cuales él las predijo sino, precisamente, en los que no cumplían con las condiciones

"científicas", señaladas por él como necesarias para la crisis del capitalismo.

40 — Además de lo anterior, es necesario señalar los peligros deshumanizantes a que se expone cualquier humanismo que pretende fundarse en un "método científico", es decir, que se apoye exclusivamente en las conclusiones de las llamadas ciencias humanas o ciencias sociales. Como lo dice Paulo VI "la necesidad metodológica y el a priori ideológico las conduce frecuentemente (a estas ciencias), a aislar, a través de las diversas actuaciones, ciertos aspectos del hombre y a darles, por tanto, una explicación que pretende ser global, o, por lo menos, una interpretación que querría ser totalizante desde un punto de vista puramente cuantitativo o fenomenológico. Esta reducción "científica" lleva consigo una pretensión peligrosa. Dar así privilegio a un determinado aspecto del análisis, es mutilar al hombre y, bajo las apariencias de un proceso científico, hacerse incapaz de comprenderlo en su totalidad". Es por eso que Paulo VI llama a tener gran cautela frente a la tendencia de las ciencias humanas a la "elaboración de modelos sociales que se querría imponer en seguida como tipos de conducta científicamente probados". A continuación veremos los efectos deshumanizantes y mutiladores que tiende a producir el método "científico" marxista y el modelo social en él inspirado.

Método marxista y ateísmo

41 — Debemos afirmar, en primer lugar, que sería sumamente superficial pensar —a base de la distinción entre el marxismo como filosofía y como método— que sus elementos deshumanizantes se reducen a su ateísmo y otros aspectos filosóficos. Por el contrario —y en oposición a la opinión comúnmente difundida— nos parece ser más bien a nivel de su método histórico que se produce, de hecho, el desacuerdo más abierto entre marxistas y cristianos.

42 — En efecto, la crítica que el marxismo hace del concepto de Dios, como ya lo dijéramos, ataca a un Dios que no es el nuestro y por lo mismo, confiamos en que alguna vez así se reconozca. Además, es posible que un ateísmo teórico se limite a permanecer en la esfera de las ideas sin repercutir realmente en la vida de quienes lo profesen. En tal caso, un ateísmo de este tipo indicaría una simple privación conceptual que no necesariamente corrompería los demás valores humanos de tal ateo teórico, quien en su vida real podría asumir actitudes morales muy coincidentes con las del cristiano: éste es el caso de los llamados "cristianos anónimos", cuya existencia ha sido reconocida por el Concilio. El método marxista, en cambio, nos parece conducir al hombre —directamente— a un ateísmo práctico vital, de tipo moral, que resulta mucho más grave.

43 — Aquí tocamos el problema fundamental del marxismo que se define, a la vez e indisolublemente, como materialismo y como método de análisis y de acción. Para el marxismo, el desarrollo de "las fuerzas materiales de producción" —es decir, de tecnología— y la situación de los hombres en las relaciones de producción y de propiedad —es decir, las clases sociales— no sólo condicionan sino que determinan la conciencia (Marx, en el prefacio de su "Crítica de la economía política").

"Nuestra moralidad —escribe Lenin, consecuente con esta lógica— está enteramente subordinada al interés del proletariado y las exigencias de la lucha de clases." Aquí, en la definición misma de su método, está el punto fundamental de discrepancia entre el marxismo y el cristianismo.

Con esto tocamos el problema del "economicismo" marxista, problema derivado de su materialismo y ateísmo filosóficos y que se nos presenta como íntimamente ligado a su método de análisis y de acción.

El "economicismo" práctico del método marxista

44 — En efecto, esta concepción absolutiza lo económico, tanto al interpretar la historia como al fijar los criterios prácticos que rigen la acción del hombre en ella. Todo método supone necesariamente ciertos principios doctrinales o intuiciones, clave que le sirve de fundamento.

Pues bien, la forma en que el marxismo interpreta la historia, parte de un principio que se erige en una especie de dogma básico; la causa última de todas las alienaciones, esclavitudes y desdichas del hombre y de la sociedad es de tipo económico. Por lo mismo, si a este nivel se sitúa el "pecado original" de los marxistas, necesariamente a ese mismo nivel tiene que enfocar el marxismo la "redención". Al conceder así "un valor primordial a algunos aspectos de la realidad con detrimento de otros", tiende a reducir la historia, el hombre y la sociedad, fundamentalmente, a una dimensión parcial y que nosotros no podemos aceptar como la más importante: la económica. Por ello, nos parece que el marxismo permanece, en la práctica (diga lo que diga su doctrina filosófica sobre el hombre y lo que pretenda su sincera buena intención), exactamente al mismo nivel "economicista" del capitalismo. Los diagnósticos de la realidad y las soluciones propuestas por uno y otro sistema, podrán aparecer exteriormente todo lo contrapuestos que se quiera, pero el nivel fundamental al cual se plantea el problema humano, continúa —en el hecho— siendo el mismo. En efecto, marxismo y capitalismo tienden a considerar al hombre primordialmente como "trabajador". Si bien ambos valoran en forma diferente el trabajo humano, es éste el aspecto esencial que interesa a los dos sistemas. Es cierto que el trabajo es una dimensión decisiva de la vida humana y todo cristiano está obligado a luchar para que se le reconozca la importancia y dignidad que merece.

Sin embargo, la dignidad del hombre va mucho más allá que la dignidad de su trabajo: se funda en su condición de persona y en su vocación a convertirse en hijo de Dios. Reducir toda su nobleza a su calidad de "trabajador" significa mutilarlo y ello conduce, en la práctica, a terminar valorando al hombre por lo que hace y no por lo que es, es decir, por su eficacia, lo que equivale a convertirlo en medio, en simple instrumento al servicio de fines económicos distintos del hombre mismo, de la persona del trabajador. Como cristianos, no podemos conformarnos —ni en uno ni en otro caso— con aceptar un humanismo de contenido tan pobre: no sólo por ser falso, sino, principalmente, por las graves consecuencias de orden moral que de él se derivan.

45 — En efecto, el marxismo no se limita a un "análisis" de la realidad: quiere ser una praxis, una teoría convertida en acción, destinada no sólo a interpretar el mundo sino, también, a transformarlo.

En esto constatamos, en primer lugar, un sano deseo de eficacia que constituye uno de los grandes méritos del marxismo y la causa de su gran popularidad en nuestro tiempo: el marxismo no se ha quedado en las solas palabras, sino que se ha mostrado capaz de transformar la vida de muchos pueblos, cambiando radicalmente sistemas económicos y estratificaciones sociales precedentes en búsqueda de formas más igualitarias de existencia. Pero esta misma voluntad de eficacia se convierte, por otro lado, y como consecuencia del economicismo práctico a que conduce su materialismo específico, en el punto que desgraciadamente más nos distancia.

46 — Para el marxismo, la praxis, la acción revolucionaria, la lucha por la liberación económica, no es sólo aplicación sino, al mismo tiempo, también fuente de su doctrina, es decir, criterio último de verdad y de valor; para el marxista es en medio de la lucha revolucionaria donde se determina, en último término, lo verdadero y lo bueno que viene a identificarse con aquello que —en la misma acción— se va revelando como útil para el avance de la revolución, para la aceleración de los cambios económicos que traerán la redención social, la felicidad absoluta. En la práctica, nos parece ver erigirse así cierto tipo de eficacia (y no el querer divino) en norma moral última de la acción. Ello implica una actitud vital de ateísmo práctico que abre la puerta a todo tipo de manipulaciones e instrumentalización de las personas. Así lo confirma la triste experiencia de diversos países socialistas, donde los derechos del hombre han sido muchas veces tan condenablemente conculcados como por los excesos abusivos de los países capitalistas. En aras de la eficacia económica y política se sacrifica la libertad de pensamiento y de prensa, se falsea la verdad, se encarcela a los intelectuales que se atreven a criticar al régimen, se oprime a los cristianos, se reprimen militarmente los intentos de democratización o las huelgas con que los obreros reclaman un justo mejoramiento económico. Según la filosofía marxista, el hombre continúa apareciendo como fin teórico de la historia, pero ello vale verdaderamente sólo en la sociedad ideal que se alcanzará en los últimos tiempos. Mientras tanto, durante el camino el fin práctico —es decir, la necesidad de avanzar en la revolución— justifica todos los medios, también la manipulación e

inmolación de las personas, convertidas ellas mismas en medios al servicio de este fin.

No existen métodos "inofensivos"

47 — La experiencia nos muestra, como una regla general, que nunca un "método" es algo puramente objetivo e inofensivo, sino que, necesariamente, acaba imponiendo un carácter, una mentalidad determinada, al que lo usa: lleva al hombre a terminar pensando según actúa. El ejemplo más claro al respecto es el del capitalismo. El capitalismo, —aunque inspirado en la ideología liberal— nunca se ha definido a sí mismo como una filosofía ni como un humanismo doctrinal, sino, simplemente, como un "método para producir" más y mejor, como un método lleno de buenas intenciones y promesas —porque hará ricos y felices a los hombres— y que todos pueden usar, independientemente de su religión o de sus ideologías.

Sin embargo, la historia ha mostrado, dolorosamente, hasta qué punto el uso de este "simple método de producción" ha logrado imponer a millones de hombres —se confiesen teóricamente cristianos o no— una misma mentalidad capitalista, con todo lo que ella implica, a un nivel puramente práctico, de valoración economicista, atea, antihumana y manipuladora del hombre y de la sociedad al servicio del capital. Exactamente en la misma situación nos parece que se encuentran quienes utilizan el método marxista de interpretación y acción histórica, es decir, en el serio peligro de llegar en la práctica —independientemente de lo que les diga su filosofía o humanismo teórico— a una visión igualmente economicista del hombre y a la consiguiente actitud manipuladora de él que de esta visión —quiérase o no— se desprende.

48 — Con todo lo anterior, no queremos negar el valor de algunos de los elementos de análisis y de acción del método marxista (que ya hemos mencionado) y que también los cristianos pueden utilizar, a condición de integrarlos en un contexto humanista más amplio, que los relativice, enriquezca y rectifique. Se trata aquí de una situación semejante a la del siquiatra cristiano, que puede utilizar elementos de diagnóstico o de tratamiento del sistema freudiano, cuidando, sí, de que ello no le conduzca ni a una mentalidad ni a una moral pansexualista (es decir obstaculizadora del sexo). El método marxista, tal como se utiliza en el marxismo, con ese exclusivismo, no le es lícito emplearlo a los cristianos que se sienten llamados a colaborar en la construcción común del socialismo chileno: la mentalidad absolutizadora de lo económico que tal método supone e imprime, aparece incompatible con el cristianismo y como destructiva del hombre. En esto vemos el riesgo más real de la mencionada colaboración con los marxistas, tanto para el país como para las personas: que el actuar juntos lleve a usar los mismos métodos y a contagiarse de una misma mentalidad práctica.

Efectos comunes del capitalismo y del socialismo marxista

49 — Ésta debe ser nuestra gran preocupación: el efecto real —vital y moral— que el empleo del método capitalista o marxista tiende a producir en el hombre y que, en el fondo, —si ambos métodos no son debidamente corregidos— viene a ser el mismo En los países socialistas es evidente que los desniveles sociales se han hecho menos agudos, pero, en último término, el hombre aparece en ellos, al igual que en el occidente capitalista, enteramente subordinado, aunque de otra manera, a las necesidades o conveniencias del proceso de producción, reducido a la condición de medio, masificado y privado de su dignidad y de su plena libertad de persona. En unos países es la propaganda masificante de la sociedad de consumo la que controla el pensamiento y las decisiones de las personas mediante la creación artificial de necesidades; en los otros es la propaganda ideológica la que se convierte en ley igualmente artificial falsa y masificante de las conciencias. En un caso se manipula al hombre para proporcionarle utilidad a unos pocos; en el otro se le esclaviza para acrecentar el poderío económico y político del estado Es por eso que las realizaciones concretas del socialismo marxista existentes hasta ahora no pueden ser aceptadas como una alternativa verdadera frente al capitalismo, ya que permanecen exactamente en el mismo plano materialista y economicista.

50 — Al respecto dice la asamblea del episcopado latinoamericano en Medellín: "El sistema capitalista y la tentación del sistema marxista parecieran agotar en nuestro continente las posibilidades de transformar las estructuras económicas. Ambos sistemas atentan contra la dignidad de la persona humana; pues uno tiende a consagrar la primacía del capital, su poder y su discriminatoria utilización en función del lucro; el otro, aunque ideológicamente sostenga un humanismo, mira más bien al hombre colectivo, y en la práctica se traduce en una concentración totalitaria del poder en el estado. Debemos denunciar que Latinoamérica se ve encerrada entre estas dos opciones y permanece dependiente de uno o de otro de los centros de poder que canalizan su economía".

En ambos casos, dichos poderes no refluyen en verdadera liberación, en personalización, en aumento de la iniciativa creadora, de la solidaridad interior y espontánea, del espíritu fraternal, de la alegría y la paz, es decir, no repercuten en humanización en el sentido pleno del "hombre nuevo" de que nos habla San Pablo. El paso de un sistema al otro trae, sin duda, grandes cambios económicos, pero el nivel de su humanismo permanece dentro de los límites estrechos y peligrosos de la mentalidad y de la moralidad que derivan de la definición de su método. Este juicio duro no significa que dudemos de la intención humanista de los marxistas: son los efectos reales a que ha conducido el empleo de su método en todos los países que lo han aplicado consecuentemente lo que nos lleva a ser tan críticos.

51 — En esto anhelamos un cambio profundo en el marxismo: deseamos que permanezca fiel a su declarado amor al hombre —que compartimos plenamente— y que no lo sacrifique en aras de la eficacia económica y política que busca su método. Si no tememos sinceramente que el esfuerzo por construir el socialismo en Chile corra el peligro de terminar, independientemente de los logros que pudieran obtenerse en el plano de la justicia económica— volviéndose contra el hombre en muchos aspectos de vital importancia.

Método marxista, partido único y estatismo totalitario

52 — Por último, debemos señalar que es esta voluntad de eficacia que inspira a su método la que conduce al marxismo tanto a negar el pluralismo y el pluripartidismo real como a caer en el peligro ya denunciado del estado omnipotente o "estatismo". En cuanto a lo primero, en todos los países socialistas de inspiración marxista, aun cuando en un principio hayan comenzado con sistemas pluripartidistas, se ha llegado al final, al menos prácticamente, a un régimen de partido único, lo que significa la muerte de la democracia, la imposición de un monopolitismo ideológico y el establecimiento de "la dictadura de los espíritus, la peor de todas", porque excluye toda posibilidad de oposición y, por lo mismo, de libertad de pensamiento y de expresión. La necesidad de eficacia exige —según la doctrina marxista-leninista clásica— el liderazgo de un partido único que opera como conciencia viva y organizada de la clase trabajadora y que, según las palabras de Pablo VI, "se considera —él solo— expresión y garantía del bien de todos, arrebatando a los individuos y a los otros grupos toda posibillidad de iniciativa y de elección" y, por lo mismo, de efectiva igualdad y participación. El partido único termina siendo también, en definitiva, el verdadero y único sujeto que aplica el método marxista de análisis y de acción. En efecto, el partido único es la norma política de la verdad y cualquier análisis o cualquier acción que se quieran "ortodoxos" deben ajustarse, necesariamente, a sus orientaciones supremas. El partido único, identificado con el estado, conduce a la correspondiente absolutización totalitaria de éste. Así, partido y estado, convertidos ambos en norma última de la verdad y del bien, terminan erigiéndose en dueños de la historia, reemplazando a Dios y exigiendo el total sometimiento de las conciencias.

53 — Después de todo lo dicho, vemos que, si es cierto que en el marxismo pueden distinguirse diversos niveles —entre otros, su filosofía y su método histórico— "estas distinciones no deben tender a considerar tales niveles como completamente separados e independientes", pues, como bien lo observa Pablo VI, "sería ilusorio y peligroso el llegar a olvidar el lazo íntimo que los une radicalmente, el aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con la ideología, el entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista, dejando de percibir el tipo de sociedad totalitaria y violenta

a la que conduce este proceso". A este respecto, es necesario advertir que son los mismos marxistas, interesados en obtener la mayor colaboración posible de los cristianos, quienes más se esfuerzan por minimizar esta relación íntima existente entre su doctrina y su método de análisis y de acción. También parece muy difícil —o "ilusorio y peligroso", como lo señala Pablo VI— que pueda separarse la doctrina y el método marxista de los efectos totalitarios y violentos a los que hasta ahora ha conducido sin excepción. Para ello sería necesaria una reforma y revisión a fondo de tesis fundamentales de dicha doctrina y método: no solo la tesis de su ateísmo sino, también, entre otras, la de la necesidad de la dictadura del proletariado como etapa de transición a la sociedad final y perfecta, la del rol del partido único, etc. Dichas tesis conducen necesariamente a nuevas formas de institucionalización de la violencia ideológica o política.

54 — Estos elementos desalentadores, comunes a todas las experiencias históricas del socialismo marxista, no nos permiten todavía predecir con certeza la influencia concreta que podrá tener el marxismo en el desarrollo definitivo del socialismo chileno. El temor de que termine conduciéndonos a la luz de su doctrina como de la experiencia de otros pueblos. Sin embargo, el caso chileno ofrece particularidades propias que podrían favorecer una evolución diferente. Ella dependerá, en gran parte, tanto del buen sentido y la madurez democrática de nuestro pueblo, como del esfuerzo de los cristianos y de la apertura y espíritu crítico de los mismos marxistas ante su propio sistema. Quiera Dios que así se puedan contrapesar los elementos deshumanizantes contenidos en el ateísmo, en el método materialista y en el estatismo totalitario a que tiende el marxismo.

La dificultad de la opción

55 — Nos parece ser esta presencia poderosa del marxismo en el proceso de construcción del socialismo chileno, lo que para los cristianos vuelve más compleja la opción ante él, ya que hace aparecer como bastante incierto su futuro. Los cristianos que anhelan la sustitución del capitalismo por algún modelo socialista, desearían —si dependiera de ellos— poder construir uno que ofreciera la certeza de ser un socialismo plenamente humanista, sin los factores deshumanizantes que hemos constatado en el marxismo. Hay quienes creen que esta posibilidad permanece abierta hacia el futuro. Otros constatan que las fuerzas que encabezan hoy en Chile la construcción del socialismo son mayoritariamente marxistas, pero piensan que no cabe entre nosotros otra forma de socialismo que la presente, que exige ser construida en colaboración con los marxistas, aceptando que sean ellos quienes dirijan el proceso. Sostienen que ninguna opción política concreta va a coincidir nunca con el evangelio ni con la redención plena y que, por lo mismo, los cristianos no pueden entregarse a soñar con posibilidades ideales, distintas a las que realmente se les ofrecen, sino que están obligados a decidirse críticamente por alguna de ellas y luchar por mejorarla desde dentro.

56 — Antes de optar por el socialismo y por la forma concreta de participar en su construcción, cada cristiano, cada grupo y cada partido, tiene que pesar tanto los aspectos positivos y negativos del socialismo en general como del que hoy se construye en Chile, preguntándose respecto de este último, si su inspiración marcadamente marxista permitirá realmente que se introduzcan en él todos los correctivos necesarios para asegurar su aplicación humanista. Cada cual debe tratar de precisar en conciencia el grado de los riesgos, juzgando las ventajas y los peligros, para determinar cuál de estos dos aspectos le parece que, por poseer mayor fuerza dinámica en el caso chileno, terminará imponiéndose al final.

57 — Evidentemente, como ya se ha dicho, la decisión de apoyar la construcción del socialismo en Chile —en caso de optar por esta posibilidad— no influye necesariamente en la opción por tal o cual grupo de partidos: también la función crítica, ejercida desde una oposición leal y constructiva, puede ser asumida como una forma de colaboración en ese sentido. Por otro lado, dado que Chile permanece un país libre y que puede, democráticamente, renunciar a sus decisiones ya tomadas, o precisarlas, emprendiendo más tarde otros caminos que los actuales, a nadie puede prohibírsele trabajar para que así suceda, si se siente llamado en conciencia a proponer otra vía más humana y más justa que la de un socialismo de marcada inspiración marxista.

IV LOS CRITERIOS PARA LA OPCIÓN

Recapitulación

58 — A esta altura conviene tal vez recapitular un poco todo lo dicho. En los números 20 y 21 hemos reconocido el derecho de cada cristiano de hacer su opción política libremente, en conciencia, y la posibilidad de que estas opciones —aun cuando todas estén inspiradas en el deseo común de ser fieles a un mismo evangelio— pueden ser diferentes. En el número 20 hemos visto el fundamento de estas posibles diferencias: los diversos juicios técnicos que los cristianos pueden emitir sobre un sistema determinado. Hemos dicho también —en el número 18 y en el 22— que ninguna opción se identifica plenamente con el evangelio, con el bien absoluto..

En todas hay ventajas y desventajas. Estas afirmaciones continúan valiendo después del examen que hemos hecho de los riesgos que involucra un socialismo de inspiración marxista. Si nos extendimos en analizar estos riesgos fue —como lo explicamos en los números 29 y 30— porque son más desconocidos para los chilenos. Pero ello no quiere decir que las otras opciones no tengan los suyos: los del capitalismo los conocemos bien y los hemos vuelto a mencionar en comparación con los del socialismo marxista; el principal riesgo de otras posibles alternativas consiste, precisamente, en que permanezcan sólo como "posibles", como ideales teóricos que nunca llegan a convertirse en realidad histórica.

59 — La pregunta que surge ahora es la siguiente: ¿hemos avanzado en algo? Nos parece que sí, porque los criterios para la opción se han ido clarificando. Tal vez lo más importante ha sido comprobar la semejanza de los efectos que tanto el capitalismo como el marxismo producen sobre el hombre. Uno y otro parecen conducir —en diferentes formas— a una misma mentalidad economicista, a una misma visión parcializada de la realidad humana, a una misma tendencia a manipular y masificar al hombre.

Ello nos muestra que los efectos inhumanos de un sistema no dependen principalmente del tipo de propiedad que el sistema propicia: hemos comprobado que, con propiedad privada o con propiedad colectiva de los bienes de producción, los riesgos tienden a ser semejantes. No es entonces el tipo de propiedad sino más bien la mentalidad economicista —que inspira tanto al capitalismo como al socialismo marxista— la que lleva a usar mal ya sea de la propiedad privada como de la colectiva. Con uno y otro sistema de propiedad pueden generarse estructuras sociales, políticas, y culturales que oprimen al hombre. Y éste no va a ser plenamente liberado por el simple hecho de pasar de las estructuras capitalistas a las socialistas: unas y otras —según sea el tipo de capitalismo o de socialismo— necesitan ser depuradas —en mayor o menor grado de los elementos deshumanizantes que las impregnan y de la mentalidad que los engendra. Mientras esta mentalidad —capitalista y marxista— no sea reemplazada por una auténtica mentalidad humanista, no puede esperarse ningún sistema "ideal", plenamente liberador. Esto vale también para otras alternativas o para modelos socialistas "no marxistas": si su novedad consistiera, primordialmente, en que pretenden armonizar cierto tipo de propiedad privada con ciertas formas de propiedad colectiva (estatales o no estatales), entonces tales soluciones no representan ningún progreso sustancial, mientras no impliquen, además, una superación efectiva de la mentalidad economicista que, si las impregna a ellas también, llevará a un uso inhumano de este nuevo sistema de propiedad, exactamente en la misma forma en que ha llevado al uso abusivo de los otros dos.

60 — En el plano de lo político, esta mentalidad capitalista o marxista también lleva a desfigurar el papel del estado en la vida social. A este respecto nos parece importante recordar lo que afirma Paulo VI en el sentido de que un ejercicio justo del poder político "no roba a los individuos y a los cuerpos intermedios su campo de actividades y sus responsabilidades propias, lo cual les induce a concurrir en la realización de este bien común."

En efecto, el objeto de toda intervención en materia social es ayudar a los miembros del cuerpo social y no destruirlos ni absorberlos. En las democracias capitalistas esta ayuda corre el peligro de ser poco eficaz; en los países socialistas tiende a convertirse en absorción total. En uno y en otro caso el ejercicio del poder político no se mide por el progreso del hombre sino por los in-

tereses egoístas de los múltiples o del único patrón.

61 — La apreciación de esta coincidencia en los efectos reales sobre el hombre a que conducen sistemas aparentemente tan opuestos, debería llevarnos a una superación de los dogmatismos ideológicos. Paulo VI denuncia enérgicamente y saluda el actual retroceso de las ideologías en el mundo como algo que "puede constituir un momento favorable para una apertura a la trascendencia del cristianismo" siempre que no implique "un deslizamiento más acentuado hacia un nuevo positivismo" absolutizador de la eficacia puramente técnica, lo que no sería sino una nueva manifestación de mentalidad economicista. En efecto, el mundo parece ir hacia sistemas más pragmáticos, en que "socialismo" y "capitalismo" son esquemas de simple referencia, y en que tanto las formas de participación como las estructuras de gobierno, la planificación y la vida económica se realizan cada vez más integrando elementos provenientes de sistemas diversos. Más que optar entre "sistemas rígidos", se trata de juzgar conforme a valores doctrinarios, opciones concretas y prácticas. América Latina parece marchar con su reloj atrasado en este proceso pues los dogmas ideológicos siguen imperando entre nosotros. Sin embargo, la realidad muestra cada vez más la semejanza de fondo de la mentalidad falsamente humanista que los inspira.

62 — Con esto, el sentido de la opción cambia bastante para los cristianos, pues ya no se trata de reemplazar unas estructuras cargadas de pecado por otras cuajadas de esperanza: tanto las estructuras capitalistas como las socialistas —en cuanto estén inspiradas por una mentalidad falsamente humanista— necesitan ser purificadas de los elementos de opresión que las manchan y el deber del cristiano —mientras no pueda crear otras mejores y más a su gusto— es el de decidirse por aquéllas que ofrezcan mayores posibilidades de ser humanizadas según el espíritu del Evangelio.

63 — Hasta aquí podría dar la impresión de que la iglesia trata de mantener cuidadosamente su neutralidad, criticando en forma equitativa a las diferentes opciones y sin atreverse a precisar con mayor claridad el grado concreto de resistencia que cada una de ellas ofrece a esta cruzada de humanización de cualquier tipo de estructuras a que se invita a los cristianos. Evidentemente, puede decirse cuáles son las opciones que objetivamente aparecen como más "duras" a una penetración cristiana: son las que más se acercan a los dos extremos, al capitalismo liberal clásico o a un socialismo marxista clásico. Frente a ellas los riesgos de que los cristianos fracasen en sus intentos de "colaboración humanizante" son evidentemente mayores pues estos dos extremos son los más endurecidos por su dogmatismo. (En el caso del marxismo se observa también independientemente de los valores y peligros de su contenido objetivo —una forma particular de "endurecimiento" de tipo más bien sicológico o subjetivo: en efecto, por ser el marxismo la fuerza hoy día en ascenso, está empapado de un triunfalismo mesiánico que tiende a imprimirle una actitud aun más dogmática e intransigente que la de otras ideologías actualmente en declinación y que ya han hecho entre nosotros la dura experiencia de sus limitaciones y fracasos). Pero esta afirmación no implica necesariamente que entonces deba preferirse otras vías teóricamente más "permeables" frente al Evangelio o más concordes con él: a veces pueden ser las empresas más arriesgadas las únicas factibles y con posibilidades de éxito. Por eso, la iglesia puede y debe decir dónde son mayores los riesgos pero no puede ni debe negarle a nadie el derecho a arriesgarse.

El riesgo político

64 — El riesgo es algo inherente a la vida humana. Es un derecho y un deber del hombre. Sin embargo, debe ser asumido responsablemente, bajo determinadas condiciones. En primer lugar, tiene que haber proporción entre lo que se arriesga y lo que se pretende alcanzar a través de dicho riesgo (en este sentido, nadie tiene derecho, por ejemplo, en atención a la pura expectativa de un mejoramiento económico, a asumir riesgos tan grandes, que pudieran significar un suicidio moral). En segundo lugar, es necesario que se conozcan exactamente los peligros objetivos del camino que se escoge y, por último, que se cuente con una capacidad subjetiva real de superarlos. En el plano profesional es plenamente reconocido este derecho a un "riesgo razonable", dentro de las condiciones recién fijadas (pensemos en el caso de los astronautas). Nada impide reconocer —bajo las mismas condiciones de prudencia— el derecho al riesgo político. La tarea de la iglesia en relación a este punto consiste, por un lado, en mostrar a los cristianos con objetividad los peligros de deshumanización a los cuales se exponen las diferentes opciones; y, por otro lado, en tratar de asegurar de la manera más intensa posible su fidelidad al Evangelio como fuente de vida, y, así, de energía humanizante. La medida en que un cristiano esté verdaderamente compenetrado del Evangelio y unido personalmente en forma vital y no solamente intelectual —a Jesucristo, como centro personalizante y liberador del universo, ésta misma será la medida de su capacidad para juzgar el grado en que puede arriesgarse razonablemente y, al mismo tiempo, la medida de su inmunidad ante los efectos deshumanizantes de la mentalidad capitalista o marxista.

65 — Tal vez sea conveniente observar que si hemos hablado tanto de riesgos y de peligros, no se trata en modo alguno de propiciar una actitud "timorata" o "a la defensiva" por parte de los cristianos. De ninguna manera: el cristiano debería ser, por definición, un hombre que ha vencido el miedo, ya que si su fe fuese verdaderamente viva, nada debería opacar la victoriosidad pascual de su esperanza. Sin embargo, ello en nada se opone a valorar responsablemente aquellos riesgos y peligros, que, de hecho, objetivamente, existen. Esto debe hacerlo cada cristiano muy en conciencia, precisamente para poder asumir después, con total valentía, la actitud que le parezca la más razonable: la de enfrentar con audacia los peligros que juzgue susceptibles de ser superados —por más grandes que ellos puedan ser— o la de rechazar —también con decisión valiente— aquellos caminos que le parezcan necesariamente condenados al fracaso.

66 — Si fuésemos plenamente objetivos, todos los cristianos podríamos tal vez llegar a coincidir en nuestro juicio de valor sobre las ventajas y los peligros de un modelo de capitalismo o de socialismo determinado. Ello no significaría, sin embargo, que todos tuviéramos que optar de la misma manera ante ellos: porque podemos diferir en la apreciación prudencial de las posibilidades reales que tiene el país de superar los riesgos objetivos que estos distintos caminos presentan o porque no todos se sienten, subjetivamente, con la vocación o con las fuerzas para intentar esa tarea.

Las condiciones para la opción política de los cristianos

67 — Más no puede decirse oficialmente en nombre de la iglesia, si es que realmente se desea respetar la libertad de los cristianos. Cada uno quisiera que ella apoyara oficialmente la opción que él ha escogido y tiende a acusarla de equilibrista si se presenta como neutral: pero esta neutralidad frente a la política partidista es el precio real de la libertad de cada uno. A todos y a cada uno de los cristianos de la iglesia pone, para escoger cualquier opción política, una misma y única condición: que esta opción política no signifique una traición sino la realización de su opción fundamental por el Evangelio. Esto exige tres cosas. Primero: que el cristiano, al optar por un sistema o partido político determinado, debe escoger aquél en que vea mayores posibilidades reales de luchar por abrirle paso en la historia de Chile a la fuerza liberadora de la Resurrección de Cristo. Segundo: que cada cristiano debe comprometerse a intensificar su vivencia del Evangelio para poder criticar permanentemente su opción a la luz de él, esforzándose por hacer fermentar todo lo noble que ella contenga en valores humanos y por contrarrestar con energía todo aquello que el Evangelio le señale en ella como factores o peligros deshumanizantes. Una opción puede ser tomada con la conciencia clara de que se trata solamente de la que parece "relativamente" mejor, pero luego, la necesidad táctica de defenderla en medio de la lucha política, conduce insensiblemente a "absolutizarla" y a perder la actitud crítica ante ella: por eso los cristianos deben permanecer vigilantes. Tercero: que cada uno conozca los riesgos de la opción que hace y los asuma de acuerdo a las condiciones establecidas en el número 64. Para que este riesgo no sea ingenuo, cada uno debe juzgar responsablemente la dinámica de los elementos negativos inherentes a su opción y saberse en posesión cierta de los recursos necesarios para neutralizarlos, de manera que, a la larga, sea él quien logre humanizar y fecundar su opción mediante el Evangelio y no su opción la que termine quebrando en él la fidelidad integral al Evangelio y al hombre.

Importancia de la independencia política de la iglesia

68 — A la luz de estas últimas afirmaciones comprendemos mejor el valor positivo de la independencia política de la iglesia, considerada en su conjunto como Pueblo de Dios. Aquí se trata no sólo de salvar la libertad de los cristianos y la fidelidad de la iglesia a su misión específica —que se sitúa en un plano más profundo que el de la política partidista— sino, también, de asegurar —a partir de ese plano— su ayuda eficaz a todos los grupos políticos en que militan los cristianos. En efecto, concentrándose en su tarea de proclamar con fidelidad y pureza los auténticos valores humanos del Evangelio, la iglesia proporciona a todos sus miembros el fermento necesario para que cada cual pueda fecundar desde dentro su opción respectiva. En cada una de ellas existen semillas de Resurrección. Pues bien, la iglesia no quiere que se pierda ninguna de las energías liberadoras que palpitan en la humanidad, como tampoco quisiera dejar ningún elemento de opresión y pecado sin combatir. A través de los cristianos presentes en diversos partidos, ella puede estimular lo positivo y humanizante de tales posturas políticas y ofrecer, a la vez, en dichos frentes, una voz interna de denuncia ante cualquier peligro de manipulación del hombre, de injusticia, de deformación de la verdad.

Los responsables de la pastoral ante la política

69 — La necesidad de servir al esfuerzo simultáneo de todos los cristianos, por hacer vida el Evangelio desde el seno de cualquiera de las posiciones políticas legítimas impide a quienes, por razón de su cargo, aparezcan como representantes oficiales de la iglesia, abanderizarse públicamente con un grupo o partido determinado. En esta situación se encuentran no solo los ministros de la iglesia —obispos, sacerdotes y diáconos— sino también los religiosos y laicos que ocupen un puesto directivo en la pastoral. En lo que toca a los laicos, esta limitación se refiere, evidentemente, sólo a los actos que realicen en el desempeño de su cargo pastoral: no tienen derecho a usar de la autoridad moral que éste les da para favorecer posiciones partidistas. A título personal, sin embargo, todas las personas a que nos hemos referido gozan de la misma libertad en materia política que cualquier otro cristiano. Pero en su condición de pastores (o de encargados de la acción pastoral) no deben aparecer con otra preocupación que la de permanecer abiertos a todos: para poder entregar a cada uno ese mismo evangelio que fecunda las luchas de todos en el sentido de Cristo y del hombre. La apertura real de sus jefes hacia militantes de diversos partidos es el mejor índice de que la iglesia, en cuanto iglesia, permanece en su terreno propio, el del evangelio, donde el diálogo —por lo menos en lo que depende de la iglesia— debería ser siempre posible con todos. Esto no significa que las personas mencionadas renunciemos al compromiso real con la vida del país. No: renunciamos al compromiso público con un partido o sistema determinado para poder comprometernos más hondamente con todos los grupos que sinceramente trabajan para construir un Chile mejor. Pero nos comprometemos según el modelo de Cristo y al nivel de su evangelio.

70 — Así creemos también capacitar mejor a la iglesia para prestar un servicio único y de gran importancia para el momento que vivimos: el servicio de la unidad, el del diálogo. Los grandes obstáculos que Chile deberá superar para vencer el subdesarrollo exigen la colaboración generosa de todos. Pero en nuestro ambiente politizado se hace enormemente difícil discernir y acceder a lo que pide el bien común cuando sus exigencias nos son presentadas por rivales políticos. Si los cristianos lograran hacer realmente del evangelio un lazo, una fuerza y una meta común más poderosa que las diferencias que los separan en otros planos, entonces deberían ser ellos los que más se esforzaran, desde su tienda política, por respetar o escuchar a los que militan en otras, no absolutizando de tal manera la posición propia, que se vuelvan ciegos ante los signos que pudieran estar manifestando llamados de Cristo liberador a través de proposiciones o planes del grupo contrario. Sin este respeto al pluralismo político —en base al compromiso común con el evangelio, como único absoluto, y a la independencia partidista de sus pastores— la iglesia no podrá cumplir en nuestra patria su tarea de sacramento de la unidad, y el Chile solidario con que soñamos nunca amanecerá, mientras dentro de los cristianos —que deberíamos ser su fermento— existan aun grupos que se erijan a sí mismos en absolutos y, por lo tanto, en condenadores y opresores de los demás.

71 — En cuanto a los religiosos, es necesario observar que cada vez son más numerosos los que trabajan en tareas de promoción humana, de suyo independientes de la acción pastoral oficial de la iglesia. Sin embargo, aun en medio de dichas labores, la situación de los religiosos no puede equipararse a la de los laicos, ya que el sentido de su presencia en esos ambientes es otro: el de dar, en primer lugar, testimonio del espíritu de las bienaventuranzas. Por eso también allí deben cuidar los religiosos que un compromiso político de tipo partidista no oscurezca la claridad del sentido más hondo de su vocación.

V LA TAREA COMÚN: LUCHAR POR LOS VALORES CRISTIANOS

El Dios del evangelio y los valores humanos

72 — Los cristianos, sea cual sea su opción política, se sienten unidos en una tarea común más profunda: la de humanizar a todas las opciones legítimas, a todos los tipos de estructuras y a todos los hombres mediante la fuerza liberadora del evangelio de Jesucristo, para que surja un mundo más humano y, también, más que humano. La fecundidad de esta tarea dependerá de la fidelidad de cada uno al evangelio, significa, en primer lugar, fidelidad a Dios: por creer en él, por amarlo y adorarlo, por hacerlo presente en todos los dominios de la vida y las estructuras del mundo, también en las de la política y la economía. Dios no es un "elemento religioso" para uso exclusivamente privado en el culto y en el templo: él es fuente y fundamento último y, a la vez, plenificador de todo cuanto existe, en especial del hombre y de la sociedad. Sólo ajustándonos a su sabia y amorosa voluntad podemos encontrar —en cualquier orden de cosas— la plenitud de la vida que todos buscamos y a la cual él nos tiene destinados y nos conduce.

73 — El ateísmo moderno (y con él el marxismo) rechazan muchas veces una falsa imagen de Dios en quien temen encontrar un rival del hombre o un argumento para su explotación. Piensan que la afirmación de un absoluto fuera del hombre se traduce necesariamente en alienación de éste, en debilitamiento de su dignidad propia o del valor de su acción en la historia. El Dios del evangelio, sin embargo, entra precisamente en la historia como liberador del hombre y para afirmar su dignidad como jamás nadie lo habría osado: proclamando solemnemente que el hombre bien vale la muerte y la sangre de Dios. A Dios no hay necesidad de matarlo para liberar al hombre: él ya murió voluntariamente por esta causa. Para que nadie jamás se sintiera con derecho a mediatizar o instrumentalizar su valiosísima criatura, quiso él mismo convertirse en medio e instrumento para la liberación integral del hombre.

74 — Es también Dios quien llama al hombre a participar en la historia, a construirla juntos, colaborando en estrecha alianza. Dios es padre, pero no paternalista. Él llama a los hombres a ser sus hijos, pero hijos libres y responsables que trabajen junto a él para convertir el mundo —mediante la acción sobre los demás hombres y sobre las estructuras culturales, sociales, políticas y económicas— en verdadero hogar y casa paterna de todos. Es su providencia la que ha trazado el proyecto y la que abre los caminos. Es Dios mismo quien, en cada instante, suscita la libertad del hombre y le regala las energías necesarias para acometer esta obra. Es él, finalmente, como señor de la historia, quien en último término tiene en sus manos el timón de los acontecimientos, y quien corona de fecundidad cada esfuerzo desinteresado y noble, así como un día coronará la historia entera sumergiéndola para siempre en la plenitud de la resurrección de Cristo.

75 — La historia de Chile se irá haciendo verdaderamente una historia de liberación, en la medida en que se desarrolle en el sentido querido por Dios. Ello exige hombres que no sólo anuncien a este Dios liberador de la historia sino que, realmente, forjen historia con él. Para ello deben existir, en los diversos partidos políticos y en todos los centros donde se decide la vida nacional, hombres que permanezcan en estrecho contacto con Dios, a través de un continuo diálogo personal con él, y que sepan, así, reconocer sus voces y sus planes y abrir-

se a la fecunda energía de su amor. Sin hombres de Dios, sin santos, ninguna historia puede convertirse en historia de salvación; sólo los santos son capaces de santificar verdaderamente —es decir, de impregnar de la prseencia liberadora de Dios— las estructuras sociales.

La imagen cristalina del hombre

76 — La opción por el Dios del evangelio se convierte, necesariamente, en opción por el hombre del evangelio. Al escoger un sistema político o socio-económico determinado. Los cristianos debemos comprometernos a luchar para que ese sistema permita no solamente profesar nuestra fe en Dios sino, también, vivir efectivamente conforme a la dignidad y a la libertad a que todos los hombres tenemos derecho según nuestra vocación de personas y de hijos de Dios.

77 — Para los cristianos, nuestra vocación de hijos de Dios representa la culminación del ideal de la personalidad libre: porque ser libre equivale a poder sentirse en el mundo y en la sociedad humana tan a sus anchas como en la casa del propio padre. Es el hijo —y no el emancipado— la verdadera antitesis del esclavo. El esclavo emancipado —llámese el intento de emancipación ateísmo o como se quiera— ha cortado ciertas cadenas exteriores, pero no necesariamente ha cambiado su corazón de esclavo y permanece, por lo mismo, en peligro permanente de volver a caer en poder de nuevos amos —de la máquina, de la economía del estado— o de convertirse, a su vez, en esclavizador de los otros. El hijo de Dios, por el contrario, es el hombre integralmente libre: libre en su corazón y con derecho a vivir también en un ambiente social de auténtica libertad, a cuya construcción él se siente especialmente llamado.

78 — Por eso los cristianos tenemos el grave deber de convertir a Chile —mediante la transformación de sus hombres y estructuras— en verdadero hogar de todos. Cada chileno tiene derecho a participar efectivamente en los bienes y en todas las actividades de la gran familia que somos y la obligación de compartir también con los otros los sacrificios que impone la construcción de la casa común. Nadie puede acaparar para sí los bienes que el padre ha entregado para uso de todos sus hijos, descargando sobre los otros el peso de los sacrificios. Debemos ser solidarios, pero recordando que es la casa para los hijos y no los hijos para la casa. No es legítimo —con el fin de acelerar la edificación del país— convertir a ningún hijo en esclavo. Ninguno puede ser instrumentalizado. A cada uno debe reconocérsele siempre el derecho inalienable a la libertad de pensamiento y de crítica, y el respeto necesario para poder hacer a la comunidad el aporte irremplazable de su riqueza subjetiva. Nadie puede ser marginado; nadie puede ser tampoco injustamente presionado por medios económicos o ideológicos; al impedir la participación real de todos —independientemente de los derechos teóricos que conceden las leyes o las ideologías— en los diferentes aspectos de la vida nacional, se destruye la sociedad, la familia, y se aliena al hombre, quien comienza a sentirse extraño donde —como hijo de Dios— tiene derecho a sentirse en casa.

79 — La opción por el hombre del evangelio nos obliga a optar también por la imagen evangélica de la sociedad. Como cristianos, no podemos aceptar un sistema socioeconómico sino en cuanto nos parece capaz de llegar a crear las condiciones que permitan alcanzar una sociedad que sea realmente esa familia, esa comunidad de hermanos, donde cada uno pueda vivir conforme a la dignidad y libertad de los hijos de Dios. Esta fraternidad universal ha sido y permanecerá siempre el gran anhelo de la humanidad. Nosotros pensamos que su posibilidad depende de la fidelidad a la imagen del Dios y del hombre del evangelio: porque solamente quienes se sientan hijos de un padre común lograrán reconocerse como auténticos hermanos. La proclamación de una fraternidad autónoma implica una negación de las leyes mismas de la naturaleza. Sin la conciencia de poseer origen y fin comunes en un mismo y superior centro personal, aun los más nobles vínculos de amistad que puedan atar a los hombres, estarán permanentemente expuestos al peligro de despersonalizarse, de deshumanizarse, de fracasar en su búsqueda de fraternidad verdadera.

80 — Esa es la tragedia que palpamos en los países capitalistas y socialistas: en unos y otros, la orientación materialista de la vida termina conduciendo a una solidaridad fría, a una solidaridad utilitarista y planificada, fundada exclusivamente en la eficacia, en la valoración del otro según su capacidad para producir utilidades o poder político. Es una solidaridad de técnicos, de productores, de militantes, pero no siempre una solidaridad de personas. Por eso las personas caen a menudo sacrificadas a los intereses económicos y políticos del grupo. Por eso también —y paradojalmente— en nuestras sociedades modernas, sean del corte que sean, el hombre, colectivizado, reducido a la calidad de tornillo o de átomo en la masa, sufre —en medio de las anónimas multitudes urbanas— la opresión de una profunda y nueva soledad interior: en aras de una solidaridad puramente externa, se ha matado el amor. Y conviene recordar que el progreso, la justicia y la solidaridad sin amor son inhumanos.

81 — En la comunidad fraternal que nos propone el evangelio —y cuya célula básica y ejemplar es la familia— Dios, como padre común, aparece no sólo salvando el derecho a la libertad y a la participación de cada uno de sus hijos sino, también, el carácter humano y personal de los vínculos que unen al grupo entero. El evangelio de Jesús resucitado aparece así como fuente, norma y garantía de liberación, humana y personalizante, para el hombre y la sociedad. Es tarea de los cristianos —que en la mesa de su padre se alimentan con el pan de la unidad— impregnar de verdadera solidaridad fraternal las futuras estructuras sociales de Chile. Ello será posible en la medida que seamos realmente hermanos entre nosotros. Si el amor de Jesucristo en la eucaristía no nos basta para aceptar y respetar a quienes —dentro de la misma iglesia— han escogido opciones políticas diferentes, entonces jamás lograremos superar nuestros dogmatismos partidistas y crear una sociedad que sea hogar de todos.

El compromiso de los cristianos con la vida nacional

82 — Al precisar, en sus líneas más esenciales, cuál es la imagen de Dios, del hombre y de la sociedad que nos presenta el evangelio, lo que hemos querido es recordar cuáles son los valores que los cristianos consideramos como auténticamente humanos, como realmente personalizantes de la vida del hombre y de la sociedad y, por lo mismo, como verdaderos valores de liberación y solidaridad. La encarnación, la promoción y la defensa de estos valores es tarea común de todos. Podemos discrepar acerca de los caminos más adecuados para luchar por su realización —y por eso los cristianos tienen libertad para su opción política— pero, si realmente hemos optado por el evangelio de Jesucristo resucitado, estamos obligados a coincidir en la imagen de Dios, del hombre y de la sociedad que de él se desprenden. Diferimos en los caminos pero no en la meta. "Lo que une, en efecto, a los fieles es más fuerte que lo que los separa". Y es de máxima importancia subrayar esta coincidencia en lo fundamental: así no solamente se facilitará el diálogo intraeclesial de los cristianos que militan en partidos diferentes —y que podrían sentirse unidos en lo esencial, más allá de sus diferencias— sino que, también, se hará más eficaz el servicio común a la vida nacional.

83 — La lucha por los valores señalados al hablar de nuestra imagen común de Dios, del hombre y de la sociedad, no quiere llevarse a cabo en un plano puramente "moralista" o "privatista", en el sentido de que cada cristiano se preocupe de tenerlos en cuenta en su vida moral y privada. En los números 7, 8 y 9 hemos hablado de "estructuras de pecado", de estructuras impregnadas de fuerzas deshumanizantes o despersonalizantes. Pues bien, la lucha común de los cristianos por los valores del evangelio, debe ser una lucha por vivirlos personalmente, por ayudar a que todos los hagan propios, pero, también, por oponerse juntos a todo lo que se revele como estructuras de deshumanización o despersonalización. Y, en relación con esta misión común, la militancia en partidos políticos diversos, más que como dificultad, puede ser considerada como una gran ventaja.

84 — En efecto, la vida nacional no se forja totalmente en el seno de ningún partido político, sino más bien en organismos donde concurren representantes de todas las corrientes, como deben ser los organismos de gobierno (ministerios, tribunales, congreso) o administrativos, los centros de planificación y, especialmente, aquellos que se denominan "estructuras intermedias" y que "constituyen la trama vital de la sociedad": los sindicatos, institutos de educación, escuelas, juntas de vecinos, centros de madres, organizaciones culturales, etc. Es en todos estos lugares donde se decide "la ex-

presión real de la libertad y de la solidaridad de los ciudadanos" y, por lo mismo, el tipo de hombre y de sociedad que se está propiciando. Por eso, es donde los cristianos deben unirse e nla lucha por los valores humanizantes y personalizantes ya señalados.

85 — Mientras en Chile haya pobres, mientras haya gente que sufre, hombres oprimidos y marginados, mientras subsistan las discriminaciones y las violencias de cualquier tipo, mientras se siga midiendo a las personas con criterios de eficacia económica o política, mientras la igualdad y la participación no sean reales en todos los campos de la vida nacional, los cristianos no podemos permitirnos ni el descanso ni las desuniones en aquello que toca a lo esencial de nuestra misión. Es deber de los cristianos, en todas las instituciones u organismos donde se encuentren, el de tenderse la mano, el de juntar sus fuerzas y unir sus voces, cada vez que se trate de impulsar o de defender lo más vital e íntimo, lo que nos interesa en común sobre cualquier partidismo: los valores de auténtica liberación y solidaridad humanas, cuya última norma es para nosotros el evangelio de Jesucristo resucitado. Evidentemente, en esta tarea nos sentimos también unidos con todos los hombres que luchen por idénticos valores, aun cuando ellos no reconozcan esa relación esencial que todo lo verdaderamente humano tiene con el evangelio.

86 — Por ello es también un deber de los cristianos la participación activa —en la medida de las fuerzas y de la vocación de cada uno— en todos los organismos más arriba señalados. Sin ese compromiso real por la vida nacional, su compromiso con los valores del evangelio permanece teórico o parcial, reducido solamente al ámbito de su vida moral privada, y la fuerza liberadora de la Pascua de Cristo no puede irrumpir en la vida social como para convertirse, verdaderamente, en Pascua, en liberación de la historia.

87 — Por otro lado, es evidente que, para alcanzar este efecto, el compromiso político y social debe nacer del evangelio y orientarse permanente y vitalmente por él. A la iglesia no le interesa el compromiso liberador. Y el de los cristianos va a ser tal en la medida en que estén vitalmente penetrados del evangelio y de sus valores de liberación y solidaridad, en la medida en que su intimidad con Jesucristo anunció y en que día a día luchen por encarnarlas en sí mismos, para poder así, más sincera y eficazmente —ya que nadie puede dar lo que no tiene— proclamarlas a otros, imprimirlas en las estructuras que condicionan la vida nacional. Por eso, la iglesia, respetando la diferente opción política de cada uno, pone a todos los cristianos esta común y doble exigencia: que conozcan y vivan el evangelio y que se comprometan con la vida real del país, para orientarla según los valores del hombre y de la sociedad que resplandecen en el evangelio. Ésa es la tarea en que todos debemos estar unidos. Si somos fieles a ella, no obstante la militancia política diferente, la iglesia cumplirá en Chile su misión de sacramento de la unidad y de sacramento de salvación.

La Iglesia ante el gobierno

88 — Como pueblo de Dios, la iglesia siempre ha sido respetuosa y ha estado dispuesta a colaborar con el gobierno legítimamente constituido a quien la providencia de Dios, actuante en la historia, ha entregado por un período determinado la responsabilidad de dirigir la marcha del país. El sentido de este respeto y de esta colaboración ha quedado ya suficientemente expresado. La iglesia, al no comprometerse oficialmente con ningún partido político, considera como su aporte propio a la construcción del país el servicio de estimular y apoyar con su evangelio todo cuanto en la vida nacional vaya en la línea de una verdadera liberación humana, y de oponerse, por otro lado, a lo que, a la luz de ese mismo evangelio, se revela como fuerza de esclavitud. Este apoyo y esta denuncia los prestará la iglesia, normalmente, a través de cada cristiano, desde dentro de las distintas opciones e instituciones sociales y políticas lo que no significa renunciar al derecho de hablar también oficialmente cuando la gravedad de algún hecho —que ponga en peligro el bien común y los valores humanos esenciales al evangelio— así lo exija. La iglesia prestará, mediante su fidelidad al evangelio, el servicio de la unidad, el del diálogo, el de la apertura sincera a todos y por eso ella lo ofrece, en primer lugar, al gobierno, quien por razón de su cargo, está también llamado a ser eje de la unidad del país y servidor del progreso de todos.

89 — Para todas nuestras autoridades legítimas —compartan o no nuestra fe del evangelio— pedimos en nuestras oraciones la luz y la fuerza de Dios, de manera que, a través de sus decisiones políticas y administrativas, puedan abrir paso a la energía liberadora de Cristo, que busca hacerse real —ahora, en 1971— para todos y cada uno de los chilenos.

Quiera la Virgen del Carmen, como madre del pueblo de Chile, y de acuerdo al carisma que Dios le ha confiado en la historia, hacernos cada vez más familia, más hijos de Dios, y más hermanos en esta tierra de Dios. Que ella, como estrella de la patria, conduzca a Chile hacia el sol de Jesús resucitado.

REFLEXIONES SOBRE EL DOCUMENTO DE TRABAJO

COMPARTIENDO la preocupación de nuestros obispos por estimular la reflexión sobre el compromiso político de los cristianos, nos hemos reunido a estudiar el Documento de Trabajo recientemente elaborado por la Comisión Pastoral. Con este texto queremos dar cuenta de los resultados de nuestra común reflexión.

Para evitar las interpretaciones a que dió origen nuestra entrevista de prensa sobre "Los cristianos y la construcción del socialismo" y que motivaron la declaración episcopal del mismo mes de abril, creemos oportuno declarar de antemano que los sacerdotes que elaboramos la presente carta nos reunimos por motivos de legítima amistad y de afinidad de tareas y criterios pastorales. Con ello no pretendemos ni menospreciar a otros hermanos, ni constituir una asociación o grupo separatista, ni mucho menos imponer a alguien nuestros puntos de vista. Al señalar el resultado de nuestras reflexiones acerca de los aspectos particularmente positivos, ambiguos o discutibles del documento pensamos hacer nuestro aporte a la reflexión común de la iglesia chilena, en comunión con nuestros obispos.

En primer lugar deseamos señalar diversos aspectos del documento que nos parecen altamente positivos. No creemos necesario señalar aquí todos estos aspectos positivos, sólo recalcaremos los más importantes.

Como aparece en el primer capítulo, la intención primordial del documento es insistir en la urgencia del llamado de Dios a constituir un pueblo profundamente comprometido con la historia, con su sentido y avance real. En el pueblo que lucha por su liberación está presente y actuante el Señor de la historia. Nuestra vocación es la obediencia a este pueblo con su Señor.

El carácter de "Documento de Trabajo" nos parece muy apropiado. Las orientaciones dadas por el Episcopado no se imponen en forma autoritaria. Se presenta un instrumento de trabajo para la reflexión de los creyentes, con gran respeto por la libertad de conciencia de cada cual.

Compartimos la convicción de que el evangelio es una exigencia de liberación integral. La intención del documento es hacer sentir que el cristianismo tiene un aporte propio, el Evangelio que ha recibido gratuitamente. Si el Evangelio no lleva a los cristianos a comprometerse a la liberación socio-política de nuestro pueblo, la iglesia cometería un grave pecado de infidelidad a su misión. Esta urgencia coloca al cristiano ante la disyuntiva: optar concretamente en pro de los cambios urgentes y profundos que la justicia exige o bien ser infiel al Evangelio de Cristo, y por consiguiente al hombre y a Dios.

En el Documento de Trabajo se reivindica la libertad de la iglesia. Como portadora del Evangelio de Cristo, la iglesia no acepta ser utilizada o instrumentalizada por partidos políticos. Tampoco pretende, en virtud del Evan-

gelio, imponer a la sociedad estructuras o sistemas sociales sino que reconoce la autonomía de lo temporal.

Sin embargo, creemos que es nuestro deber —y también nuestro aporte— señalar algunos aspectos del Documento de Trabajo que nos parecen débiles y que en cierta medida malogran las intenciones de los obispos, es decir, responder "a las exigencias de compromiso lúcido y responsable, y por lo mismo, de claridad doctrinal, que las actuales circunstancias de la vida nacional reclaman de los católicos" (Presentación del Documento).

En el documento hay un desconocimiento de lo que las ciencias sociales dicen sobre el capitalismo y el socialismo. También se ignora la historia y evolución del movimiento obrero y político de la izquierda chilena estrechamente relacionados al marxismo desde hace varias décadas. A nuestro modo de ver esto tiende a situar en un plano abstracto e irreal la reflexión sobre la opción política de los cristianos cuya libertad se desea sinceramente respetar. Este tipo de reflexión no corresponde con la perspectiva histórica asumida en Medellín. A pesar de todo, el documento de hecho inclina, y sin duda más allá de las intenciones de los obispos, a optar por una posición política de oposición.

En primer lugar trataremos de mostrar que los fundamentos científicos e históricos en que se basa el documento son insuficientes para aclarar la opción política de los cristianos. Luego reflexionaremos sobre la imagen y misión de la iglesia, su opción política e ideológica. Por último señalaremos las exigencias que sentimos nos impone el Evangelio liberador de Jesucristo.

ANÁLISIS INADECUADO DEL PROCESO HISTÓRICO DE CHILE

Es necesario tener en cuenta el pensamiento predominante de las ciencias sociales sobre el capitalismo de los países latinoamericanos y por lo tanto de Chile. Hay que partir del hecho del subdesarrollo que todos experimentamos pero que afecta más dolorosamente al pueblo. El subdesarrollo es un proceso social global cuya dinámica es de franco deterioro en relación a la de continuo progreso de los países occidentales desarrollados. Hay que reconocer también la dependencia externa de nuestras economías del sistema capitalista mundial con base en Estados Unidos y Europa Occidental, que extiende también su dominación imperialista al plano político, cultural y militar. Este capitalismo penetra hoy en los países latinoamericanos, apoyado por las burguesías dominantes de cada país, bajo la nueva forma de conglomerados multinacionales. El poder efectivo de estos conglomerados es a menudo más grande que el de los gobiernos nacionales, y le permite transferir desde América Latina hacia los países capitalistas centrales gran parte del excedente económico generado en el proceso de industrialización, cuyo desarrollo es aún más dinámico que el de los tradicionales monopolios extractivos de compañías extranjeras. Además se crean internamente en cada país condiciones estructurales que impiden un crecimiento económico acelerado sin desequilibrios. También se manifiesta una desigualdad creciente de la distribución de los ingresos, con sus secuelas de hambre, analfabetismo y sufrimiento. Todo esto da origen a tensiones sociales y políticas en aumento en todo el continente y surgen grupos revolucionarios que tratan de subvertir los regímenes vigentes, que recurren más y más a la fuerza y al uso de prácticas represivas que permiten mantener el poder de los grupos dominantes y hacen ilusoria la democracia que proclaman.

Basta que se acepte, al menos en parte, este diagnóstico para que resulte evidente la forma inadecuada en que el Documento de Trabajo trata el capitalismo. Esto por varias razones. En primer lugar, por un enfoque meramente moralista del capitalismo que se limita a condenar en general sus injusticias y abusos sociales (18, 24, 26, 31, etcétera) y a denunciar su mentalidad economicista (44, 47, 49 y 59). Esto impide realizar un análisis en profundidad de sus dimensiones estructurales y de su dinámica generadora de subdesarrollo que perpetúan y aún aumentan las injusticias. Tampoco se advierten las desviaciones fascistas y totalitarias muy reales en América Latina donde las libertades civiles y personales, y aún las religiosas, son conculcadas abiertamente por regímenes que distan de ser democráticos. En este sentido el documento es un claro retroceso con respecto a Medellín, ya que en sus conclusiones se señalan el colonialismo interno, el imperialismo internacional del dinero, el neocolonialismo externo, las tensiones entre clases, el uso de la fuerza por parte de los sectores dominantes, las estructuras culturales que pueden ser opresoras, etcétera. (Cf. Medellín II y IV.) Además no nos parece válida la excusa para no analizar los riesgos del capitalismo: "Los riesgos del capitalismo los conocemos bien" (58) y decir que ya han sido tratados antes por los obispos (16). Por una parte hay

una gran ignorancia sobre las injusticias estructural e histórica que sufre el pueblo. Por otra parte, el proceso chileno tiene que ser analizado continuamente y en forma lo más objetiva posible por los obispos. Sin duda la experiencia reformista del gobierno demócratacristiano y la evolución del capitalismo en este período de transición hacia el socialismo merecerían de por sí un nuevo análisis antes de tratar el problema de la opción política concreta. Esto resulta aún más necesario ya que el documento plantea que ambas opciones —por el capitalismo o por el socialismo— son posibilidades abiertas para los cristianos.

En segundo lugar, el enfoque del capitalismo es abstracto y altamente a-histórico. Parece ignorarse que en Chile aún estamos en una estructura capitalista y una cultura burguesa. Por ello es una abstracción considerar que el cristiano podría optar por el capitalismo o por el socialismo marxista (18, 59). Ambas opciones estarían teñidas de un mismo nivel de "economicismo", pero con la diferencia que los riesgos que implica la opción por el capitalismo son ya "bien conocidos" y apenas se mencionan (y siempre en una perspectiva moral que cae en el idealismo), mientras que los riesgos del "marxismo" se detallan abundantemente a partir de las experiencias del socialismo extranjero. Se infiere que la opción debería hacerse desde principios abstractos hacia la historia. Pero el cristiano, como todo hombre, está inserto en la historia y la construye en una u otra dirección, es decir, el cristiano ya ha optado por uno u otro proyecto histórico desde que es hombre. Nadie opta desde el vacío, pues siempre se opta desde una experiencia histórica y desde una opción ya tomada.

El enfoque a-histórico del Documento de Trabajo no da cabida al movimiento obrero chileno, cuyas luchas se inician desde mediados del siglo pasado. Estas luchas significan importantes conquistas sociales que se han logrado en forma mucho más democrática que la demostrada por los gobiernos que reprimieron duramente a la clase trabajadora. Recordemos cómo se persiguió, se relegó o se encarceló a los dirigentes de los trabajadores. Se suprimieron sus derechos paradojalmente para defender la "democracia". Por lo demás hay que mencionar que el marxismo comenzó a influir efectivamente en este movimiento sólo en la segunda década de este siglo, cuando ya estaba relativamente constituido y maduro por lo menos en ciertos gremios. El movimiento del proletariado no ha tenido actitudes sectarias contra la religión a pesar de que sufrió la indiferencia práctica de la iglesia. Los partidos católicos o de inspiración cristiana tendieron en general, aunque sin mayor éxito, a crear organizaciones paralelas pretendiendo romper en la práctica la unidad de la clase trabajadora duramente explotada por el capitalismo. No basta declarar que la iglesia se consagra al "servicio preferente" de los pobres (14). Cremos que este servicio debe realizarse concretamente y en forma preferente hacia el proletariado que lucha por sacar a sus hermanos de la explotación.

Según el enfoque del Documento de Trabajo el problema principal no estaría en las estructuras de los sistemas sociales contrapuestos —determinados por el tipo de propiedad— sino más bien en la "mentalidad economicista" que lleva a "usar mal" ya sea la propiedad privada o la colectiva. De ahí se concluye que sólo una "auténtica mentalidad humanista" llevaría a una liberación de los oprimidos como pide el Evangelio (59). No podemos negar que los cambios de estructuras deben estar acompañados por una profunda modificación de los valores sociales, que hoy son predominantemente burgueses. Sobre el particular, consideramos que los cristianos comprometidos en el proceso de transformación de la sociedad están indicando que la liberación no es sólo cambio de estructuras y mentalidad sino que también una conversión a Dios. Para nosotros, por lo tanto, la liberación abarca todas las dimensiones de la realidad. Pero creemos que el énfasis excesivo en el cambio de mentalidad como medio de transformar nuestro país en una sociedad más justa refleja un pensamiento poco científico sobre la sociedad. Junto con ello manifiesta también el documento la ideología del neocapitalismo tecnocrático de los países desarrollados. Esta ideología niega la existencia del socialismo y el capitalismo como sistemas sociales globales y proclama las ventajas de una conducción pragmática de la economía y la política (61). Aunque creemos necesario condenar los sectarismos ideológicos, y en este sentido estamos de acuerdo con el documento, parece que éste no logra escapar a otro dogma —el pragmatismo tecnocrático y modernizante— que corresponde a lo que el Papa llama "un deslizamiento más acentuado hacia un nuevo positivismo". (Igualdad-Participación, 30.)

ANÁLISIS DEFICIENTE DEL SOCIALISMO Y DEL MARXISMO

En el Documento de Trabajo hay juicios, tanto sobre el socialismo como sobre el mar-

xismo, que muestran un conocimiento superficial de las materias sobre las que se juzga. El concepto de socialismo que subyace en el documento no puede menos de calificarse de erróneo. Ese concepto (que desgraciadamente hay que inducirlo, porque no está definido expresamente) podría enunciarse como sigue: socialismo es el sistema que consiste en la acumulación de los bienes de producción "por lo menos los más importantes" en manos del estado (25, 26). (Aunque el Nº 25 hable de propiedad colectiva el término no tiene mayor significación que propiedad estatal, como se ve en el mismo número.)

Este concepto es lo que permite decir que "el proceso de socialización comenzó en Chile hace ya varias décadas" (28), porque de hecho la propiedad estatal tiene su origen en Chile desde hace varias décadas. Este mismo concepto no científico permite dar el ejemplo del socialismo en la antigüedad, el de los faraones en tiempos de José (30). Así se llega a considerar como socialista al régimen egipcio que fue esclavista y consistió en la acumulación de todos los bienes de pequeños propietarios en manos de la clase dominante. Es indudable que este concepto está muy lejos del correcto. Como bien dice el obispo de Talca, el socialismo es "un sistema basado en la propiedad social de los medios de producción y en el que la mayoría organizada participe efectivamente en la conducción del proceso histórico". (Carta del obispo de Talca a los sacerdotes de su diócesis.)

En el Documento de Trabajo hay también una comprensión deficiente respecto al estado, su naturaleza y su función. El estado se concibe abstractamente como una realidad dada. Por eso da lo mismo que se trate de un estado faraónico, de un estado burgués o de un estado de la clase trabajadora. Lo que hay que preguntar es: ¿quién controla el poder del estado? La respuesta a esta pregunta permite decir si una sociedad es socialista, o en ella sólo se da un incipiente capitalismo de estado, o si se trata de un estado absolutista que aplasta al pueblo en la esclavitud (el caso faraónico). Es decir, el socialismo (como todo tipo de sociedad) no puede definirse meramente en relación al estado tomado en sí mismo, sino en relación a las clases que sostienen y controlan el poder estatal. Hay que hacer notar que el concepto sociológico de clase no está presente en el documento si no es para negar implícitamente el enfrentamiento de clase a que tiende inevitablemente el capitalismo (14) o para decir que el socialismo como proyecto histórico trata de superar las clases.

El texto señala —en más de sesenta ocasiones— los riesgos, peligros y cautelas que a juicio de los redactores implica una opción por el socialismo marxista. Reconocemos los errores en que han caído algunos socialismos marxistas de otros continentes y sabemos que hay riesgos en la construcción del socialismo chileno. No negamos la objetividad de estos errores que, por lo demás, son criticados por los mismos socialistas. Pero en el documento se llega a afirmar como algo casi necesario el vínculo entre socialismo y totalitarismo, socialismo y estatismo, socialismo y pérdida de libertad de pensamiento y de prensa, socialismo y opresión de los cristianos, socialismo y manipulación e inmolación de las personas, todo esto en "aras de la eficacia económica y política" (46, 49, 50 y 51). Todos estos juicios se hacen en base a referencias históricas ajenas a nuestra experiencia nacional y en base a los estereotipos de los medios de comunicación. Recordemos que estamos en un continente en la órbita del imperialismo capitalista. Las desviaciones fascistas y totalitarias del capitalismo dependiente son más de temer en Chile que los posibles totalitarismos de un socialismo desviado. Por lo demás, un totalitarismo socialista si bien puede considerarse un peligro no se compadece con la trayectoria política de nuestro país, de su movimiento obrero y de los partidos que lo representan.

El documento no analiza el actual proyecto socialista de Chile, porque su "rostro definitivo y final" (30) aún se desconoce, y porque curiosamente el juicio concreto sobre el desarrollo de la situación chilena "corresponde a cada ciudadano" (33) aunque el documento se pronuncia sobre otras experiencias históricas (45). Se ignoran por completo los esfuerzos por lograr una participación efectiva de los trabajadores en el gobierno, particularmente a través de la CUT, y los mecanismos de participación que comienzan a aplicarse en los consejos campesinos, las empresas del área social o de las que están en vías de ser nacionalizadas. Hay que tomar seriamente en cuenta estos hechos como signos de una preocupación eficaz por lograr un socialismo de participación impulsado por los trabajadores organizados.

El concepto sobre marxismo que muestra el documento es igualmente deficiente. Se distingue entre marxismo como "filosofía total de la realidad" y como "método de análisis y de acción en la historia". Se señalan los peligros que envuelve bajo uno u otro aspecto, dada su dinamica interior que tiende a excesos antihumanos (33). Al respecto es conveniente señalar que Marx, con su análisis de la historia, contribuyó a las ciencias sociales, y por eso es necesario considerar científicamente sus aportes. En el documento se reconocen además algunos elementos positivos en el humanismo marxista y se acepta el diálogo y la colaboración en asuntos prácticos.

Pero más que nada se recalcan las divergencias "muy graves" entre el cristianismo y el marxismo. En particular se hace notar el ateísmo en la doctrina y la práctica marxista. Se afirma que algunos autores marxistas occidentales revisan hoy esta postura atea del marxismo, y erróneamente se añade que no se observan desarrollos similares en los países socialistas. Esto último es discutible, particularmente en el caso de Cuba. Hay que tener en cuenta que en el ámbito marxista no existe hoy claridad respecto al papel de la fe y del cristianismo. Pero la posición del materialismo dialéctico como por ejemplo lo definió Stalin —a la cual se refería principalmente la condenación de Pío XI en Divini Redemptoris Illius— no tiene mucho que ver con posiciones teóricas contemporáneas. Menos tiene que ver con la posición práctica de muchos marxistas y en especial los latinoamericanos.

El documento también se refiere a que no existen métodos inofensivos porque estos necesariamente "acaban imponiendo un carácter, una mentalidad determinada al que lo usa". De ahí que los que utilizan el método marxista de interpretación y acción política llegarían en la práctica a una visión economicista del hombre y a la consiguiente actitud manipuladora que de esta visión se desprende (47). El documento olvida o desconoce que hay cristianos que han optado por el socialismo y que emplean el método marxista de análisis y transformación de la realidad. En el texto se sigue suponiendo la relación entre marxistas y cristianos como un enfrentamiento entre dos bloques autosuficientes que sólo pueden encontrarse en oposiciones o en colaboraciones parciales. La realidad, una vez más, se ha desarrollado más rápidamente que el pensamiento. Hay que tomar en cuenta la existencia de estos cristianos que emplean el método marxista y reflexionar sobre el significado de este hecho. (*)

En referencia al marxismo como método científico, es decir el materialismo histórico, el documento revela desconfianza frente a esta forma "más seductora para el espíritu moderno" según el decir de Pablo VI. Revela además ignorancia del alcance real de los textos citados, que son interpretados inadecuadamente. Lo que sirve de base a dicha interpretación no son los pensamientos globales de Marx, Engels, Lenin, etcétera sino que textos fragmentarios y estereotipos creados interesadamente por la "cultura occidental".

No pretendemos entrar aquí en profundidad en el problema de la interpretación del marxismo, lo que sería muy largo, y habría que estudiar el pensamiento y la práctica principalmente de los marxistas chilenos. Señalamos solamente un punto importante. Se caracteriza el marxismo como "economicismo". Nuevamente no se dice lo que se entiende por economicismo. Pero se habla de la absolutización de lo económico y de un "dogma básico" del marxismo: "la causa última de todas las alienaciones, esclavitudes y desdichas del hombre y de la sociedad es de tipo económico (44). Todo esto se dice como interpretación de la idea de Marx sobre la determinación de la conciencia por el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción (43). Esto demuestra que en el documento se interprete "determinación" como causación unilineal entendida en un esquema escolástico que habla de "causas últimas" que evidentemente son absolutas. Pero hay que considerar con mayor cautela la posibilidad de interpretar las teorías modernas y dialécticas con conceptos esencialistas y hay que preguntarse si los términos en Marx no tienen un sentido distinto. Parece imprescindible un análisis más científico del marxismo. El mismo Marx sostiene tesis muy distintas de las que se le atribuyen especialmente en lo referente a la sociedad comunista, el reino de la libertad, la ideología, etcétera. Además, autores tan reconocidamente marxistas como Lenin sostienen tesis muy opuestas a las que se le atribuyen en el documento sobre la práctica política y la revolución. En síntesis, no se puede negar a nadie el derecho de llegar a la conclusión de que el marxismo es un "economicismo", pero con la condición de que para ello no se distorsionen los conceptos marxistas y que se haga un análisis que tome en cuenta el debate teórico actual y la práctica política del marxismo. Si se procede con ignorancia en estas materias ocurre, como en este Documento de Trabajo, que en vez del marxismo se tiene un fantasma al que se le cuelga el epíteto de "economicismo".

Creemos que este extenso análisis muestra suficientemente nuestra afirmación de que los fundamentos científicos e históricos del documento son inadecuados para iluminar la opción política de los cristianos. El documento cae en

el mismo error metodológico que combate, es decir, que no le toca a la iglesia sino a los técnicos emitir juicios técnicos sobre la oportunidad o apreciación prudencial del socialismo. Es lógico que los obispos no pueden conocer a fondo todo tipo de materias. Pero si se habla de ciertas materias que se desconocen y se entrega un documento para que se reflexione sobre él, se debería pedir asesoría de personas competentes. Por lo menos hay que someter un documento de este tipo a discusión previa antes de publicarlo. Pareciera que ello no ocurrió en este caso. Creemos que el proceso de la construcción del socialismo es extremadamente crucial para la clase trabajadora y para todo el pueblo chileno. Por ello hay que enfocarlo con sólidos fundamentos científicos e históricos.

IMAGEN DE LA IGLESIA

En el Documento de Trabajo se presentan diversos conceptos sobre la iglesia. Se destaca en forma especial la imagen de la iglesia como pueblo de Dios. Recordamos que en Concilio Vaticano II se concibe a la iglesia como un misterio que "se asimila al misterio del verbo encarnado" (L.G. 8). Más concretamente se habla del pueblo de Dios y de la iglesia peregrina, que "descubre fielmente en el mundo el misterio de Cristo, aunque entre penumbras, hasta que al fin de los tiempos se descubra con todo esplendor" (L.G. 8). En el Documento de Trabajo se continúa en esta línea, al hablar de la iglesia comprometida con la historia (3), de la iglesia en marcha e incluso en lucha (5). Pero habría sido bueno que se concretara esta visión en una consideración histórica del pueblo de Dios en Chile. Este problema aparece también cuando se considera la iglesia como sacramento. La sacramentalidad de la iglesia se expone en términos del amor universal de Cristo y de la Unidad (13). Esta concepción abstracta no va acompañada por una reflexión sobre la realidad concreta de la iglesia. Para realizar la tarea del amor y de la unidad es necesario reconocer la realidad injusta y desigual en que se ubica dicha tarea, "los signos de los tiempos". La iglesia es sacramento de la unidad escatológica dentro del conflicto social. Una iglesia que denuncia injusticias, y que por lo tanto, hiere los intereses de algunos, no deja de ser signo e instrumento de unidad, por lo menos por la fuerza evangélica de su vida y de la misma palabra que hiere.

Estimamos que la distinción que hace el documento entre "iglesia" y "los cristianos" produce confusión. Cuando se afirma que la iglesia invita a los cristianos a la lucha política (17) parece que la palabra iglesia señala la jerarquía y los responsables de la acción pastoral. En esta forma no se mantiene la imagen primordial de Iglesia-Pueblo de Dios. Naturalmente que no podemos pensar que se pretenda decir que la jerarquía constituye el "signo" y los cristianos "el instrumento" (3,11). Es toda la iglesia, con toda su vida, la que debe ser signo e instrumento eficaz en la historia. Nos preocupa que la tarea pastoral de la iglesia tenga un sentido global y una eficacia real. La dicotomía entre "iglesia" y "los cristianos" dificulta la respuesta al llamado a formar un pueblo de Dios que colabore en la construcción de una sociedad nueva.

Lamentamos el hecho de que este mismo documento no haya salido de una reflexión de las comunidades cristianas en diálogo con el episcopado. Así se habría cumplido el deseo de Pablo VI que espera de las comunidades cristianas el discernimiento de "las opciones y compromisos que conviene asumir con urgencia en cada caso" (Igualdad-Participación, 4). No negamos el derecho de los obispos a hablar y celebramos que se haga un Documento de Trabajo que permite el diálogo, del que da testimonio esta misma carta. Pero pensamos que habría tenido más riqueza una auscultación previa y a fondo de lo que estas comunidades hacen y piensan.

Por último, el documento parece ignorar concretamente las fallas de la propia iglesia. Es fácil decir en general que ha habido pecadores y santos. Importa ver más en concreto cuáles son las fuerzas de vida y muerte que existen en la iglesia chilena. Luego podríamos comprobar los efectos liberadores del Evangelio integralmente vivido (10).

Para efectuar esta revisión de nuestro compromiso histórico como pueblo de Dios podríamos acudir a las orientaciones de Medellín (Cf. el "Mensaje de los pueblos de América Latina"). Purificarnos en el espíritu del Evangelio. Vivir una pobreza verdadera. Realizar una evangelización y catequesis que conduzcan a una fe comprometida. Urgir un orden nuevo de justicia. Fortalecer la familia. Dinamizar una educación concientizadora. Fomentar los organismos de los trabajadores que son decisivos para la transformación socio-económica. En fin, creemos que Dios llama al conjunto de la iglesia a comprometerse en la lucha liberadora del pueblo chileno. Por ello junto con intensificar nuestra oración al Señor de la historia debemos revisar nuestra colaboración concreta al proceso de transformación del país.

LA OPCIÓN DE LA IGLESIA

El Documento de Trabajo postula la independencia política de la iglesia (68). Pero es necesario situar la opción de la iglesia en la historia real de nuestro país. El pueblo chileno está llamado por Dios a formar un pueblo en marcha hacia el reino de la justicia y fraternidad. La política es una forma importante de responder a este llamado.

La iglesia chilena ha participado siempre en política no sólo en sus documentos sociales y pastorales, sino principalmente en los hechos. Nuestra iglesia es heredera de una iglesia institucionalizada, en el pasado, en el sistema de dominación colonial y luego aparece ligada a la democracia liberal y al capitalismo. Recientemente ha tomado una posición reformista y de promoción popular. El pueblo cristiano ha estado dividido entre algunos que desean cambios profundos y otros que están al margen y desconfían de la política. Aparecen sectores de la iglesia comprometidos con el pasado y sectores orientados hacia el futuro. Por lo tanto, es un error histórico plantear la independencia o neutralidad de la iglesia. Como bien dice el obispo de Talca: "La iglesia no tiene, en cuanto Iglesia, una misión o competencia propia en los terrenos políticos, económicos y sociales, pero declararse neutra es una ficción: aunque no lo pretenda, esto es entendido e interpretado como apoyo y aceptación de lo establecido" (Carta a los sacerdotes de su diócesis). Por lo demás, este mismo documento manifiesta claramente una opción política e ideológica como lo indicaremos más adelante.

El Documento de Trabajo dice que la iglesia no opta por algún grupo de chilenos sino que se preocupa por todos (13) pero está al servicio preferente de los pobres (14). Aquí se desconoce el hecho de que los ricos son los que hacen pobres a los pobres, y que éstos no pueden liberarse sin luchar contra sus explotadores. Es decir, hay un antagonismo en nuestra sociedad: la lucha de clases. La iglesia invita a que se conviertan los ricos y los pobres: a los ricos para que se liberen de su posición de dominación y a los pobres para que se liberen de su posición de dominados. La iglesia está pues con todos según la necesidad de conversión que caracteriza a cada grupo.

Ahondemos más este problema. Para ser fiel a Cristo, la iglesia tiene que ser la iglesia de los pobres, y no una iglesia al servicio de ellos. En el documento se reafirma la impresión que la iglesia no es principalmente de los pobres, sino que opta por ellos. Esto nos duele mucho, ya que las comunidades cristianas de las que formamos parte son del sector popular, y ellas son iglesia. Los pobres no necesitan benefactores o servicios. Ellos merecen y quieren cada vez más ser libres por sus propias fuerzas y con la compañía de los que realmente compartan su lucha. Cómo cambiaría el Documento de Trabajo si se hubiere pensado en el contexto de la iglesia de los pobres donde encontramos a Jesús!

El documento plantea que la opción fundamental de la Iglesia es por Cristo resucitado (13 y 17) y consecuentemente con los valores evangélicos sobre el hombre y la sociedad (76, 79, 82). Consideramos que la fraternidad es la mediación del encuentro con Dios (Mt. 25). Por lo tanto no podemos optar por los valores abstractos atribuídos al evangelio, sino que optamos por la fraternidad, es decir participar en la lucha de nuestros hermanos que sufren hambre y tienen sed de justicia. En nuestro país, hablando en concreto los pobres forman la clase trabajadora. Sus vidas dependen del trabajo que apenas les significa un salario de subsistencia. Solidarizamos con su inseguridad y explotación y compartimos la esperanza de liberación que se manifiesta en la lucha de la clase trabajadora.

Los trabajadores tienen hambre y desean comer. Sufren una tragedia interminable y mantienen una esperanza. Han sido odiados, insultados y despreciados, y anhelan el día en que no sigan abusando de ellos. Saben que los ricos ya han gozado demasiado bienestar y alabanza. En fin, son pobres pero intuyen que el reino les pertenecerá y no podemos dudar que les pertenecerá (L. 6).

La acción de Cristo se realiza preferentemente entre los trabajadores. Ellos ponen en libertad a los oprimidos: despojando a los ricos de su poder y forjando ellos mismos su liberación. Es el hijo de un carpintero, el Señor de la historia, quien los acompaña y está en su lucha. La cruz del Señor la llevan valientemente los obreros y los campesinos: toda la clase trabajadora. Pero es también el espíritu de Jesús resucitado quien actúa en ellos (Lc. 4). Sanan a los afligidos del corazón. Anuncian la liberación de una sociedad injusta. Dan vista a los ciegos que ignoran como explotan a los hermanos. Ponen en libertad a los maltratados. Anuncian una época nueva en que se irá forjando el hombre nuevo.

Para finalizar nuestra reflexión sobre la opción de la iglesia señalaremos algo de suma importancia. El documento pretende sólo iluminar los criterios para la opción política de los

cristianos y no desea inclinarlos hacia alguna opción determinada (32). Sin embargo, una lectura atenta del documento permite detectar la opción del documento. En lo teórico hay una opción por un tipo de humanismo cristiano, que es una forma modernizada de la ideología liberal del capitalismo. En lo práctico, hay una opción por un reformismo que humanice la estructura existente.

Desgraciadamente, como hemos visto en el documento no se analiza la opción por el capitalismo, aunque se le atribuyen algunas deficiencias. Se lo considera deshumanizante, pero como el cristiano puede y debe humanizar cualquier tipo de estructura (63) entonces parecería legítimo que los cristianos se dediquen a reformar el capitalismo.

En el capítulo tercero del documento se expone una extensa crítica al socialismo y al marxismo. Aquí no interesa desvirtuar dicha crítica, sino que constatar como se considera inconveniente la opción por un socialismo marxista. El documento pide que antes de optar se consideren todos los aspectos positivos y negativos del socialismo en general y del que hoy se construye en Chile (56). Son tantos y tan graves los elementos negativos, los riesgos y peligros, que señala el documento que ciertamente aparece como un suicidio optar por el socialismo. Por lo demás la clase trabajadora no está en condiciones de emplear el complicado razonamiento sobre riesgos y opciones. A fin de cuentas, a los cristianos sólo se les permite "humanizar" el socialismo, establecido sin la colaboración de los cristianos, ya que por ser deshumanizante el socialismo exigiría siempre correctivos.

La opción política que propugna el documento es, por lo tanto, la de reformar cualquier sistema que sea, pero no la de hacer una revolución o cambiar un sistema. Como en Chile aún se mantiene el sistema capitalista, se trataría de "humanizarlo". Sabemos muy bien en cual sector de la política chilena se postula la reforma del sistema capitalista: es en ese sector donde parece ubicarse el documento. Esto aparece aún más claro en la adhesión a los que critican los extremos y propugnan un sistema pragmático en que se integren elementos de diversos sistemas (61), y esto es precisamente lo que intenta el neo-capitalismo.

La mayor dificultad para optar por el socialismo sería el carácter marxista del proceso chileno (55). Aquí hay una condenación explícita del marxismo: según el documento el cristiano no puede adherir a la visión marxista del universo y del hombre (35) y tampoco puede emplear el método marxista del análisis y de la acción (48). Solamente se autoriza a los cristianos utilizar algunos elementos del método marxista a condición de integrarlos en un contexto humanista más amplio que los relativice, enriquezca y rectifique (48). Se ve por lo tanto que los redactores del documento tienen una ideología determinada que se contrapone a la marxista.

La opción ideológica del documento es por cierto humanismo cristiano. Este constituiría una ideología: se trata de imprimir ciertas imágenes del hombre y de la sociedad en las estructuras que condicionan la vida nacional (87). La opción fundamental es por la "imagen de Dios, del hombre y de la sociedad que se desprende del evangelio (82). Se supone, por lo tanto, que del evangelio sale claramente una forma de concebir al hombre y a la sociedad (76 y 79). Lo más grave es que quieren obligar a todos los cristianos a coincidir en esta interpretación del evangelio (82). Esta opción teórica acarrea unas conclusiones muy prácticas: los cristianos tienen el deber de decidirse por aquellas estructuras que ofrezcan mayores posibilidades de ser humanizadas según el espíritu del evangelio (62).

A fin de confirmar lo dicho sobre la opción ideológica que está aquí en juego, es conveniente examinar los valores que se nos pide encarnar, promover y defender a nombre del evangelio (82). El documento considera como evangélicos o cristianos una serie de valores que han servido para legitimar el neo-capitalismo: igualdad de oportunidades (23), iniciativa creadora (50), oposición (52), pluralismo político (70), libertad del pensamiento y expresión (52), dignidad y libertad (76), solidaridad interior y espontánea (50), socialización (23), participación en bienes y actividades (78). Sabemos que estos son lemas utilizados para esconder la desigualdad y la falta de libertad que ha sufrido el pueblo chileno y para afirmar la primacía del individuo. En otra parte del documento se dice que: el temor de que el socialismo marxista termine conduciéndonos a una dictadura sería "plenamente justificado" (54). En todas estas formas se manifiesta una cierta vinculación inconsciente con la ideología de la clase dominante.

La fe cristiana no es una ideología, y por eso nos dolería que se haga aparecer al cristianismo como una ideología, y esto es aún más grave cuando se trata de una ideología que es instrumento de explotación. La iglesia no está llamada a luchar por valores burgueses, creemos por el contrario en la vocación fraternal de participar en la tarea de liberación popular. Tampoco nos sentimos llamados a reformar el sistema injusto que domina en Chile, sino que a construir una sociedad nueva.

LAS EXIGENCIAS DEL EVANGELIO

El Documento de Trabajo hace una interpretación filosófica, de tipo esencialista y deductivo, que nos parece una interpretación parcial y poco adecuada del evangelio. El documento se empeña en distinguir dos niveles: el de los valores del evangelio y el nivel de lo contingente, de la historia (en la perspectiva de la conciencia o de las estructuras).

Señalaremos algunos textos que indican el sentido general del documento al respecto. Los valores del evangelio aparecen como fundamentales, absolutos, inmutables: "Nuestra imagen común de Dios, del hombre y de la sociedad"; "el hombre del evangelio"; "la imagen evangélica de la sociedad"; "valores de liberación personal y social"; "valores humanizantes y personalizantes", etcétera...

Los valores del evangelio, situados en la esfera de lo eterno y fundamental, deben regir y fundamentar todo el ámbito de lo contingente: "Jesucristo muerto y resucitado se nos presenta a los cristianos como explicación última de cuanto existe y sucede" (1); "El evangelio de Jesús resucitado aparece así como fuente, norma y garantía de liberación, humana y personalizante, para el hombre y la sociedad" (81).

Los valores eternos del evangelio se estructuran en torno a tres conceptos claves: Dios-el hombre-la sociedad. La jerarquización es descendente y necesaria: "Fidelidad al evangelio significa en primer lugar fidelidad a Dios" (72); "la opción por el Dios del evangelio se convierte, necesariamente, en opción por el hombre del evangelio" (76); "La opción por el hombre del evangelio nos obliga a optar también por la imagen evangélica de la sociedad" (79).

Los cristianos, frente a los valores eternos del evangelio, tienen como misión hacerlos vida, encarnarlos, imprimirlos en la vida y en las estructuras: "Toda la misión de la iglesia en la historia se resume en anunciar y hacer vida el evangelio de Jesús resucitado" (5); "(El evangelio) sólo señala los valores que deben ser respetados y promovidos (porque vivifican al hombre y a la comunidad humana) y llama a encarnarlos y luchar por ellos" (17). El documento habla de estructuras que deben ser "humanizadas según el espíritu del evangelio" (62) y "opciones que objetivamente aparecen como más duras a una penetración cristiana" o "vías teóricamente más permeables frente al evangelio" (63). Se presenta la fidelidad al evangelio, en lo que respecta a Dios, como un "hacerlo presente en todos los dominios de la vida y las estructuras del mundo" (72). Se habla de "impregnar de la presencia liberadora de Dios las estructuras sociales" (75). Los cristianos deben pues luchar para que "la imagen del hombre y de la sociedad que Jesucristo anunció" puedan ellos "encarnarlas en sí mismos" e "imprimirlas en las estructuras que condicionan la vida nacional" (87).

Las citas que hemos presentado son representativas y se repiten, bajo una u otra forma, a lo largo de todo el documento. No se trata además de un problema de lenguaje, sino que en estas expresiones y más allá de ellas, se refleja una mentalidad bien definida que inspira todo el documento. Al respecto quisiéramos hacer una reflexión sobre cuatro aspectos fundamentales, y lo hacemos por amor y fidelidad al evangelio y a la iglesia.

En primer lugar, el evangelio aparece reducido a un nivel abstracto y conceptual, separado de la realidad profunda de la historia. Esta conceptualización del evangelio se ordena en torno a tres ideas: Dios, el hombre y la sociedad. Nos parece que la perspectiva de toda la Biblia y en especial del evangelio, es otra: la historia. Es en esta historia donde se realiza la Promesa, la Alianza y el Reino de Dios. El evangelio no es un conjunto de valores normativos, sino la experiencia gozosa que Dios actúa en la historia: el anuncio de la liberación de la esclavitud de Egipto, del fin del cautiverio en Babilonia, de la reconstrucción de Israel. "Vayan y cuenten lo que ustedes oyen y ven: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva" (Mt. 11, 4-5). La Biblia es la expresión de fe de la experiencia que ha hecho Israel de Dios y de sí mismo en su propia y única historia. El evangelio es la fe de una comunidad histórica que vive y proclama a Cristo muerto y resucitado. El evangelio es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree" (Rom. 1, 16). Es esta experiencia del pueblo de Israel y de la comunidad primitiva, la que nos ilumina, como norma y criterio, para vivir en nuestra historia actual la presencia liberadora de Jesús resucitado. Toda separación que se haga entre el evangelio y la historia deforma ambas realidades. Nos parece que el documento hace una abstracción de tipo filosófico-platónico del evangelio. En esta visión,

aquello que es norma, criterio fundamental, explicación última y valor universal, se sitúa fuera de la historia y orienta la historia. Esta visión es lícita y dominó largo tiempo la tradición de la iglesia, pero no es la visión que tiene la teología actual, que después de largos esfuerzos ha logrado situarse en la perspectiva bíblica del Dios que se revela en la historia y a partir de ella.

En segundo lugar, la visión esencialista del evangelio que aparece en el documento se confirma por la forma como nos pide que seamos fieles al evangelio. Esta fidelidad, según el documento, significaría "hacer vida", "encarnar", "imprimir", "penetrar", "hacer presente" el evangelio en la vida y las estructuras. La dinámica que subyace es profundamente deductiva: si se puede hablar en imágenes, diríamos "de arriba a abajo". Del orden de lo inmutable a lo contingente, del orden de los valores al nivel de la historia. La vivencia de la palabra de Dios y del evangelio es diametralmente opuesta: es inductiva, parte de la historia, de la experiencia. La palabra se escucha, los signos se ven, se disciernen; el profeta interpreta la historia a la luz de la tradición.

En tercer lugar, los dos puntos anteriores nos manifiestan una concepción muy negativa de la realidad. Si el cristiano debe "imprimir" y "penetrar" la vida y las estructuras sociales con el evangelio, esto condiciona una visión muy negativa de toda la historia, como realidad opaca, confusa y carente de todo valor. Ciertamente en la historia, a nivel de conciencia o estructura, descubrimos mucho pecado y mucha ausencia de Dios, pero en esa historia hacemos la experiencia de Dios y escuchamos su palabra. La historia está cargada de promesa y el reino está en medio de nosotros. Nos parece que la misión del cristiano no es infiltrarse en la historia con una serie de valores abstractos deducidos de un mundo a-histórico, sino que muy por el contrario, el cristiano tiene que situarse profundamente en la historia y en ella hacer la experiencia de Dios, escuchar a Dios, descubrir la acción de Cristo resucitado, proclamarlo a otros y celebrarlo en la Eucaristía.

En cuarto lugar, como consecuencia de todo lo anterior, nos parece que la interpretación que hace el documento del evangelio podría llevar a un debilitamiento de la fe. Todo el Nuevo Testamento, y especialmente San Juan, nos presentan el "creer", por lo menos en sus inicios, como un "ver" y un "escuchar". Sólo aquel que frente a la palabra de Jesús o ante sus signos tiene una actitud humilde, abierta y atenta, llega a descubrir el sentido de la Revelación de Jesús. La fe se inicia como experiencia. El creyente ante todo descubre que es Dios el que ha amado primero, que toma la iniciativa, que elige primero. Es por esto que son los pobres y los pequeños los que primero y fundamentalmente descubren al Señor y oyen su palabra. Una visión deductiva y esencialista del Evangelio puede dañar seriamente esta actitud de fe. El creyente frente a la historia debe ser humilde, respetuoso y estar muy atento.

El documento hace, a nuestro parecer, una interpretación fundamentalista del evangelio, que desconoce o ignora las mediaciones propias de una iglesia peregrina. El evangelio históricamente vivido pasa necesariamente por mediaciones: lenguaje, estructuras mentales, esquemas filosóficos, científicos o ideológicos. El documento, para respetar la libertad de acción de los cristianos en lo político o social, busca superar estas mediaciones. Con esto sitúa a la Iglesia en un ámbito irreal y ahistórico, contradiciendo la doctrina tan rica del Concilio Vaticano II sobre la "iglesia peregrina". Sobre todo este problema queremos señalar tres aspectos importantes.

En primer lugar creemos que no se puede reducir al evangelio a su núcleo más fundamental o situarlo fuera de la historia. Así se pretende dar a los cristianos un ámbito común de encuentro o un punto coincidente de partida, en orden a afrontar con libertad, desde ese ámbito o punto de partida, sus opciones políticas particulares o juzgar desde allí las estructuras sociales o políticas. No es a partir de un evangelio así concebido que el cristiano opta o se compromete. La historia es una realidad ante la cual no se opta, sino en la cual uno antes que nada vive. La vida en sí misma es ya un compromiso. El cristiano está en la historia, y por consiguiente participa, en mayor o menor grado, de su ideología de clase, de su análisis más o menos científico de la realidad, de una cosmovisión más o menos consciente de su mundo, con una visión filosófica o utópica determinada de la realidad. Este es el hombre histórico que busca vivir el evangelio. Es a partir de esta realidad de hombres históricos y no en abstracto que el hombre escucha a Dios en la historia y vive su palabra. El camino para llegar a definir los valores del evangelio y crear una comunicación entre los cristianos, que respete a cada uno su ámbito de libertad, no es el camino de la abstracción sino el camino de la crítica. Es sólo esta crítica la que nos hace conscientes que vivimos el evangelio en y por medio de múltiples mediaciones. Cada cristiano debe reconocer con honradez sus propias mediaciones y ser más crítico consigo mismo. Lo mismo deben hacer los grupos de cristianos y la iglesia en su conjunto. Es esta actitud de continua conversión lo que unirá a los cristianos, y no una supuesta neutralidad evangélica.

En segundo lugar, negar o ignorar las mediaciones en las cuales vivimos el evangelio puede llevar a subestimar estas mismas mediaciones, a subestimar el valor histórico que tiene el lenguaje, la ciencia, la filosofía, etc. Esta actitud impediría seriamente la acción de los cristianos en la historia, y haría de ellos ciudadanos de segunda categoría, ingenuos y despistados en este mundo. El Documento de Trabajo distingue entre aquello que es autoridad del evangelio y lo que es juicio técnico dado por las ciencias humanas. Pero el documento alienta a los cristianos y él mismo realiza una serie de juicios directos sobre el carácter justo o injusto, humano o inhumano, liberador u opresor de diferentes estructuras sociales o sistemas políticos. Se olvida así que estos juicios pasan necesariamente por mediaciones y que implican ya de antemano un análisis o apreciación determinada de la realidad. No podemos juzgar una realidad a partir de un evangelio puro, depurado de toda mediación. Para juzgar una estructura social o un sistema político se necesita un serio análisis científico previo o una visión clara de la filosofía o ideología que tal estructura o sistema implica. Esto mismo difícilmente será apreciado desde afuera, sino a través de la misma práctica.

En tercer lugar, al descuidar el documento la gran importancia que tiene la dimensión histórica del hombre que vive el evangelio, se presenta el mismo documento como poco crítico y conciente de las propias mediaciones que emplea y expresa. Cuando se interpreta la Biblia, hay que descubrir la intención del autor sagrado, justamente haciendo conciente y criticando las mediaciones que tal autor usó: lenguaje, cultura, mundo religioso, influencias filosóficas, etc. El Documento de Trabajo no escapa a esta ley universal de interpretación. Bastaría analizar el lenguaje [illegible] los problemas tratados, la manera de tratarlos y la estructura del conjunto, para percatarse que también el documento usa múltiples y bien definidas mediaciones. A través de esta carta hemos señalado las mediaciones que subyacen al documento.

Un hecho que hemos observado atentamente es que ciertos cristianos con un compromiso político determinado se sienten a gusto con toda la terminología del documento. Otros, cuyo compromiso político es distinto, se sienten a disgusto con dicha terminología. No creemos que sea simple coincidencia. Debemos ser muy fieles al evangelio, pero también reconocer y aceptar críticamente los resultados modernos de la lingüística y del análisis estructural, que nos indican que todo lenguaje denota una mentalidad, una cosmovisión y una ideología determinada.

Terminamos esta extensa reflexión expresando varios anhelos. Deseamos en primer lugar que nuestra reflexión sea para el uso interno de la iglesia, tal como es el documento que hemos analizado. Esperamos también que nuestro aporte a la reflexión sobre la acción política de los cristianos sea una expresión de nuestro compromiso con la liberación que realizan el pueblo con el Señor de la historia. Por último anhelamos que se acentúe cada vez más el diálogo eclesial sobre la participación de los cristianos en la construcción del socialismo en Chile.

Comité Coordinador.
Jornadas sobre la participación de los cristianos en la construcción del socialismo.

(*) La pregunta sobre si existen o no métodos inofensivos se puede replantear hoy dado el desarrollo notable logrado por el marxismo como método científico en el campo de las ciencias sociales. ¿Hasta qué punto es posible conciliar una filosofía materialista de tipo **mecanicista** (como es por ejemplo la "dialéctica de la naturaleza" presentada por Engels o el "materialismo dialéctico" del tiempo de Stalin) con el materialismo histórico que es un método de análisis-acción de tipo **dialéctico**? La respuesta de algunos que utilizan ese método del materialismo histórico (que a la postre señala el ámbito de libertad del hombre histórico, ámbito condicionado por la base económica o material de la sociedad) [illegible] una filosofía dialéctica y por lo tanto opuesta al materialismo mecanicista posterior a Marx.

APORTE PARA EL TERCER SINODO

INTRODUCCIÓN

LA REALIDAD NACIONAL

LA EXPERIENCIA PERUANA. 1. — La Iglesia peruana se encuentra en un país que vive una encrucijada de su historia, en la que está presente la voluntad de nuestro pueblo de forjar una sociedad más justa. Esta experiencia, con sus aciertos y ambigüedades, es un aporte para la comunidad de naciones y de Iglesias en el mundo. La historia de cada pueblo es patrimonio común de una historia solidaria de la humanidad en el designio salvador de Dios.

SITUACION DE DEPENDENCIA. 2. — Compartimos con las naciones del Tercer Mundo, el ser víctimas de sistemas que explotan nuestros recursos económicos, controlan nuestras decisiones políticas, nos imponen la dominación cultural de sus valores y de su civilización de consumo. Esta situación, denunciada por el episcopado latinoamericano en Medellín, se refuerza y mantiene por la estructura interna de nuestros países, de creciente desigualdad económica, social y cultural, de perversión de la política que no sirve al bien de todos sino al de unos pocos.

VOLUNTAD DE CAMBIO. 3. — Compartimos también con estos países el esfuerzo por una liberación. En nuestro país, por circunstancias históricas surge una aspiración por la liberación en todo orden. Es el resultado de la miseria de los marginados, de su organización en grupos de presión y de su lucha; es efecto también, de la interpretación de nuestra realidad como subproducto del desarrollo capitalista de la sociedad occidental, considerada como centro del sistema.

Esta interpretación lleva a quienes detentan actualmente el poder político a tomar medidas que significan un inicio de romper la dominación interna y externa. Tales medidas son, por ejemplo, el intento de recuperación de nuestros recursos naturales, la repatriación de capitales y control de divisas, la reforma agraria, creación de comunidades laborales, la reforma de la educación, el apoyo a la movilización social. Estas medidas apuntan hacia una reafirmación de nuestra soberanía, hacia un mayor control de la economía por parte del estado; hacia la más justa distribución del ingreso entre los sectores campesinos, hacia la participación de los trabajadores en las utilidades, gestión y propiedad de las empresas; hacia la capacitación del sentido crítico para confrontar creadoramente la respuesta del hombre peruano ante su medio y su destino histórico, hacia la participación del pueblo como agente de su propia liberación.

PRESIONES EXTERNAS. 4. — Cuanto más empeño se pone en el cambio, más se evidencian las fuerzas de la dominación. La presión externa recrudece sus medidas represivas con sanciones económicas en el mercado internacional, en el control de los préstamos y demás ayudas.

Las agencias noticiosas y los medios de comunicación, bajo el control de los poderosos, no expresan el derecho de los débiles y de-

torman la realidad filtrando interesadamente las informaciones.

PRESIONES INTERNAS. 5. — La resistencia al cambio se manifiesta también por presiones internas: los grupos dominantes luchan por no dejar sus privilegios, se retraen los capitales para obstaculizar el proceso de cambio, con evidente menosprecio de las vidas humanas que serán afectadas por el desempleo; los valores individualistas de la sociedad de consumo determinan la actitud reticente de las clases medias; los actores populares largamente alienados por una historia de dominación, no logran descubrir los cauces y el sentido de su participación, desorientados ante políticas represivas o ante manipulaciones poco honestas de grupos políticos. Estos sectores, ilusionados falsamente por la propaganda de una sociedad de consumo, con frecuencia sólo buscan la promoción individual que les saque de su medio, sin solidarizarse con sus hermanos de clase en una promoción total. La presencia de los cristianos es ambigua, manifestando unos el apoyo decidido a las medidas de cambio, e incluso, exigiendo una mayor radicalización de ellas, mientras que otros pretenden justificar desde su fe la defensa de sus privilegios, por la carencia de una visión más amplia de la solidaridad basada en el evangelio.

LA EXPERIENCIA DE LA IGLESIA. 6. — Ante esta situación surgen en la comunidad cristiana opciones por los oprimidos, identificándose con sus problemas, sus luchas, sus aspiraciones. Muchos cristianos ven iluminado su compromiso por una teología, que a partir de la fe, interpreta esta realidad como una situación de pecado y una negación del plan de Dios, y que mueve al compromiso por la liberación como una respuesta al señor que nos llama a construir la historia.

La Iglesia descubre así la inevitable implicancia política de su presencia, y que no puede anunciar el evangelio en una situación de opresión sin remover las conciencias con el mensaje de Cristo liberador. Ve en la pobreza evangélica la expresión de su solidaridad con los oprimidos y la denuncia de pecado de la sociedad opresora de consumo, creadora de necesidades artificiales y de gastos superfluos. Percibe la urgencia de abrirse a los problemas del mundo para ser fiel a su misión, ya que en el pasado y aún ahora, tiende a vivir encerrada en sus problemas internos y corre el riesgo de no ser signo, si se mantuviera ausente de las angustias y preocupaciones de los hombres.

PRIMERA PARTE

POR UN MUNDO JUSTO

JUSTICIA Y SANTIDAD. 7. — El problema de la justicia en el mundo es "el problema central de la sociedad mundial de hoy" (documento romano para la preparación del Sínodo). Y la realización de la justicia entre los hombres está en el corazón del mensaje bíblico. Obrar la justicia es conocer, es decir, amar a Dios (cf. I Jn 2,29). Cuando la justicia entre los hombres no existe, Dios es ignorado. Por eso dice Medellín que "allí donde se encuentran injustas desigualdades sociales, políticas, económicas y culturales, hay un rechazo del don de la paz del Señor; más aun, un rechazo del Señor mismo".

La justicia, entendida como santidad, don del Señor, es el fundamento último de la justicia social. Pero ésta es, a su vez, respuesta necesaria e insustituible a la primera. Luchar por establecer la justicia entre los hombres es comenzar a ser justo ante el Señor.

Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables.

LIBERACIÓN Y SALVACIÓN 8. — Construir una sociedad justa en América Latina y en el Perú, significa la liberación de la actual situación de dependencia, de opresión y de despojo en que viven las grandes mayorías de nuestros pueblos. La liberación será, por un lado, ruptura con todo aquello que mantiene al hombre imposibilitado de realizarse como tal, personal y comunitariamente, y por otro lado, es construcción de una sociedad nueva más humana y fraterna.

La salvación de Cristo no se agota en la liberación política, pero ésta encuentra su lugar y su verdadera significación en la liberación total anunciada incesantemente por la Sagrada Escritura, llevando al hombre a su dignidad de hijo de Dios (cf. Medellín, Justicia 3). Un pueblo de Dios que promueva a todos los hombres y a todo el hombre (PP. 14) es lo que Dios quiere y la humanidad espera (cf. GS.11).

Para la comunidad eclesial peruana esto implica optar por los oprimidos y marginados, como compromiso personal y comunitario. Esta opción no excluye de nuestra caridad a ningún hombre, antes bien optar por quienes hoy experimentan las formas más violentas de la opresión es para nosotros una manera eficaz de amar también a quienes, quizá inconscientemente, están oprimidos por su situación de opresores

PARTICIPACION EN EL PROCESO DE LIBERACIÓN. 9. — El hombre debe ser artífice de su propio destino (cf. PP. 15), responsable ante la historia, creador de su propia cultura y civilización; lo que se hace aun más urgente en el proceso de cambio socio-político que vivimos.

Esto significa que el pueblo debe tener una participación real y directa en la acción revolucionaria contra las estructuras y actitudes opresoras y por una sociedad justa para todos Esa participación se manifestará en la toma de conciencia crítica y en la actividad creadora que urgen la existencia de canales de participación en las decisiones. Sólo así podrá evitarse la ficción de una democracia formal encubridora de una situación de injusticia: "Efectivamente, si más allá de las reglas jurídicas falta un sentido más profundo de respeto y de servicio al prójimo, incluso la igualdad ante la ley, podrá servir de coartada a discriminaciones flagrantes, a explotaciones constantes, a un engaño efectivo" (O A 23).

Esta participación rebasa los límites de una ley u organismos del gobierno, aunque éstos fuesen destinados a favorecerla. Pues ha de evitarse que la participación popular se encauce solamente en una línea preestablecida o bajo un caudillaje político. Debe ser un proceso creador y autónomo.

Por lo demás, no hay participación política, sin participación económica. Por eso tenemos que afirmar que el trabajo da legítimo y primordial título de propiedad sobre los bienes. Esto implica una nueva concepción humanista fundamental del proceso económico, y una superación del modelo capitalista donde el capital fue privilegiado, considerándose al trabajo como una simple mercancía.

Como consecuencia de esta concepción del trabajo, se sigue la necesidad de superar la exclusiva apropiación privada de los medios de producción y promover una propiedad social que responda más eficazmente a la significación del trabajo humano y al destino universal de los bienes. Dios Creador ha puesto los bienes para todos los hombres.

Más aun: la gestión de la empresa ha de ser patrimonio de todos los que trabajan en ella, como forma específica de la movilización y participación social. Ha de evitarse, por tanto, no sólo el predominio del capital sobre el trabajo, sino también el paternalismo y la manipulación posible por parte de dirigentes o empresarios y ha de fomentarse el interés por los compañeros de empresas menos favorecidas y por el bien del país.

UNA NUEVA SOCIEDAD. 10. — Lo antedicho y la experiencia de nuestro pueblo lleva al rechazo del capitalismo, tanto en su forma económica como en su base ideológica que favorece el individualismo, el lucro y la explotación del hombre por el hombre.

Por tanto ha de tenderse a la creación de una sociedad cualitativamente distinta. Entendemos por tal, una sociedad en la que rige la "voluntad de justicia, de solidaridad y de igualdad" (O A 31), que responde a la "aspiración generosa y la búsqueda de una sociedad más justa" (O A 31) y en la que se realicen "los valores, en particular de libertad, de responsabilidad y de apertura a lo espiritual, que garanticen el desarrollo integral del hombre" (O A 31).

Ahora bien, para que se de una sociedad de este tipo es menester que la educación de todo el pueblo sea hecha en el sentido social y comunitario de la vida humana, en el ámbito total que abarca la cultura, la economía, la política y la sociedad entera. Por eso, tantos cristianos reconocen hoy día en las corrientes socialistas, así entendidas, "un cierto número de aspiraciones que llevan dentro de sí mismos en nombre de su fe" (O A 31).

Una educación así concebida, conduce a la creación de un hombre nuevo y de una nueva sociedad. Un hombre social y una sociedad comunitaria, en la que la democracia sea real por la participación política efectiva de los miembros de la sociedad, por la propiedad social de los medios de producción, por una concepción y una práctica humana del trabajo, por una sumisión del capital a las necesidades de toda la sociedad. Por consiguiente, esa sociedad así entendida, excluye en su concepción a ciertos socialismos históricos que no admitimos por su burocratismo, por su totalitarismo o por su ateísmo militante.

PROPUESTAS AL SÍNODO. 11. — Frente a la situación de injusticia que presenta el tipo de educación generalizado en los países del Tercer Mundo, especialmente en América Latina, por sus características clasistas y su orientación a formar seres dependientes, individualistas y pasivos, proponemos que la Iglesia rechace este tipo de educación y se comprometa a canalizar sus esfuerzos y recursos dedicados a la educación en favor de una orientación liberadora.

12. — Frente a la situación de injusticia en que se encuentran gran cantidad de grupos etno-culturales, calificados de "indígenas o nativos", que son atropellados sin reconocerles ni sus mínimos derechos como hombres con gra-

ves peligros para su supervivencia cultural y aun biológica, proponemos que la Iglesia exija el reconocimiento de sus derechos básicos mediante:

a) la reafirmación de la realidad humana del nativo y el respeto máximo de su cultura, lo que exige el derecho de ser reconocidos legalmente como personas y como grupos; el derecho de propiedad sobre las tierras que necesitan y que habitan desde tiempo inmemorial, el derecho de vivir dignamente y el derecho de ser "diferentes".

b) considerar obligación de la Iglesia descubrir, conocer y apreciar los valores de estos grupos étnicos que muestran la presencia de Dios y de Cristo encarnado en su historia.

c) estar convencida de que tiene el deber primordial de realizar la justicia entre los indígenas como única base para la verdad, el amor y la paz de la Buena Nueva: Cristo.

13. — Ante el surgimiento de gobiernos que buscan implantar en sus países sociedades más justas y humanas, proponemos que la Iglesia se comprometa en darles su respaldo y alentándolas en la búsqueda de un camino propio hacia una sociedad socialista, con contenido humanista y cristiano, reconociendo el derecho a la expropiación de bienes y recursos, tanto cuando su tenencia cause grave daño al país (PP. 24), como cuando la acumulación injusta de riqueza se haga dentro de marcos legales.

14. — Frente a la política represiva de todo gobierno, y más aun de los que en nombre de la civilización cristiana utilizan la violencia e inclusive la tortura sobre hombres que luchan por la liberación de sus pueblos, proponemos que la Iglesia condene esos métodos represivos, y reconozca el derecho que asiste a esos hombres a luchar por la justicia y manifieste solidaridad con sus ideales, aunque no apruebe siempre sus procedimientos.

15. — Frente a la retracción de inversiones por parte de los países desarrollados en aquellos países que —condicionando las inversiones extranjeras a sus objetivos políticos nacionales— luchan por su autonomía pero ven obstaculizado su desarrollo por dicha retracción de inversiones que imposibilita la creación de puestos de trabajo y causa hambre, miseria y desocupación, proponemos que la Iglesia universal denuncie esta traición a la fraternidad humana, aprovechando los foros internacionales para expresar su protesta; igualmente proponemos que el Sínodo denuncie la pseudoneutralidad de los países que a través de sus sistemas bancarios favorecen la fuga, acumulación y protección de capitales, y realizan una política que pauperiza países como los nuestros.

Asimismo proponemos que las Iglesias nacionales de las naciones poderosas tomen conciencia de que su acción y omisión son factores en el juego que sus países ejercen como dominadores sobre otros pueblos y por consiguiente empleen sus mejores esfuerzos por luchar contra esta situación, denunciándola y ejerciendo su influjo moral y social para superarla, por ejemplo censurando la venta de armamentos a países del Tercer Mundo y los criterios arbitrarios con que se realizan empréstitos internacionales.

16. — Dada la situación de injusticia y de pecado que supone el hecho de que millones de seres humanos vivan en una situación infrahumana al mismo tiempo que se gastan ingentes recursos económicos en una desenfrenada carrera armamentista con el objeto de seguir manteniendo situaciones de dominación, estado de cosas que se agrava en el caso de los armamentos nucleares, no sólo por los recursos que consume y el peligro potencial, sino también por el daño ya causado a la humanidad con las pruebas experimentales, proponemos que la Iglesia universal denuncie rotundamente esta situación en términos generales, así como también en los casos concretos en que estas armas son utilizadas por los países poderosos para oprimir a los pueblos pobres.

17. — En lo relativo a la conquista espacial, si bien se reconoce que puede generar un gran avance tecnológico, se ve con preocupación que ésta se realice en forma de competencia política, duplicando innecesariamente los gastos así como también el peligro de que este avance tecnológico sea utilizado para la destrucción masiva de la humanidad, o para beneficiar exclusivamente a los centros de poder mundial con el consiguiente refuerzo de la situación de dominación, proponemos que la Iglesia universal exija una integración de esfuerzos de las potencias comprometidas en la carrera por la conquista espacial y pida que los nuevos descubrimientos sean empleados en bien de toda la humanidad.

IMPLICANCIAS A NIVEL NACIONAL.

18. — Damos nuestro apoyo y aliento a los cristianos que, realizando y viviendo una opción clara por los sectores populares, se identifican con sus problemas, sus luchas y sus aspiraciones. Frente a los cambios estructurales de nuestra patria decimos que las necesarias renuncias deben recaer sobre todos, porque sólo es posible tener autoridad moral para imponer sacrificios cuando se procede con el ejemplo en la autoridad. Así lo señaló Cristo.

19. — Ante la mentalidad manipuladora y despersonalizante de muchos funcionarios y empleados, sobre todo en provincias, señalamos que estas actitudes y conductas no sólo contradicen la realización de la justicia, sino igualmente los esfuerzos que se vienen haciendo por romper viejas estructuras y construir una nueva sociedad. Igual contradicción implican la desidia, la rutina, la falta de mística.

20. — Frente a actitudes de las autoridades inmediatas al pueblo, que se preocupan más de reprimir la crítica a las incoherencias internas —naturales a todo proceso de cambio— que de examinar la objetividad de tales denuncias, creemos oportuno señalar la exigencia de una nueva actitud y la búsqueda de nuevas formas de ejercicio de la autoridad.

21. — Frente a la discriminación racial y cultural que todavía sufren nuestros pobladores del campo, y a la marginación que sufre la mujer, sobre todo en la sierra, tenemos que recordar que todos somos personas, hijos de un mismo Padre, destinada a una misma liberación y salvación.

22. — Frente al hecho de una reforma agraria que aun pretendiendo dar una respuesta justa puede generar nuevas situaciones de injusticia, tales como la adjudicación exclusiva de los fondos a los trabajadores estables al momento de la afectación, lo que genera grandes desniveles entre los nuevos propietarios de fundos ricos y de fundos pobres, así como también, al marginar de este proceso a gruesos sectores campesinos que no estaban en la situación de trabajadores estables, proponemos que se contemple este problema en el proceso de adjudicaciones, buscándose creadoramente las formas de propiedad que permitan beneficiar al mayor número posible de campesinos, así como también dar el debido resguardo a la finalidad social de la propiedad estableciéndose los mecanismos legales que aseguren el mayor servicio a la sociedad.

23. — Las comunidades laborales han sido creadas como un intento de conciliar, al interior de la empresa capitalista, los intereses del capital y del trabajo, permitiendo a éste la participación gradual en la gestión y en la propiedad de los medios de producción. Tal innovación ha sido hecha a partir de la decisión del gobierno, sin la participación de los trabajadores, a quienes se pide amoldarse a una medida, que por ser radicalmente diferente a las experiencias hasta ahora conocidas, rebasa posibilidades y genera frustraciones e inadecuaciones. Urge pues la redefinición del papel de los trabajadores y empresarios, dentro de un proceso de cambio que, por ser abierto, es capaz de generar mecanismos propios cuya dinámica lleva a la total revalorización del trabajo humano en la nueva sociedad.

SEGUNDA PARTE

LA IGLESIA, SACRAMENTO DE LA UNIDAD DEL MUNDO

24. — En un mundo y en una humanidad marcados por el pecado y caracterizados por sus consecuencias de injusticia, despojo, explotación y opresión, la unidad que Cristo pide al Padre (Juan 17,21), es vocación del mundo entero (Col. 1,20 Ef. 1 4-10) y tarea de la Iglesia que se presenta así como sacramento de la unidad del mundo (LG 1 y 48). La unidad de los hombres es posible sólo en la justicia efectiva para todos.

25. — La Iglesia es sacramento de esta unidad, de esta recapitulación final de la historia, del mundo y de la humanidad (Rom 8,22ss) de esta salvación plena y universal que ya obra en el corazón de los hombres y en su realidad. Sacramento del mundo en sus aspiraciones de paz, de justicia, de solidaridad, de comunión fraterna y con Dios (PP. 13), la Iglesia se define como Pueblo de Dios en marcha, en búsqueda (LG 8).

26. — La Iglesia concebida como sacramento de salvación (LG 1) y como comunidad de hombres que reconoce, proclama y celebra a Jesús como salvador de la humanidad (LG 8) descubre con nueva luz su misión de anunciar el Reino (AG 1,5), el sentido de su acción evangelizadora y de la promoción temporal, los roles y tareas de sus miembros.

27. — Una Iglesia definida a partir del mundo latinoamericano implica para nosotros redefinirnos como comunidad de fe en un mundo marcado por diversas formas de opresión. Fe y compromiso revolucionario, fe y acción política, es, en otras palabras, el problema de los creyentes latinoamericanos. La relación entre escatología y política se da en el esfuerzo por plasmar un proyecto histórico que sea liberador, es decir, que procure el advenimiento de una sociedad justa, fraternal y solidaria y de un hombre verdaderamente nuevo. La historia humana cobra una significación y una orientación que la hacen nueva,

con la novedad misma que es Jesucristo en el mundo. No se trata de pedirle a la fe y a la Iglesia un modelo de sociedad, un esquema de interpretación científica de la realidad o criterios de opción política.

28. — Además, el Evangelio predicado auténticamente a un hombre oprimido cumple necesariamente una función concientizadora, es decir, contribuye a hacerle percibir su calidad de persona, su situación de despojo e injusticia en que se halla, con todas sus implicancias económicas, sociales y políticas y a luchar contra ellas.

29. — En el marco concreto de un mundo en lucha por su liberación es donde la comunidad de fe peruana, se interroga y se redefine como anunciadora de Cristo que ha venido a revelarnos cual es el sentido pleno de la historia; y renueva su corazón por un llamamiento de su Señor en los signos y exigencias de la liberación a la autenticidad, a la generosidad y a la fidelidad.

PAPEL DE LA IGLESIA. 30. — *Evangelización:* la presencia y la acción de la Iglesia tiene una inevitable implicancia política, ya que no se logra evangelizar sin un compromiso en la lucha contra la situación de dominación. De una pastoral doctrinaria y expositiva hay que pasar a una auténtica asimilación del Evangelio que transforme la vida. El Evangelio, lejos de favorecer una evasión de las responsabilidades terrenas, lleva a asumirlas y a vivirlas ante el Señor.

31. — *Autenticidad:* la intervención de la Iglesia en el proceso de cambio le exige una profunda renovación interna de sus formas de trabajo. Por tanto:

a) debe estar en condiciones tales que pueda ejercer un papel profético y de enérgica denuncia de las fuerzas que de una u otra manera, directa o indirectamente impiden el proceso de cambio en favor del pueblo.

b) merecen respaldo los sectores de la Iglesia (obispos, sacerdotes, religiosos, laicos) que han asumido un compromiso serio, y muchas veces de por vida, y que con hechos más que con palabras, buscan su identificación con el pueblo que lucha por su liberación plena.

32. — *Pobreza:* una condición para que la comunidad eclesial intervenga en el proceso de cambio, es que ella asuma la pobreza efectiva como identificación y como protesta. Su palabra y su acción quedarían prácticamente anuladas mientras no se supriman las distancias económicas que separan a un pueblo sumido en la miseria y una Iglesia con fama de riqueza. Esto implica:

a) asumir el sentido de pobreza evangélica como expresión tanto de solidaridad como de denuncia de una situación no evangélica y desafío de una sociedad que mancilla su nombre cristiano al encubrirse con él.

b) buscar formas de poner en común nuestros bienes como un modo concreto de socializar e integrar nuestros recursos materiales, nuestras energías, nuestras capacidades y posibilidades, individual y comunitariamente para construir una sociedad más justa y humana.

33. — *Educación:* en un proceso de transformación social se produce una inadecuación entre los cambios estructurales y los cambios de mentalidad y actitud. Así, por un lado, la mentalidad de privilegios económicos no se ajusta a los necesarios sacrificios que un proceso de justicia social exige; por otro lado, el sector popular largamente alienado en una historia de dominación no logra descubrir el sentido de su participación. La responsabilidad de la Iglesia en este campo se torna grave cuando a la enormidad del desafío geográfico y del aislamiento de muchas poblaciones, los hombres añadimos obstáculos que provienen de la inercia, del egoísmo, de la explotación. Esto exige:

a) que la Iglesia, por los cauces debidos, elabore un pensamiento teológico que informe el compromiso de los cristianos y que ofrezca las bases para una interpretación a partir de la fe, del proceso que vivimos.

b) que las congregaciones docentes hagan una revisión seria y urgente de las formas concretas de presencia educativa a partir de las nuevas exigencias y necesidades del pueblo; en este sentido deberán enriquecer su misión con nuevas expresiones de acción educativo-pastoral.

c) que los grupos y asociaciones de la Iglesia, por los cauces debidos se renueven en una línea de creación de una conciencia crítica en sus miembros y en su medio de acción.

d) la urgente promoción de dirigentes, recordando que para la edificación de la paz y de la justicia, el hombre, imagen de Dios, debe ser capacitado como responsable de su propio devenir y de la comunidad humana.

e) que la Iglesia movilice sus recursos humanos hacia la educación de adultos, preferentemente informal y desescolarizada; esto implica una amplia colaboración en los planes nacionales de concientización y alfabetización; implica igualmente denunciar el uso de medios de comunicación para una propaganda

que fomente el egoísmo y el consumo desmedido de bienes, todo lo cual va contra el sentido social y fraterno necesario para la sociedad que hemos señalado.

f) que en la línea de una puesta en común de nuestros bienes, estudiemos desde ahora las implicancias y nuestro aporte al sitema de nuclearización.

El papel de la Iglesia es el de informar y animar la implantación de la justicia, y de cambiar interiormente al hombre, creando en él una nueva escala de valores y un sentido de corresponsabilidad en el logro de una nueva sociedad.

LOS VICARIATOS APOSTÓLICOS DE LA SELVA ANTE SITUACIONES DE INJUSTICIA

En nombre de los que "no tienen voz", pero que sufren calladamente las consecuencias más infrahumanas de un sistema de dominación y explotación causado por los centros de poder (económico, político, científico, etc.) intra y extra nacionales que deciden la suerte de los pueblos en una competición desigual e injusta, queremos servir de alta voz a la protesta de numerosas tribus en la Amazonia peruana, que gritan desesperadamente en lenguas que los "civilizados y/o cristianos" no quieren y no pueden entender:

"Somos hombres y tenemos derecho a ser reconocidos como tales, por ello exigimos la personalidad legal que como personas y como grupos aun se nos sigue negando.

"Tenemos derecho a la tierra que habitamos desde tiempo inmemorial, donde nacimos y enterramos a nuestros mayores; por eso exigimos la propiedad legal que aún se nos sigue negando.

"Tenemos derecho a la vida, por eso exigimos que nos permitan sobrevivir y vivir dignamente.

"Tenemos derecho a ser diferentes, por ello exigimos ser respetados como personas y grupos, lo que ahora nos niegan.

"Tenemos derecho a formar parte de la nación peruana sin ser esclavizados, por ello exigimos la autonomía, la igualdad y libertad que hasta ahora se nos viene negando."

Estos gritos son expresión de una situación de injusticia que conculca los derechos más fundamentales del hombre y que atenta contra la supervivencia cultural y aun biológica de numerosos grupos étnicos.

Ante esta injusticia, la Iglesia, por medio de los vicariatos apostólicos a quienes ha confiado la responsabilidad de anunciar y realizar la justicia cristiana:

a) reafirma la realidad humana del nativo y el respeto máximo a su cultura.

b) considera obligación fundamental suya, como Iglesia, descubrir, conocer y apreciar los valores de estos grupos étnicos que muestran la presencia de Dios y de Cristo encarnado en su historia.

c) está convencida de que tiene el deber primordial de realizar la justicia entre los indígenas, como única base para la verdad, el amor y la paz de la Buena Nueva: Cristo.

Por tanto la Iglesia peruana denuncia severamente y se compromete seriamente a ejercer todo su influjo para lograr cambios sustanciales respecto a:

a) el desamparo legal en que se encuentran en la actualidad la gran mayoría de aborígenes en la Amazona peruana, al carecer de personalidad, legislación apropiada y documentación ciudadana.

b) la invasión, reubicación y expropiación sistemática de tierras habitadas por los nativos desde tiempo inmemorial al carecer en su gran mayoría de todo título legal de propiedad.

c) las vejaciones e injusticias (raramente sancionadas) que sufren los nativos por abuso de autoridad, engaño, robo y aún explotación infrahumana.

d) la insuficiente atención sanitaria, tanto preventiva como curativa, que sufren los indígenas ante la desintegración biológica, causada o acrecentada por sus contactos con la comunidad nacional.

En conclusión, el episcopado urge al supremo gobierno:

1. — La pronta promulgación del Estatuto de Comunidades Nativas, que garantice a los nativos efectivamente y como mínimo:

a) personalidad legal y documentación propia de todo ciudadano peruano.

b) título legal de propiedad y posesión real de las tierras que habitan desde tiempo inmemorial. La extensión del terreno deberá ser suficiente de acuerdo con las características ecológicas de la zona y en forma adaptada a su cultura tradicional.

2 — Efectuar un mayor control y un mejor criterio de selección sobre autoridades militares y civiles de la zona donde habitan nativos, para evitar abuso de autoridad, hecho frecuente. Asimismo controlar más eficientemente la afluencia abundante e indis-

criminada de precarios. 6) Revisar seriamente la política indigenista de ciertos programas de colonización de la selva.

3. — Dotar de presupuesto, personal y autoridad suficiente a la División de Comunidades Nativas para que, como organismo oficial del estado, defienda los derechos y denuncie las injusticias cometidas contra los nativos. Establecer un Departamento de Comunidades Nativas en las zonas de mayor concentración indígena.

4. — Intensificar la atención médico-sanitaria para asegurar la supervivencia de estos grupos, sobre todo en lo que respecta a un programa de vacunación y otras medidas preventivas.

1. Personas no comprendidas dentro de un programa de colonización.

CONFERENCIA EPISCOPAL

1. Ante la proximidad de las elecciones que habrán de gravitar en un período particularmente difícil de nuestra historia nacional, los obispos uruguayos deseamos contribuir al esclarecimiento de la conciencia del pueblo de Dios con la siguiente declaración:

2. Somos conscientes de que la misión de la iglesia es la de anunciar el evangelio de Jesucristo resucitado, la buena nueva de la liberación del pecado y sus consecuencias, que implica necesariamente el deber de ir realizando en este mundo el ideal de la justicia y de la paz entre los hombres y los pueblos.

3. En virtud de su naturaleza y su misión, la iglesia no está ligada a ninguna ideología, a ningún sistema, ni a ningún partido: ni es de su competencia pronunciarse sobre las técnicas de resolver los problemas económicos y políticos.

4. Pero es un deber suyo ineludible denunciar todo lo que en esas soluciones, de suyo siempre ambivalentes, atente contra la dignidad y la libertad del hombre; como también proclamar y urgir todo lo que favorezca y salvaguarde la dignidad y la trascendencia de la persona.

5. Acerca de los problemas que afectan los valores humanos de nuestra sociedad perturbando la paz social, y la manera de afrontarlos, nos remitimos a la enseñanza del Concilio Vaticano II y de los últimos documentos pontificios.

Reiteramos también como criterio de pensamiento y de acción pastoral la opción de la Conferencia Episcopal de Medellín según la cual nuestra iglesia uruguaya juntamente con todas las otras de América Latina se ha comprometido en la línea de las renovaciones profundas y urgentes de la sociedad.

Nos remitimos también a los otros diversos documentos nuestros referentes a tales problemas.

6. Los cristianos, en cuanto ciudadanos, deben participar de la vida política, que no se agota en las elecciones, sino que es una presencia y una acción permanente en la vida de la sociedad.

7. A través de la acción política contribuirán a las reformas necesarias para que cada vez sea mayor la igualdad de todos los uruguayos y mayor su participación en la responsabilidad y las decisiones.

8. Todos deben recordar que el voto es un derecho y un deber. Es el derecho de influir con su sufragio en la determinación del partido y de los hombres que habrán de gobernar el país; es el deber de emplear ese poder de decisión con vistas únicamente al bien común, entendido como "el con-

junto de aquellas condiciones de vida social que permitan a los grupos y a cada uno de sus miembros alcanzar de la manera más completa y más fácil su propia perfección". (G. S. 26º; 74. D. H. 6º)

9. Nadie debe desalentarse ante la magnitud de nuestros problemas y ante la ímproba tarea de construir el espíritu de solidaridad, de trabajo y de unidad, que se ha venido deteriorando desde hace muchos años por la desaprensión, la corrupción y la demagogia. Al contrario: las dificultades deben estimular el empeño de superarlas.

10. La iglesia es y quiere ser el signo de la unidad, y el lugar de encuentro de todos los que profesándose cristianos están dispuestos a asumir los compromisos de la fe. Diversos son los caminos posibles y las maneras de realizar esos compromisos en la acción política, encarada como servicio y expresión de amor al prójimo.

11. En múltiples ocasiones hemos señalado el alcance y los límites precisos de la libertad de opción de los cristianos. Si ello no bastara, tenemos ahora la reciente carta apostólica del Santo Padre que es bien explícita en deslindar las situaciones.

12. Por todo lo cual, se impone a cada cristiano un atento discernimiento para no caer en simplismos de aprobación y condenación, sino para determinar consciente y responsablemente su propia opción.

13. Tenemos muy en cuenta la variada posición de nuestros hermanos en la fe. Hay cristianos que se comprometen en la línea del liberalismo y cristianos atraídos por los valores del socialismo. Hay cristianos que confunden ideología y fe, y otros que las separan absolutamente como si pudieran subsistir independientes. Hay cristianos que quieren mantener las estructuras actuales con algunos retoques, otros que quieren cambios radicales, y otros que incluso aprueban la violencia para cambiarlas o mantenerlas.

Respetando la libertad de cada cristiano en las opciones políticas asumidas bajo su propia responsabilidad, la iglesia tiene sin embargo el derecho y el deber de señalar los límites de las opciones posibles, que no se pueden franquear sin contradecir su propia fe o su propia concepción del hombre.

14. Es preciso recordar, pues, que "no puede el cristiano adherirse sin contradecir su fe, a la ideología marxista, a su materialismo ateo, a su dialéctica de la violencia y a la manera cómo entiende ella la libertad individual dentro de la colectividad, negando al mismo tiempo toda trascendencia al hombre y a su historia personal y colectiva" (carta apostólica, 26). Ante estos principios, es obvio que cristiano y marxista son términos contradictorios.

15. Tampoco puede el cristiano adherirse sin contradecir su fe "a la ideología liberal que cree exaltar la libertad individual sustrayéndola a toda limitación, estimulándola con la búsqueda exclusiva del interés y del poder, y considerando las solidaridades sociales como consecuencias más o menos automáticas de iniciativas individuales y no como un fin y un criterio más elevado del valor de la organización social" (carta apostólica, 26). Dadas las diversas formas históricas del liberalismo, para los cristianos que se sientan atraídos por esta opción se impone "un atento discernimiento" (carta apostólica, 35).

16. Estas ideologías, que pretenden dar una visión plenaria de la vocación del hombre, y sus diferentes expresiones sociales que alimentan proyectos de sociedad y acción política, no pasan de ser proyectos falibles, con todas las limitaciones de una visión mutilada y con interna ambigüedad.

17. Con respecto al socialismo, cuya evolución histórica en el mundo ofrece formas diversas, hay que establecer las distinciones correspondientes que guiarán las opciones del cristiano y determinarán el grado de compromiso posible en estos caminos (carta apostólica, 31). Es incuestionable la aspiración a una mayor socialización de los medios de producción, de acuerdo con las exigencias del bien común.

18. Estas ideologías —y sus diversas tendencias y acentos— ejercen mayor o menor influencia en los variados grupos políticos uruguayos. Cabe sin embargo reconocer en ellas valores que, de acuerdo con la razón natural y las justas aspiraciones de la persona humana, abren posibilidades de diálogo y colaboración para los cristianos.

19. En el Uruguay, según la legislación electoral vigente, los lemas partidarios no son necesariamente monolíticos, sino que admiten sectores o sublemas, configurados o influenciados por corrientes ideológicas diversas: liberalismo, nacionalismo, marxismo, socialismo, populismo, personalismo,

humanismo cristiano, social democratismo, etcétera.

El cristiano debe atender a esta configuración o a estas influencias, que no siempre se dan en forma pura sino más bien imprecisas, y adoptar una actitud lúcidamente crítica para distinguir lo que puede aceptar y lo que debe rechazar.

Teniendo en cuenta esta característica pluralista de los lemas y la ambigüedad que ella implica, y mirando únicamente desde el punto de vista de la fe, no encontramos razones suficientes ni para recomendar, porque no es nuestra competencia, ni para excluir como ilícito el voto por cualquiera de los lemas (no nos referimos a los sublemas) tal como se ofrecen a la ciudadanía en las elecciones de este año.

Cada cristiano deberá considerar muy seriamente los riesgos que asume como también el aporte que su opción puede ofrecer para una adecuada transformación de la sociedad.

20. Recomendamos encarecidamente un estudio serio de la Carta Apostólica de Pablo VI, especialmente en grupos de reflexión, que permitan ayudarse los unos a los otros a analizar objetivamente nuestra situación nacional, y descubrir a la luz de la fe el mejor camino a seguir.

21. Los cristianos enfrentados desde opciones diversas pedimos "un esfuerzo de recíproca comprensión de las posiciones y de los motivos de los demás: un examen leal de su comportamiento y de su rectitud sugerirá a cada cual una actitud de caridad más profunda que, aun reconociendo las diferencias, crea aun más en las posibilidades de convergencia y de unidad (carta apostólica, 50).

22. Si es indiscutible el derecho e incluso el deber de expresar lo que sinceramente se piensa y lo que razonablemente se quiere, también es indudable la obligación de respetar la legítima libertad del adversario, sus ideas y su dignidad personal.

23. La campaña electoral no es para enconar los ánimos o avasallarse unos a los otros, sino tan sólo para lograr definir una manera de construir la paz social y contribuir a la felicidad de todos.

24. Son inadmisibles, y mucho más entre cristianos, las armas innobles de la mentira, la calumnia y las sospechas infundadas.

25. La política debe estar al servicio del bien común, que se centra precisamente en la salvaguarda y promoción de la persona humana. La lucha política no puede, por lo tanto, lesionar la dignidad de las personas.

26. A los ciudadanos que resulten electos por el sufragio popular y que se disponen a servir al bien común asumiendo las responsabilidades y cargas de su respectivo oficio, les pedimos que tomen las iniciativas necesarias para llevar adelante las reformas que permitan el acceso de todos los sectores y de todas las personas al disfrute de los bienes espirituales, culturales y económicos, en el convencimiento de que el destino nacional sólo se logrará mediante el esfuerzo y la responsabilidad de todos.

A ellos les incumbirá también poner especial empeño en la efectiva pacificación de los espíritus, mediante la creación de un clima de convivencia fraternal.

Y a aquellos cuya opción política no resulte triunfante los exhortamos a que acaten en paz y con todo respeto los resultados comiciales, aceptando lo que decida el parecer de la mayoría.

27. Nuestro pueblo anhela y quiere la renovación social para superar la crisis actual, pero en libertad y sin violencias, de acuerdo con el sistema democrático. En la medida en que no se abran nuevos horizontes, corresponde recordar lo que los obispos dijimos en Medellín hablando de toda Latinoamérica: "No hay que abusar de la paciencia de un pueblo que soporta durante años una condición que difícilmente aceptarían quienes tienen una mayor conciencia de los derechos humanos" (Med. Paz. 15).

28. Éstas son las reflexiones que, en cumplimiento de nuestra misión pastoral, juzgamos oportuno entregar a nuestros hermanos. Como pastores no podemos ni queremos embanderarnos con ningún partido, ni opción, sino iluminar con la luz del evangelio la reflexión y decisión personal de cada cristiano.

Pedimos encarecidamente a los sacerdotes, religiosos y religiosas que adopten igual actitud, evitando todo pronunciamiento partidario, sin desconocer el derecho y el deber que todos tenemos de hacer nuestra opción personal. Esta es una exigencia de su concreto compromiso pastoral que los consagra

al servicio de todos y especialmente a la construcción de la unidad en la comunidad cristiana integrada por quienes se diversifican legítimamente en sus opciones políticas.

29. Deseamos, y así pedimos a Dios, que las próximas elecciones abran caminos de esperanza, aúnen el esfuerzo de todos y despierten una firme confianza en el destino de nuestra patria.

Así lo esperamos, apoyados en la ayuda maternal de la Virgen de los Treinta y Tres, protectora de nuestro Uruguay.

Montevideo, 15 de setiembre de 1971.

Por la Conferencia Episcopal Uruguaya: **Carlos Parteli**, Arzobispo Coadjutor de Montevideo, Administrador Apostólico Sede Plena, Presidente de la C.E.U. — **Andrés M. Rubio G.**, Obispo Auxiliar de Montevideo, Secretario de la C.E.U.

UNA CARTA DE MONSEÑOR PARTELI

LA IGLESIA Y LA VIOLENCIA

• *Esta carta a un corresponsal desconocido fue publicada en MARCHA (número 1538, del 2 de abril de 1971).*

Montevideo, 22 de marzo de 1971.

Estimado doctor:

Creo mi deber puntualizar las consideraciones de su carta, que me parecen estar influidas por la visión muy parcializada que ofrecen los medios de comunicación.

No es anécdota ni norma que en la catedral por disposición mía se haya negado oficiar misas por ningún secuestrado. Al contrario, yo mismo he celebrado una, muy publicitada, por el asesinado Dan Mitrione, como también el señor obispo auxiliar y varios sacerdotes han celebrado otras en otras iglesias, sin ninguna clase de observación mía. Por otra parte, cierto es que me resisto a que con motivo de los secuestros la iglesia sea forzada a formar partido en la lucha política que subyace bajo todo esto.

Está bien claro que se pretende polarizar esta lucha en dos bandos; los que están por el orden establecido y los subversivos, para luego deducir muy simplísticamente: quienes están con los primeros son los buenos; quienes no, son los malos.

Estoy profundamente convencido de que la iglesia no debe secundar ese juego. Condena toda violencia sea cual fuere su signo, porque atenta contra el hombre, y no por otros motivos. Siento como el que más el dolor de los secuestrados y sus familias, pero siento también, y muy hondamente, el dolor de los despedidos arbitrariamente, de los detenidos sin defensa, y de sus familias dejadas en el desamparo.

Sé muy bien que el dolor de los primeros resuena en los amplificadores de la prensa oral y escrita, mientras un cauteloso silencio rodea el llanto de innumerables hogares pobres. Pero no por eso el sufrimiento de éstos merece menos consideración y respeto que el de aquéllos.

Enumere usted con la misma prolijidad que usa en su carta, las declaraciones de la jerarquía contra las injusticias, las vejaciones, las arbitrariedades y las torturas sufridas por centenares de compatriotas nuestros, y verá que si algo puede reprochársenos, es de haber sido demasiado complacientes, y tal vez omisos en el cumplimiento de un penoso pero ineludible deber de denuncia.

El caso del padre Monzón tiene caracteres especiales. Su detención no responde a ningún motivo político o ideológico subyacente, sino al hecho de ser sacerdote.

El régimen del presidente Stroessner tropieza con la iglesia paraguaya que denuncia su constante violación de los derechos humanos. El golpe a Monzón es un golpe al episcopado y en definitiva a la iglesia.

Un elemental deber de solidaridad me exige a mí, que soy su obispo y a nuestros sacerdotes, sus colegas, salir en su defensa, sobre todo sabiendo que no hay otros que puedan o quieran defenderlo.

No quiero dejarme impresionar por la persistente acusación de parcialidad que se nos hace porque rogamos más intensamente por el padre Monzón que por los otros.

¿Puede tomarse en serio el escándalo farisaico de unos diarios que todos los días llenan sus páginas de notas e ilustraciones para mover la sensibilidad popular en favor de unos secuestrados, y en cambio evitan cuidadosamente ensayar una palabra que pueda servir de defensa de otro, igualmente secuestrado, cuando no lo enlodan abiertamente?

Sé muy bien cuán ardua es la tarea de juzgar con objetividad sin despojarnos de los sentimientos de simpatía o antipatía que podamos tener. Hay sin embargo una guía evangélica que nos ayuda a ser ecuánimes: estar con los más pobres y más débiles, ponernos en su lugar para poder saber y sentir la angustia de su impotencia, solos, sin derechos, sin abogados, inermes, e incluso sin voz porque no saben o no los dejan hablar.

Sentí el deber de denunciar el secuestro de los diplomáticos porque eso es una barbaridad, pero, ¿cómo podía aislar ese episodio de un contexto de otras violencias no menos repudiables?

¿Qué imagen de la iglesia y del obispo presentaría yo a la gran masa popular que soporta injusticias de toda clase y a los muchos que sufren violencia, si salgo a gritar en defensa de los que ya tienen defensores, y en cambio callo ante el dolor de los indefensos?

Yo me siento responsable del padre Monzón. Es sacerdote de mi diócesis y fue al Paraguay porque yo se lo pedí.

Se lo encarcela sin justificación, se lo tortura física y espiritualmente, se lo utiliza para infamar a la iglesia, y se le niega lo que jamás se niega a un criminal: el derecho de defenderse. Y todo esto por obra no de un grupo de subversivos, sino de un gobierno que osa profesarse católico.

Frente a todo esto, ¿cómo es posible, estimado doctor, que usted no se explique el porqué de lo que considera un exceso mío en este caso, y un defecto en los anteriores?

Estoy seguro de que la carta de usted responde a un sincero deseo de ser fiel a la justicia y la paz, pero no tengo la misma seguridad en cuanto a que sus consideraciones sean válidas para tan noble propósito.

Créame su afectísimo de siempre.

Carlos Parteli, arzobispo coadjutor de Montevideo, administrador apostólico, Sede plena.

ENTREVISTA DE MARIA ESTER GILIO
CON EL PADRE PONCE DE LEON

EL CRISTIANO Y SU CONCIENCIA

—¿CUÁL cree usted que debe ser la actitud de la Iglesia en un país con nuestros problemas en este momento?

—Creo que no es posible hacer ninguna referencia a esa actitud sin traer a la memoria el encuentro de obispos latinoamericanos de Medellín en 1968. En Medellín la iglesia hizo una opción desde el punto de vista de la fe pero con claro alcance político.

—¿En qué consistió esa opción?

—Una palabra tal vez la sintetice

—¿Liberación...?

—Exactamente, liberación. El verbo liberar fue conjugado en todos sus modos en Medellín. La visión de estos pueblos dependientes, sometidos al imperialismo y a las oligarquías nacionales condujo naturalmente hacia el concepto que esta palabra encierra.

—¿Cuando se habla de liberación se apunta a una única forma de sumisión, la económica?

—La palabra tiene un sentido totalizador. Se habla así de educación liberadora, promoción de la juventud para la liberación, etc., aunque seguro, lo que tal vez aparece como más urgente es la liberación del dominio económico y todas sus consecuencias distorsionadoras.

—Cuando usted habla de educación liberadora engloba en este concepto la educación o formación religiosa?

—Claro.

—¿Qué característica deberá tener la catequesis para que alcance el nuevo sentido que se le quiere dar?

—El niño debe llegar a Dios a partir de la vida, a partir de la relación con el prójimo. El prójimo es fundamental, es el vehículo que lo conduce a Dios.

—El cambio de que habla es evidentemente importante en muchos sentidos y no sólo para el católico sino también para aquellos cuya visión del mundo no incluye a Dios; ahora bien, cuando usted habla de liberación a través de la catequesis ¿a qué se refiere concretamente? ¿Liberación de qué?

—Del egoísmo, que en el fondo, en la raíz, es la causa de todas las opresiones que hay en el mundo.

—Medellín marcó entonces un camino nuevo y la iglesia uruguaya, salvo casos aislados tomó por él

—Sí, nuestra iglesia, particularmente el sector de Montevideo ha tomado plena conciencia de que ése es su camino cierto, ésa su línea de acción eclesial.

—¿Cuando usted habla de la iglesia del Uruguay, habla de sus miembros reunidos, adoptando posiciones únicas o se refiere a sacerdotes aislados?

—Para responderle debo hacer un poco de historia. En diciembre de 1967 surge un documento que es la pastoral de Adviento de monseñor Parteli y su Consejo del Presbiterio, es decir unos veinte sacerdotes que se unen con él. Como consecuencia de ese documento se inició una tarea de concientización cuyo fin fue despertar a los cristianos llamándolos a formar grupos de reflexión.

—¿Reflexión sobre qué?

—La situación nacional. Los grupos se abocaron por varios meses a estudiar y reflexionar sobre el estado del país.

—¿A qué conclusiones llegaron?

—Sería largo de explicar... pero creo que lo realmente importante es que la gente aprendió a unir con la fe los problemas de la vida. Al año siguiente —año 69— mediante igual procedimiento se tomó como estudio la iglesia misma.

—¿Quiere decir que pasaron a enjuiciar la iglesia, su conducta...?

—Puede llamarle así... examinamos la conducta de la iglesia frente al mundo que habíamos descubierto.

—Encontraron que esa conducta estaba llena de carencias...

—Sí... y las enfrentamos. Hicimos una verdadera enumeración de los errores y las carencias. Luego se pasó a consignar minuciosamente todo lo que había que corregir.

—Déme un ejemplo de alguna de esas cosas que habría que corregir.

—Un ejemplo... atacar el proceso masificante que se sufre a través de los medios de comunicación: radio, prensa, TV, haciendo el proceso inverso de personalizar al ser humano, de manera tal que éste sea cada vez más consciente y responsable de sus actos.

—Sintetizando toda esta tarea de concientización tenemos: año 68, situación nacional, 69 conducta de la iglesia, 70 personalización y masificación. ¿Qué hubo para este año?

—Naturalmente el tema es fe y política.

—¿Referido a la situación concreta que presenta el panorama nacional en cuanto a sectores políticos?

—No, no, no. En la medida de lo posible se ha tratado de evitar que los grupos entren en discusiones partidistas. La búsqueda ha tendido hacia una reflexión sobre la incidencia de la fe en la política y de la política en la fe porque ambas se inciden y condicionan mutuamente. Ésa es la línea pastoral que seguimos en estos momentos, tratando constantemente de que los cristianos actúen y reflexionen sobre los hechos concretos de la vida y que no se paren en la fe.

—¿Cuáles cree usted que son las razones que llevaron a la iglesia a ese cambio? Fíjese que la situación de injusticia social en América Latina viene desde siempre.

—Creo que hay razones externas e internas de ese cambio. En cuanto a las internas si vamos hacia atrás encontramos que a partir del 30 hay una preocupación social que se va acentuando con el tiempo. Usted dice que la situación de injusticia viene de muy antiguo y estoy de acuerdo, pero no había en América una conciencia clara y militante de esa situación injusta. El despertar de los pueblos de América respecto a su situación es relativamente nuevo. Su sacudimiento afecta también a la iglesia, a la que encuentra en el momento en que desde su interior empezaba a sacudirse, a sentirse, a repensarse. Esta posición tiene su expresión en Gaudium et Spes —gozo y esperanza— un documento conciliar que refleja la nueva posición de la iglesia. En Medellín, ocurrido unos años después, es este documento el que define la situación nueva de la iglesia y señala por primera vez la existencia de una reflexión teológica latinoamericana quebrando la dependencia que en este terreno la ataba a Europa. Los obispos reunidos en Medellín descubren cual es la función de la iglesia en este continente que empieza a convulsionarse. Yo quiero señalar que no se trata de un problema de oportunismo de la iglesia, como parecerían creer algunos. Es frecuente oír decir: la iglesia siempre quiere quedar bien parada.

—Creo que en este caso, el de América Latina, el problema era más serio que el de quedar bien parada: creo que se jugaba incluso la sobrevivencia.

—No considero que hubo oportunismo en este vuelco de la iglesia sino toma de conciencia, reflexión profunda que se desarrolla con mayor o menor lucidez según las personas, según las comunidades cristianas, según los países. Esta toma de conciencia conduce a un compromiso, a un compromiso riesgoso.

—Respecto a la resolución de los obispos uruguayos ¿qué fue lo que los llevó a reunirse, a examinar el problema de las próximas elecciones y la posición de los católicos frente a éstas? ¿De qué manera se presentaba la situación como para que se vieran impelidos a hacer la declaración que hicieron?

—Los motivos fueron varios. El año pasado un grupo de cristianos planteó a los obispos una serie de preguntas. Querían saber si cristianos y marxistas podían trabajar juntos, si seguían vigentes determinadas condenas que la iglesia había hecho respecto al marxismo en otros momentos.

—Se trataba de un grupo de católicos de izquierda...

—Todo lo contrario, de extrema derecha. Y con tan poca confianza hacia aquellos a los que planteaban las preguntas, que se presentaron con un escribano que labró un acta donde se consignaba la consulta.

—¿Se trataba de un grupo de cristianos sueltos?

—Había gente de Montevideo, del interior y algún sacerdote. El documento estaba firmado por unos centenares de personas. Bueno, eso es un hecho. El otro, el más importante es que la realidad nacional plantea en lo que tiene que ver con las elecciones un panorama diferente a todo lo anterior. La existencia del Frente Amplio, en cuya conformación hay grupos claramente marxistas, suscita en muchos católicos serios problemas de conciencia. Consultan a los sacerdotes con los que tienen contacto los cuales terminan por sentir que es necesaria una respuesta. Los obispos deciden en la reunión de abril hacer un proyecto con un pronunciamiento sobre el tema. Pero el proyecto es demasiado amplio, recargado de citas, divagante, poco preciso. El tema central atendía más bien a las posibles relaciones entre marxistas y cristianos pero sin un pronunciamiento claro sobre el problema concreto que en el caso se planteaba. Una pastoral que condenaba toda forma de relación entre ambos grupos emanada de un obispo del interior comenzó a divulgarse a nivel nacional. Los obispos entonces sintieron la necesidad de hacer una declaración conjunta que no dejara dudas sobre la posición de la iglesia frente al problema.

—La pastoral de que usted me habla ¿hacía alguna referencia concreta al Frente Amplio?

—Lo condenaba específicamente.

—¿En qué basaba su argumentación?

—Los argumentos no tenían una base doctrinaria. Hacía una serie de cálculos a través de los cuales se presumía demostrado que el que votara el Frente favorecía necesariamente a los comunistas. Los obispos se sintieron obligados a hablar claro. En el número 19 se dice explícitamente que no hay razones ni para promover ni para prohibir como ilícito ninguno de los lemas, abriendo la posibilidad, para los cristianos, de votar cualquiera de esos lemas y dentro de ellos tener el discernimiento para ver cuáles de los sublemas está más de acuerdo con la conciencia cristiana.

—¿Qué pasó con los que habían exigido el pronunciamiento de los obispos?

—Lo que pasó fue notable: los más exigentes, los que acusaban a los obispos de omisión a través de artículos en "El País", "La Mañana" y "El Diario", los que acusaban a los obispos porque no hablaban, cuando hablaron, los acusaron de error. Los acusaron de haber hablado de algo que no entendían, de desconocer el sistema electoral Esto demuestra la insinceridad que los guiaba cuando pedían la palabra de los obispos.

—¿Qué pasaría con un cristiano que diera su voto a un grupo adherido al capitalismo liberal?

—Bueno, creo que le está vedado votar a un grupo político que intente mantener intocable las estructuras que hacen posible el dominio económico de una clase sobre otra.

—Eso quiere decir que el cristiano sólo puede votar el Frente Amplio, sólo éste propone modificaciones estructurales que posibilitan esa liberación de que hablamos al comienzo.

—Bueno... no. De hecho algunos proponen... Ferreira Aldunate propone.

—Sí, él habla de eso, ¿pero usted se ima-

gina a la masa que lo sigue pensando realmente en ese tipo de cambios.

—¿Hay antecedentes históricos de uniones entre marxistas y católicos en el terreno político?

—En Europa son frecuentes los diálogos entre católicos y marxistas a un nivel de teólogos y de ideólogos marxistas. A nivel latinoamericano no conozco un diálogo de esa naturaleza.

—¿Y uniones?

—Creo que unión de este tipo es la primera en el mundo. Porque la experiencia chilena es distinta. En la Unión Popular chilena había grupos de cristianos adheridos a un movimiento netamente marxista, socialista. Mientras que lo que se produce en el Uruguay es una cosa muy distinta. El candidato presidencial se declara no marxista y, en fin, cada partido va con sus propios candidatos. La experiencia es única. Considero que en esta unión hay una forma muy imaginativa de revitalizar la democracia y eso me parece importante porque significa un camino real que posibilita los cambios por la vía pacífica. Cristo dijo: "Bienaventurados los que hacen la paz". Ésta es una norma de vida para la iglesia, pero la iglesia sabe al mismo tiempo que la paz no es la ausencia de guerra sino la consecuencia de la justicia, y que cuando no hay justicia no hay paz. La iglesia entonces reconoce que hay dos tipos de violencia, una fragorosa y otra silenciosa. Reconocemos que los pueblos latinoamericanos en su mayoría están sufriendo una violencia silenciosa, lo que Hélder Cámara llama "la violencia institucionalizada". La iglesia quiere que esto cambie e insiste en que ese cambio se realice por vías pacíficas.

—¿Usted cree que los cambios estructurales pueden hacerse a menudo por medios pacíficos?

—No, pienso que muchas veces todos los caminos están cerrados, entonces la violencia revolucionaria, armada, se torna lícita. Para la iglesia éste es un caso extremo que se justifica por los mismos principios que hacen lícita la legítima defensa. Yo puedo matar para defender mi vida si no tengo otro camino, si no tengo otra salida. Lo haré o no lo haré, ése es mi problema, pero la moral me dice que puedo. Este principio también lo aplico a los pueblos.

—Pienso en lo difícil que es ponerse de acuerdo sobre este punto. ¿Cuál es el criterio que nos permite discernir si un camino está o no cerrado, mientras yo pienso que todas las posibilidades pacíficas están agotadas y el de al lado cree todavía en otras instancias y el de más allá piensa que antes de pasar a la violencia quedan largas sendas a transitar?

—Por eso mismo la palabra de los obispos es prudente y reconoce la existencia de cristianos que optan por la violencia y no los condenan. Porque si bien hay condiciones objetivas, es la conciencia humana la que debe calibrarlas y en ese calibrar —y dentro de la buena fe— se pueden dar muchas diferencias.

—Aquel que actuara de acuerdo a su conciencia, del punto de vista de la fe estaría salvado.

—Yo pienso que ese hombre es fiel a Cristo si está obrando según su conciencia.

BIBLIOTECA DE MARCHA

VACONMIGO

LIBROS DE BOLSILLO PARA TODOS LOS BOLSILLOS

Estos son los primeros

9 LIBROS

QUE MUY PRONTO SALDRAN A LA CALLE (quioscos y librerías)

SERIE LITERARIA (AZUL)

Bartolomé Hidalgo
CIELITOS Y DIÁLOGOS PATRIÓTICOS

•

José Martí
DIARIO DE CAMPAÑA

•

Estanislao del Campo
FAUSTO

SERIE HISTORICA (AMARILLO)

Arturo Ardao, Julio Castro
NUESTRAS REVOLUCIONES
(Vida de Basilio Muñoz)

•

Isidoro de María
MONTEVIDEO ANTIGUO

•

J. M. Pérez Castellano
CRÓNICAS HISTÓRICAS

SERIE POLITICA (ROJO)

Rosa Luxemburgo
LA REVOLUCIÓN BOLCHEVIQUE

•

Jorge Plejánov
LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES DEL MARXISMO

•

Antonio Gramsci
ESCRITOS